
MONT BLANC
LIBRO 1
MONTAÑA
HERIDA
J.R. PACE

OTRAS OBRAS DE J.R. PACE

Serie Mont Blanc

Libro 1: Montaña Herida

**

Serie Sharp’s Cove

Libro 1: Una noche años atrás

Libro 2: Dos deudas saldadas

Libro 3: Tres enigmas en llamas

MONTAÑA HERIDA

MONT BLANC LIBRO 1

Montaña herida

Título original: Mountain Struggle

Traducción de V. Sellés

Edición a cargo de Paola C. Álvarez

Diseño de portada de Maria Spada

Advertencia: esta es una obra para adultos.

ÍNDICE

La montaña es mi reino

-- Gaston Rébuffat

1



Damien

Damien Gray se levantó y se estiró para desentumecer los músculos del cuello y los hombros. Llevaba una temporada sin dormir bien y pasar el día sentado frente al escritorio no lo había ayudado.

Se preguntó si debería cambiar su cama por un modelo *superking*. En los últimos meses, su hijo Jamie, que tenía seis años, había cogido la costumbre de ir a la cama de Damien entre las tres y las cuatro de la madrugada. El niño solía dormirse minutos después, pero para entonces él ya estaba completamente despierto.

A menudo se pasaba una hora tumbado junto a su hijo, escuchando su respiración suave y profunda, antes de darse por vencido y salir de la cama. Dormido, Jamie siempre le parecía aún más pequeño. Le recordaba a aquel día, cuatro años atrás, en el que la madre del chico se presentó con él en su puerta.

Damien miró el reloj; eran casi las cinco de la tarde y aún no había pasado por el supermercado de camino a casa. Jamie y él iban a enseñarle a Tess, la niñera, a cocinar fajitas de pollo.

Como siempre que pensaba en Tess, una punzada de deseo inapropiada recorrió su cuerpo.

«Déjalo estar».

«Tiene veinticinco años y se lleva genial con Jamie».

«No lo jodas».

Apagó el ordenador y alineó los papeles sobre el escritorio. Al día siguiente tendría que venir temprano a terminar un par de informes, pero merecía la pena con tal de pasar la tarde con su hijo.

Ya había apoyado la mano en el picaporte de la puerta cuando sonó el móvil.

—Gray —contestó, obligándose a controlar su impaciencia.

—*Commandant?* —La palabra fue pronunciada con un acento canadiense, rítmico y sonoro.

Damien y Drake Jacobs, su segundo al mando en el Chamonix Peloton de Gendarmerie de Haute Montagne —PGHM para acortar—, habían trabajado juntos el tiempo suficiente como para saber, cuando escuchó la seriedad en su voz, que los planes para la cena tendrían que esperar.

—Acabamos de recibir una llamada desde Cosmiques. Dos escaladores salieron a primera hora de la mañana. Los esperaban de vuelta para el almuerzo, pero aún no han regresado.

—¿Dónde estás?

—En el coche, de camino a la oficina.

—¿Puedes recogerme?

—Claro. Llegaré en tres minutos, *commandant*.

En el pasado, Damien solo habría tenido que coger la cazadora de su uniforme y la mochila que tenía siempre lista, pero eso había sido antes de convertirse en padre.

Volvió a sentarse tras el escritorio sintiendo el peso de sus treinta y seis años. Suspiró con suavidad y cogió el teléfono. Sonó tres veces antes de que alguien respondiera al otro lado de la línea.

—¿Sí?

—¿Tess? Soy Damien. ¿Estás con Jamie?

La respiración de Tess sonaba acelerada.

—Está debajo del sofá y yo, bajo la mesa de la cocina. Jugamos a ser ballenas.

A su pesar, Damien sonrió. La imaginación de su hijo no dejaba de fascinarle; desde luego, no la había sacado de él.

—¿Quieres que se ponga? —prosiguió con su suave acento de Oxfordshire.

—No, no hace falta. —No se entendía bien por teléfono con Jamie. Quizá era porque sus únicas interacciones por ese medio tenían lugar cuando Damien cancelaba planes con su hijo; algo que pasaba con demasiada frecuencia—. Ha ocurrido algo… No voy a poder llegar a la cena.

Tess se quedó en silencio. Ella también sabía lo mucho que las cenas juntos significaban para Jamie.

—Lo siento —prosiguió Damien—. Necesito subir a la estación de Aiguille du Midi. No sé a qué hora llegaré a casa. Por favor, dile a Jamie…

—No pasa nada, no tienes por qué dar explicaciones —lo interrumpió con tranquilidad. Después, alzando la voz, añadió—: Jamie y yo estábamos pensando en ir a visitar a John. Igual nos prepara *raclette* para cenar.

—¡*Raclette*! —gritó una vocecita aguda—. *Papaw* nos va a preparar *raclette*.

—¡Sí! Voy a llamarlo para ver si está en casa —dijo Tess. Aún tenía el teléfono pegado a la oreja, pero estaba claro que ya no hablaba con Damien.

Sintió una opresión en el pecho. Tess lo había conseguido otra vez. Había logrado distraer a Jamie para que no se diera cuenta de que le había fallado de nuevo. Sabía que aquello dejaría de funcionar pronto, cuando el chico fuera demasiado mayor para ser engañado tan fácilmente. Pero no ese día.

—Gracias —murmuró.

—Estaremos aquí cuando vuelvas. Ten cuidado.

El teléfono de Damien silbó cuando recibió un mensaje de Drake.

«Estate listo en dos minutos».

Se puso la cazadora del uniforme y las botas, asegurándose de meter el forro de los pantalones por dentro. Incluso en pleno verano hacía frío en las montañas.

Envió a su padre un mensaje rápido para avisarlo de que iba a recibir una llamada de Tess. Lo hizo en inglés. Aunque Damien había nacido en Francia y había vivido allí toda su vida, su padre americano siempre le había hablado en inglés, y Damien se sentía cómodo expresándose en ambas lenguas. A veces le parecía que, aunque hubieran pasado cuarenta años desde que se mudó a Chamonix, su padre chapurreaba el francés como si acabara de llegar.

Pese a que eran muy diferentes y se habían distanciado desde la muerte de la madre de Damien, siempre podía contar con su padre en lo que respectaba a Jamie. Más importante aún, si algo le ocurriera a él, sabía que John cuidaría bien del niño. Siendo padre soltero, aquel era el único motivo por el que podía hacer lo que hacía; de lo contrario, el riesgo habría sido demasiado alto.

Envió el mensaje y volvió a guardar el teléfono en el bolsillo. Su atención se centró por completo en los escaladores desaparecidos.



El gerente del albergue de montaña se encogió de hombros.

—Normalmente, no habríamos advertido su desaparición hasta la noche, pero el señor Reeds insistió mucho en que les sirvieran el almuerzo a las dos de la tarde en la terraza de arriba.

—¿Sabe el motivo? —preguntó Damien. El Refuge des Cosmiques era muy popular entre montañistas y esquiadores, pero no era famoso por ofrecer servicios especiales.

El gerente lo miró con impaciencia.

—Por supuesto que sé el motivo. Iba a pedir en matrimonio a *mademoiselle* Lefevre cuando volvieran. Había planeado una petición muy bonita.

«Y seguro que también te dio una buena propina por las molestias».

—¿Y está seguro de que se dirigieron a La Rébuffat?

—Lo estoy. —El gerente resopló—. Anoche no hablaban de otra cosa. La mujer ha hecho ese ascenso muchas veces en el pasado.

Damien echó un vistazo a sus notas.

—Así que *mademoiselle* Lefevre es una escaladora competente.

—Más competente que él, desde luego. Cada vez que pensaba en ello, el pobre señor Reeds parecía un manojo de nervios. Mencionó que iba a ser su primera vía de varios largos.

—¿Fueron solos?

El gerente asintió.

—Salieron a las cuatro y media de la mañana.

Un músculo palpitó tras la mandíbula de Drake y Damien supo que su amigo estaba pensando lo mismo que él.

«Esos dos no deberían haberse acercado a La Rébuffat; al menos, solos».

—Gracias por su ayuda, *monsieur* Lagarde.

—Jacques. Por favor, llámenme Jacques. Y díganme si puedo ayudar de alguna forma.

Damien y Drake caminaron de vuelta al helicóptero, donde los esperaba la teniente Kat Barreau, la piloto. Tras ella, aguardaban dos hombres fornidos y esbeltos. Uno de ellos tenía el cabello oscuro; el otro, tan rubio que era casi blanco.

—Gael —dijo Damien, dirigiéndose al hombre de piel morena y cabello oscuro—. ¿Qué estás haciendo aquí? Creía que era tu día libre.

Él se giró para mirarlos. Con su metro ochenta de altura era algo más bajo que Damien y Drake. Al sonreír, se formaron arrugas en las comisuras de sus ojos verde oscuro. Señaló los *packs* de escalada que había en el suelo junto a ellos.

—Esto es lo que hago en mi tiempo libre, «jefe» —dijo Gael, pronunciando la última palabra en español. Era el escalador más experimentado de su equipo—. Rémy y yo estábamos haciendo montañismo por la zona, así que hemos venido a ayudar.

Damien inclinó la cabeza en dirección a Rémy, un guía de montaña de St. Gervais que también trabajaba en la predicción de aludes y que a menudo prestaba servicios voluntarios en el PGHM. Damien sabía que ambos solían acometer rutas de escalada imposibles juntos.

—¿Qué tal va mi equipo de la OTAN favorito? —preguntó Rémy, mostrando unos dientes muy blancos.

—No nos llames así —le pidió Gael, lanzando un suspiro dramático.

Damien rio. Rémy hacía referencia a las múltiples nacionalidades que componían el equipo. Solo Kat y él habían nacido en el país, y Damien era medio francés. El resto había llegado a Chamonix desde otros sitios. Todos hablaban un francés decente —o no podrían haber formado parte del PGHM—, pero cada uno destacaba en otras áreas de su entrenamiento.

Drake Jacobs, su segundo al mano canadiense, era bilingüe. También uno de los hombres más fuertes que Damien había conocido; tanto física como mentalmente. Hiro Tabu, el hijo de una famosa modelo japonesa y de un hombre de negocios francés que había llegado al país poco después de la pubertad, era el mejor adiestrador de perros que se había encontrado jamás. Gael, un rastreador y escalador de renombre mundial de ciudad de México, había llegado un

verano a Chamonix para practicar la escalada y se había quedado para siempre. Jens Melkopf, el médico del equipo, se había unido a ellos tras pasar una década en las fuerzas especiales alemanas. Y, por supuesto, Kat Barreau era la clase de piloto que podría aterrizar un helicóptero sobre una moneda en mitad de una tormenta.

—Yo también me alegro de verte, Rémy. Es una suerte teneros a ambos aquí —dijo Damien, poniéndose serio—. Creo que vamos a necesitar tu ayuda.

Drake les hizo un resumen de la situación.

—Los escaladores perdidos, un hombre y una mujer, salieron a primera hora de la mañana a La Rébuffat. Era la primera vía con varios largos que iba a hacer el hombre. Todavía no han vuelto. Solo nos quedan un par de horas de luz para encontrarlos.

—Entonces, ¿a qué estamos esperando? —dijo Gael.

Damien comprendía la urgencia del joven; a pesar de que su trabajo se basaba en atemperarla con cautela, él también la sentía. Los rescates de montaña eran una experiencia intensa. El subidón era similar al que se experimentaba al coronar un pico difícil, pero encima estabas ayudando a alguien en el momento más aterrador de su vida.

—Ya he preguntado en la estación de Aiguille du Midi y nadie que encaje con su descripción ha cogido el teleférico para bajar a lo largo de la tarde —dijo Kat—. Subid, haremos un par de pasadas sobrevolando La Rébuffat para buscarlos.

Sintió el *flash* de la cámara de alguien en la cara. Damien entornó los ojos y subió al helicóptero, contento de escapar de la creciente multitud. Era algo que ocurría con frecuencia, pues el aspecto de su equipo solía llamar la atención de los visitantes. En particular, la presencia del helicóptero alimentaba la curiosidad morbosa de la gente, que susurraban entre ellos, preguntándose qué habría ocurrido.

El vehículo se elevó en el aire. Las montañas se alzaban al otro lado de la ventana, altas y majestuosas. Damien no podía imaginarse viviendo en ningún otro sitio; eso, y la enfermedad de su madre, eran los dos motivos por los que había vuelto justo cuando acabó la universidad.

Uno podía caminar durante varios kilómetros por las montañas sin encontrarse con otro ser humano y, aun así, nunca sentirse solo. El olor seco de las rocas, el aroma húmedo de los árboles en verano y de la fría nieve en invierno y las voces de la gente con la que había escalado esas montañas en el pasado; todo aquello lo acompañaba siempre allí arriba.

Unos cuantos minutos después, Kat habló a través de los auriculares que llevaban puestos.

—Mirad a la derecha, ahí está La Rébuffat.

Además de ser una piloto excelente, Kat conocía la región como la

palma de su mano.

—¿Es un 6a? —preguntó Damien.

Gael y Rémy asintieron.

—Sí, es un 6a, pero se trata de una vía larga y muy técnica.

—Al parecer, uno de los escaladores nunca había hecho una vía con varios largos antes —explicó Drake.

Gael sacudió la cabeza.

—¿Y eligieron La Rébuffat como bautismo? Tiene nueve o diez largos.

Damien no dijo nada. Si seguían insistiendo, tendría que recordar a su equipo que su trabajo no era juzgar las acciones de los demás, sino asesorarlos para tomar las correctas y, cuando ya no era posible, hacer lo que pudieran para ayudarlos si estaban en apuros. Pero nadie añadió nada.

—¿Sabemos qué equipo llevaban? —preguntó Rémy.

—Dejaron casi todo en el refugio. Iban a pasar allí dos noches más antes de volver a casa.

Kat los interrumpió a través de los cascos.

—Estoy viendo algo ahí, en la cara sur.

Al principio, Damien no distinguió nada. Kat había puntuado un 20/10 en agudeza visual con el test de Snellen, así que no era sorprendente. Tuvieron que acercarse algo más para que también pudiera verlo: dos figuras pequeñas apiñadas en un saliente.

Drake sacó un par de binoculares.

—Son ellos. Un hombre y una mujer. El hombre nos está haciendo señales.

—Deben de llevar tres largos.

Damien se dirigió a Kat a través de los auriculares para que todos pudieran oírlo.

—¿Puedes aterrizar en ese claro de ahí, Kat?

—Por supuesto. ¿Qué vas a hacer?

—Escalaremos hasta allí para ver si podemos moverlos. Prepárate para despegar, puede que tengamos que llevarlos al hospital.

—¿Y quién va a escalar? —preguntó Gael mientras se frotaba las manos.

—¿Te estás ofreciendo voluntario?

—Siempre, «jefe». Ya lo sabes.

—Yo también me ofrezco, *commandant* —dijo Rémy—. Hemos traído un montón de cuerda.

Damien miró a ambos hombres y asintió. Habían pasado el día en las montañas, probablemente, practicando escaladas difíciles, y, aun así, allí estaban, ofreciéndose a ascender de nuevo.

Drake no dijo nada. Todos los miembros del equipo conocían sus puntos fuertes. Era un atleta increíble, pero, dado que pesaba más de

cien kilos, la escalada no era su especialidad.

—Gael y yo subiremos para evaluar la situación —decidió Damien —. Drake y Rémy se quedarán abajo para ayudarnos durante el descenso.

Kat posó el helicóptero con suavidad.

—Tened cuidado, chicos.

Los cuatro hombres descendieron del aparato llevando consigo todo el equipo que iban a necesitar. Tras estimar la distancia que los separaba de los escaladores, Damien enrolló el tramo de cuerda estática de mayor longitud alrededor de la parte superior de su cuerpo. Aunque sería incómodo para subir, si existía la posibilidad de bajar a la pareja de esa forma, necesitarían una cuerda lo bastante larga.

Vaciaron sus mochilas de todo lo que no fuera esencial, pero dejaron las botellas de agua, la ropa y el equipo de primeros auxilios. No sabían lo que iban a encontrarse al llegar.

Gael, que era el mejor escalador, dirigió el ascenso, mientras Damien lo aseguraba durante el primer largo.

—Me hice esta vía yo solo hace unas semanas —dijo Gael sin darle importancia mientras comenzaba a trepar. Damien sabía que a Gael le gustaba el riesgo, pero oírlo hablar con tanta calma sobre la escalada en solo integral, donde ni siquiera se usaban cuerdas y cualquier error era, por definición, fatal, lo molestó.

—Me da igual, Gael. Sigue enganchando esos mosquetones —le advirtió Damien.

—Tranquilo, «jefe». Sé lo que hago, y estamos trabajando. No voy a correr ningún riesgo ni con tu vida ni con las de ellos.

Damien se percató de que Gael no había dicho nada sobre correr riesgos con respecto a su propia vida, pero decidió no mencionarlo.

El mexicano llegó al final del primer tramo y se afianzó contra la pared de roca. Damien esperó a recibir la señal con el pulgar hacia arriba antes de empezar a trepar. Los músculos tirantes de su hombro protestaron. Apretó los dientes. Si el dolor no remitía, iba a tener que visitar al fisioterapeuta en algún momento.

Alcanzó a Gael y siguió avanzando; él era el encargado de abrir el segundo largo. Habían hecho eso tantas veces antes que ni siquiera necesitaban hablar. Una vez Damien se hubo asegurado, Gael empezó a escalar de nuevo. Damien no pudo menos que admirar la facilidad con la que se movía. Era como si formara parte de la roca por la que estaba trepando.

Por fin, Gael lo alcanzó y siguió avanzando, liderando el ascenso del tercer —y último— largo.

Tras casi una hora de escalada, Damien llegó al saliente donde habían visto a la pareja. Agradecido, se puso en pie y estiró los brazos

y las piernas. Al contrario que Gael, que ni siquiera estaba sudando, a Damien le pesaban cada uno de los treinta y seis años que había cumplido.

Gael se había asegurado ya a la pared y Damien se apresuró a hacer lo mismo. Estaban a más de noventa metros del suelo; era mejor no pensar en lo que les ocurriría si se caían desde esa altura.

El saliente era más ancho de lo que parecía desde el helicóptero, lo bastante como para que Damien pensara que sería un lugar magnífico para un pícnic. Sin embargo, ahora no era el momento de admirar las vistas.

Se acercó con rapidez a Gael y a la pareja que estaba en el suelo. Tuvo que hacer esfuerzos para recordar sus nombres: el señor Reeds y la señorita Lefevre.

Gael estaba hablando con ellos, empleando un tono tranquilo.

—Mi novia está herida —lo interrumpió a gritos el hombre—, mi teléfono no funciona, ¡llevamos horas aquí!

«¿Por qué la gente asume que su teléfono va a funcionar aquí como si estuvieran en mitad de la ciudad?».

Damien contuvo su irritación y se arrodilló frente a la escaladora postrada en el suelo. Las comisuras de sus labios estaban curvadas, pero tenía una mirada tranquila. Advirtió con alivio que estaba sujeta a la pared de roca con un mosquetón.

«Una cosa menos de la que preocuparse».

—Estamos aquí para ayudar, señorita Lefevre. ¿Puede contarnos qué ha pasado?

—Aline —dijo ella, sacudiendo la cabeza.

—Aline —repitió Damien, que aceptó tratarla por el nombre de pila sin protestar.

—Estábamos escalando y haciendo una marca muy buena. Al menos para nosotros, que no nos dedicamos a la competición. Apoyé el pie en un asidero y de pronto sentí que se torcía. Oí un «pop» bastante característico que venía de la parte externa del tobillo… No he podido cargar ningún peso sobre él desde entonces.

Damien y Gael intercambiaron una mirada rápida. Aunque ambos mantenían una expresión neutra, estaban aliviados.

«Puede que no disfrute del viaje de vuelta, pero podemos moverla».

Sin embargo, el tiempo era de vital importancia, pues pronto se haría de noche.

El hombre miró a su alrededor con nerviosismo.

—¿Solo estáis vosotros dos? —preguntó, oteando por encima del borde como si esperara la visita de una plataforma voladora que los llevara hasta casa.

—Solo nosotros. No te preocupes, sabemos lo que hacemos —dijo

Damien con confianza. Luego, volvió a concentrarse en la mujer—. Aline, voy a levantar la pernera de los pantalones para mirar tu tobillo, ¿de acuerdo?

Ella asintió y apretó los dientes para prepararse. Como esperaba, el tobillo estaba hinchado y amoratado. Era una torcedura de grado III por lo menos, pero serían necesarios unos rayos X para descartar una fractura.

—Bien, genial —dijo para animarla. Hurgó en su kit de primeros auxilios—. No hay mucho que podamos hacer aquí arriba para que estés más cómoda, pero voy a ponerte una férula de aire en el tobillo para inmovilizarlo.

Aline no emitió ningún sonido mientras Damien deslizaba la férula sobre su bota de escalada, pero sus fosas nasales se dilataron de forma evidente. Le dolía mucho.

—Tranquila, ya casi está. —Hizo esfuerzos por mantener un tono de voz suave y amigable. Hablar con las personas rescatadas era todo un arte. Era importante encontrar el tono adecuado para tranquilizar e inspirar confianza, pero sin sonar condescendiente.

Con el tobillo inmovilizado, cerró la férula con cuidado y bajó la cabeza para soplar por el tubo de inflado. Aline inhaló con fuerza, pero ignoró el gesto; no quería hacerle daño, pero esto haría más soportable el descenso.

—¿Podéis bajarnos? —preguntó Aline, clavando los dedos en su brazo.

—Vamos a hacerlo, sí —le confirmó.

Tras él, Gael hablaba con el hombre con suavidad mientras le pasaba una segunda cazadora por encima de los hombros. Damien se dio cuenta de que había estado tan concentrado en la mujer que no había prestado la suficiente atención a su pareja, cuyo errático comportamiento era, de hecho, compatible con un caso leve de hipotermia. Debía de haberse quitado su propio abrigo para dárselo a su novia en algún momento; solo Dios sabía cuánto tiempo había estado allí sentado en camiseta.

Damien cabeceó hacia Gael.

—De acuerdo. Vamos a enganchar esta cuerda a vuestro arnés y vamos a bajaros de uno en uno. No tendréis que hacer nada; a partir de ahora, nosotros nos encargaremos de todo. Relajaos y utilizad los brazos para alejaros de las rocas si veis que os acercáis demasiado.

—No puedo… No creo que pueda hacerlo. —La nuez del hombre subió y bajó.

—Sé que puedes. Y tiene que ser ahora. Son las siete y media. Pronto estará demasiado oscuro para intentarlo y no tenemos el equipo necesario para pasar la noche aquí arriba.

Como si Damien lo hubiera orquestado, de pronto se levantó el

viento. En cuanto se ocultaba el sol empezaba a hacer frío en las montañas.

—¿No podéis recogernos en helicóptero?

Damien sacudió la cabeza con paciencia.

—No hay ningún lugar para aterrizar ni manera de subiros a uno con las medidas mínimas de seguridad. El helicóptero ya está esperándoos abajo para llevaros al hospital.

—Confíe en nosotros, señor Reeds —dijo Gael, que alzó la vista. Estaba preparando las cuerdas—. Hemos hecho esto antes.

—Todo va a ir bien, cariño —comentó la mujer. Pese al dolor, se había dado cuenta de que su novio lo estaba pasando aún peor en el interior de su cabeza—. Tú irás primero.

Su pareja reaccionó a estas palabras sacudiendo de inmediato la cabeza.

—No, no. Estás herida. Tú irás primero. Yo estaré bien.

«No tenemos tiempo para esto».

—Vamos a prepararla, Aline —dijo Gael, agarrando el rollo de cuerda estática que habían traído y enganchándolo a su arnés.

—¿No es demasiado delgada para ser cuerda de escalada? —preguntó el hombre.

—Es cuerda estática —le explicó Gael con paciencia—. Nos viene mejor para esta situación.

—¿Estás lista?

Damien usó la radio para hablar con Drake, que estaba abajo.

—Vamos a hacerlos descender, Drake. Prepárate. Aline irá primero. Tiene una torcedura bastante fea en el tobillo izquierdo. Lo hemos inmovilizado, pero no puede apoyar peso.

—Entendido. Rémy y yo estaremos listos para recibirla.

Trabajando juntos, Damien y Gael bajaron primero a Aline y luego a su novio. Para cuando ellos culminaron el descenso, había oscurecido. Damien deseaba haber traído consigo una capa extra de ropa.

La pareja ya estaba acomodada en el helicóptero, envuelta en mantas Mylar. Se susurraban cosas al oído con las manos entrelazadas; Damien recordó las palabras del gerente del albergue y confió en que la pareja pudiera contar aquella historia a sus hijos y nietos.

«O quizá rompan la semana que viene».

En cualquier caso, no importaba. Lo único que le preocupaba era que ambos pudieran tomar esa decisión. Esa era la razón más importante, y en el fondo la única, por la que él y su equipo hacían lo que hacían.

Damien miró el reloj. Probablemente, su hijo ya se estaba preparando para irse a la cama.

2



Tess

Tess Porter apoyó la cabeza sobre el confortable sofá azul marino. Era un mueble cien por cien masculino, como el resto de la casa de Damien. O, mejor dicho, cien por cien masculino y lleno de juguetes por todas partes.

Sintió un encogimiento en el bajo vientre, como le pasaba siempre que pensaba en él y en su hijo; Tess amaba a Jamie y le gustaba la relación tan cercana que mantenían él y su padre. Lo único que quería era ver a Damien solo como un padre —como su jefe— y dejar de pensar en él como un hombre.

Dejó el libro sobre su regazo. No porque la novela fuera mala —se trataba de un *thriller* romántico de una de sus autoras favoritas—, sino porque estaban a punto de dar las once y estaba cansada.

Sabía que no podría dormirse hasta que Damien llegara a casa. No podía evitar preocuparse por él. No había dicho gran cosa cuando había llamado, pero la única razón para ir a las montañas a última hora de la tarde era que alguien necesitara ser rescatado.

Damien estaba a cargo de la unidad de rescate especializada de Chamonix, el Peloton de Gendarmerie de Haute Montagne, aunque ella nunca sería capaz de pronunciarlo en voz alta con su oxidado francés. Al principio, esa había sido una de las razones por la que había ido a Chamonix: para mejorar el idioma. La segunda razón, más importante, era porque necesitaba tiempo y un cambio de aires para terminar su novela; ese era su principal objetivo aquel año y estaba dispuesta a aceptar el fracaso.

Buscar trabajo como *au pair* le había parecido razonable: experimentaría la vida en otro país y tendría tiempo para escribir sin preocuparse por pagar su manutención. Se había entrevistado con otras cuatro familias antes de decidirse por los Gray.

Damien había contratado a Tess como niñera por dos motivos. En primer lugar, porque su horario era impredecible y necesitaba que alguien se hiciera cargo de Jamie cuando no estaba. El segundo motivo era que quería que Jamie creciera siendo bilingüe en inglés y francés, como él.

«Aunque yo no tenga acento americano».

Sonrió para sus adentros al pensar en la primera entrevista por vídeo que había tenido con Damien. Él buscaba una niñera americana. A Tess se le daba bien interpretar las motivaciones de la gente y estaba convencida de que había estado a punto de rechazar su perfil solo por su acento británico, hasta que dijo algo que hizo reír a Jamie. Damien la había contratado en aquel momento.

O quizá no en aquel momento, pues había tardado dos meses en mudarse desde Edimburgo, donde estaba terminando un máster en escritura creativa.

Le había llevado todo ese tiempo convencer a su familia de que de verdad quería hacerlo y estaba tomando la decisión correcta. Tess provenía de una familia que estaba muy unida y para ellos no había sido fácil comprender por qué se mudaba a una pequeña ciudad de Francia para vivir con un extraño y su hijo.

Por supuesto, técnicamente, no se había mudado a la casa de Damien. Ahora estaba allí, mientras él trabajaba y Jamie dormía, pero tenía su propio apartamento en el patio trasero. Era la clase de estudio que le hacía pensar en una de sus autoras favoritas, Virginia Woolf. Su estudio —pues lo había hecho suyo poco después de mudarse— se había convertido en un lugar donde pensar y escribir, un espacio en el que priorizaba lo que siempre había querido hacer, pero a lo que nunca había podido dedicar suficiente tiempo.

Damien era un jefe justo. Cuando le pedía que se quedara hasta tarde, siempre la recompensaba después dejándole más tiempo libre para escribir. Era un acuerdo que les funcionaba a ambos. El hecho de que a ella le encantara Jamie, hasta el punto de que cuidar al chico ni siquiera le pareciera ya un trabajo, era una casualidad y no algo que planeara compartir con Damien.

Un ruido en la puerta la hizo levantarse del sofá. Se quedó sin palabras, como siempre le ocurría cuando veía a Damien. Con su cabello oscuro, sus penetrantes ojos azules y su complexión fuerte, parecía más una estrella de cine que un especialista en búsqueda y rescate. Si le añadía el detalle de que medía un metro noventa y tenía aspecto de poder levantar su peso en un *press* de banca, no era sorprendente que Tess babeara al verlo.

«No es apropiado, es el padre de Jamie. Deja de avergonzarte a ti misma».

Volvió en sí cuando lo vio fruncir el ceño. Parecía exhausto, como si acabara de pasar un mal rato; su trabajo lo hacía sentir así con frecuencia.

—Hola —le dijo—. Siento llegar tan tarde.

—¿Va todo bien? —preguntó Tess, consciente de lo inapropiado de sus palabras—. ¿Está todo el mundo bien?

Los labios de Damien se curvaron hacia arriba con suavidad y la sonrisa transformó su expresión.

—Encontramos a los dos escaladores desaparecidos. Van a recuperarse, así que todo va bien.

Estaba mirando los pies descalzos de Tess con tanta intensidad que la hizo desear haberse puesto calcetines. Bajó la vista para mirar sus uñas.

«Quizá no le gusta el borgoña».

—Eh… Jamie y yo cenamos *raclette* con tu padre, luego le leí un cuento hasta que se quedó dormido.

—Ese crío comería *raclette* toda la semana si le dejara. Fue una buena idea por tu parte, Tess. Gracias. Mañana haremos fajitas.

Tess no quería juzgarlo —sabía que aquel hombre solo cancelaba un plan con su hijo cuando no le quedaba otra opción—, pero tampoco quería que Jamie volviera a decepcionarse.

—Suena genial. Haré la compra por la mañana, mientras Jamie está en el colegio, y así será una sorpresa cuando vengas a casa por la tarde.

Damien le dedicó una sonrisa triste. Era demasiado inteligente como para no comprender lo que quería decir con aquellas palabras.

—Siento perderme tantas cosas. Y también siento que seas tú la que tiene que cubrirme. Quizá deberías tomarte unas vacaciones para ir a algún sitio divertido. Donde sea que vaya la gente de tu edad hoy en día.

«La gente de mi edad. Uf».

Damien siempre estaba hablando de la gente de su edad como si pertenecieran a una especie completamente distinta, aunque solo se llevaban diez años.

«Diez años no es, para nada, una generación».

—Deja de autoflagelarte, Damien. No pasa nada. Ahora estás aquí y Jamie está bien. Nos hemos divertido con tu padre. ¿Has cenado algo? Quedan sobras de las verduras del mediodía.

—No, gracias, Tess. Voy a irme a la cama.

A Tess le gustaba la intensidad con la que la miraba a los ojos cuando hablaba con ella. Durante un segundo, pensó que iba a añadir algo más, pero cerró la boca y el momento pasó. Flexionó los músculos de los brazos mientras se quitaba la cazadora.

—Sí, yo también.

«Aunque quizá antes me dé una ducha fría».

Cogió su libro y su chaqueta de punto y lo dejó allí plantado en mitad del salón.

3



Damien

Damien había despertado aquella mañana con la mano en los calzoncillos. Era algo habitual cuando era adolescente, pero nunca habría esperado que le pasara con treinta y seis años cumplidos.

«Por suerte, Jamie ha dormido en su propia cama toda la noche».

Había estado soñando con un jardín verde y exuberante. No necesitaba que Freud le explicase su significado. No podía quitarse a Tess de la cabeza. Se preguntó qué se habría puesto para dormir. ¿Unos pantalones cortos y una camiseta? ¿Nada, quizá? Podía imaginársela estirándose desnuda en la amplia cama, pálida y sonrosada excepto por las uñas de sus pies, pintadas de rojo burdeos.

Sacudió la cabeza para borrar aquella imagen que no tenía derecho a conjurar.

Había estado a punto de no contratar a Tess. En su primera entrevista, cuando había conectado la cámara, lo había obnubilado su belleza natural. Tenía los ojos verdes, del color de un lago de montaña en verano, piel de delicada porcelana y una boca que suplicaba ser besada. Le habría gustado alargar la mano a través de la cámara para comprobar si su cabello rubio oscuro era tan suave como parecía.

Estaba a punto de terminar la llamada, pues no podía contratar a alguien tan atractivo para cuidar de su hijo, cuando Tess había dicho algo impostando una voz graciosa que había hecho que Jamie se riera a carcajadas.

Ninguno de los otros candidatos —y Jamie y él se habían tomado el trabajo muy en serio y habían conocido a más de una docena de hombres y mujeres a lo largo de dos días— había conseguido nada parecido. Su hijo estaba bien, pero no había visto a su madre desde que lo había dejado con Damien cuando tenía dos años, y sabía que aún lidiaba con las consecuencias del abandono.

Así pues, Damien había contratado a Tess, confiando en que sería una de esas personas fotogénicas que siempre salían bien en cámara. Se convenció a sí mismo de que sería menos atractiva en persona.

«Solo que no lo es, porque la cámara no hacía justicia a su alegre personalidad».

Era una de esas raras personas que iluminaba todas las habitaciones en las que entraba. Su padre, que no era famoso por morderse la lengua, había admitido ante Damien que no entendía cómo Tess soportaba vivir con alguien tan amargado como él.

Damien no pensaba que fuera un amargado. Era serio, sí, y una persona muy ocupada. Estaba concentrado en su trabajo y en su hijo. No había espacio para mucho más en su vida en aquel momento, pero

también sabía disfrutar de las pequeñas cosas.

Ahora, cuatro meses más tarde, tenía que admitir que contratar a Tess había sido una decisión excelente. En ese tiempo, había visto cómo la relación entre ella y su hijo florecía. Jamie adoraba a Tess y ella era buena para su hijo; el modelo femenino de conducta que necesitaba.

Si Damien tenía que sufrir por ello y vivir constantemente empalmado, que así fuera. Era un hombre adulto y podía controlarse.

Solo tenía que seguir recordándose que ella era muy joven y estaba fuera de su alcance, como llevaba haciendo todo el día.

—¿Va todo bien, jefe? —preguntó Drake, lacónico, forzando a Damien a volver a la ajetreada oficina.

Se dio cuenta de que no había escuchado nada de lo que su amigo le había dicho durante los últimos dos minutos. Llevaba todo el día distraído; necesitaba concentrarse.

—Todo bien, pero tengo que ir a cenar a casa. Le prometí a Jamie que esta noche haríamos fajitas.

Drake asintió. Su amigo no tenía hijos, pero actuaba como el tío adoptivo de Jamie. Comprendía que Damien estaba tratando de ser el mejor padre posible.

—Terminaré el informe y te lo enviaré por *mail*. Puedes leerlo mañana.

—Le echaré un vistazo cuando Jamie se haya dormido. Gracias, Drake.

Abandonó la oficina de buen humor. Pasó frente a la iglesia con el coche y giró a la derecha para salir de la ciudad. Aunque su equipo y él ganaban bastante dinero, en el centro de Chamonix aquel salario solo les permitía algo parecido a un estudio. Era el precio a pagar por vivir en uno de los *resorts* de esquí más populares del mundo.

De hecho, aunque su casa se encontraba a las afueras —era una residencia unifamiliar con un patio precioso—, en realidad estaba fuera de su alcance. Sus padres habían comprado el terreno hacía cincuenta años, cuando Chamonix aún estaba en proceso de convertirse en uno de los mejores destinos para esquiar, y habían construido la casa durante los años siguientes. Allí era donde Damien había crecido y amaba cada centímetro cuadrado.

Tres años antes, cuando Jamie llegó a sus vidas, había tratado de vender su apartamento de una habitación para mudarse a un lugar más grande, y su padre le había sugerido que se intercambiaran las casas. Se habían reunido frente al notario para formalizar la donación mutua. A Damien no le había gustado aceptar un regalo de esa magnitud, pero su padre, a su manera estoica, había ignorado sus protestas y nunca había querido volver a hablar del tema.

Mientras conducía, empezó a silbar. Ardía en deseos de pasar la

tarde cocinando con su hijo.

Esperaba que Tess y Jamie lo saludaran desde la cocina al entrar en casa, pues el niño aún estaba en esa edad en la que dejaba lo que estaba haciendo y corría a abrazarlo cuando llegaba. Sin embargo, el interior estaba oscuro.

Damien consultó el reloj: eran las seis. Miró los mensajes de texto. Tess y Jamie hacían un montón de actividades juntos. El niño disfrutaba de las vacaciones de verano y Tess le enviaba un correo electrónico todas las mañanas para informarlo de sus planes diarios.

Comprobó el *mail*. Habían ido a Le Lavancher después de comer. Sonrió. A Jamie le encantaba aquel lugar y no precisamente por las vistas: siempre convencía a Tess de que le comprara pasteles caseros.

Aun así, deberían haber vuelto hacía mucho. En el frigorífico encontró pimientos rojos, verdes y amarillos, pollo y *crème fraiche*; todo lo necesario para preparar fajitas. Comprobó el teléfono otra vez, pero no había mensajes nuevos de Tess.

Se pasó la mano por el pelo y pensó distraído que necesitaba cortárselo.

Una sensación desagradable comenzó a crecer en la boca de su estómago. Era raro que Tess llegara tarde y, si lo hacía, que no le enviara un mensaje. Por un instante, Damien casi se olvidó de respirar.

Sabía que tenía que sacar la comida del frigorífico y preparar la cena. Volverían en cualquier momento; el chico estaría hambriento y él se reiría de aquel pequeño ataque de pánico que estaba sufriendo.

Sin embargo, mientras lo pensaba, ya se estaba poniendo la cazadora azul claro de su uniforme para salir al exterior. Antes de convencerse de lo contrario, había marcado el número de Drake.

—¿Damien? Pensaba que a estas alturas andarías hasta las cejas en salsa y guacamole —dijo su amigo. A juzgar por el ruido, ya estaba en la calle.

—Drake, necesito tu ayuda.

Drake debió de detectar algo en el tono de su voz, porque el sonido de pasos se detuvo. Damien sabía que ahora lo escuchaba con atención.

—Lo que sea.

—Tess y Jamie no están en casa. Me dijo que iban a ir a Le Lavancher. Probablemente, lleguen en cualquier momento, pero…

Damien se detuvo y tragó saliva. Reconoció el sabor amargo y metálico de su boca: era miedo.

Su compañero no lo dejó terminar la frase.

—Voy a volver a la oficina. Haré un par de llamadas. ¿Sabes cómo pensaban ir hasta allí?

Damien miró al aparcamiento cubierto donde Tess dejaba el

pequeño Citroën verde oscuro que solía conducir.

—No lo sé. El coche no está aquí. Asumo que fueron conduciendo, al menos hasta Les Tines. Quizá luego cogieron el tren que sube a las montañas.

—Llamaré a Les Tines y me reuniré contigo frente a la oficina. Recógeme en diez minutos.

—Seguro que tienes otras…

—En realidad, no, Damien —replicó Drake con sequedad, en un tono que daba a entender que no estaba para tonterías—. Recógeme en diez minutos.



Cuatro horas después, la sensación en el pecho de Damien se había transformado en auténtica angustia.

Como suponía, habían localizado el coche de Tess en la estación de Les Tines. El conductor del tren recordaba haber visto a Tess y a Jamie cogerlo hasta la pequeña aldea de Le Lavancher. Tess también tenía un billete de vuelta que no había sido utilizado.

Habían llegado hasta la panadería —Damien sabía que, si de Jamie dependía, esa habría sido una de sus primeras paradas— y la tendera los recordaba. Les dijo que habían estado hablando de subir por una de las rutas de senderismo y almorzar. No recordaba hacia dónde habían ido; había sido una tarde de verano estupenda y un montón de familias con niños habían ido a comprar pasteles.

A partir de ese momento nadie había vuelto a verlos; era como si se los hubiera tragado la tierra.

El corazón de Damien se encogió al pensar que podrían no encontrarlos nunca. Se trataba de su hijo, y Tess era… Aquel no era el momento de reflexionar sobre lo que Tess significaba para él. Lo único que sabía era que debía encontrarlos. Ella no seguiría ahí fuera voluntariamente. Algo malo les había ocurrido.

A las once de la noche, comprendió que había llegado la hora de detener la búsqueda hasta el día siguiente. Habían recorrido el pueblo de arriba abajo y no habían encontrado ni rastro de ellos.

El siguiente paso era subir a las montañas, pero sabía mejor que nadie que una búsqueda por la noche sería estúpida: peligrosa para el equipo de rescate y abocada al fracaso.

—Volveremos en cuanto haya luz, Damien —dijo Drake con suavidad. Apoyaba la mano sobre un mapa de la zona. Ya había identificado las tres rutas más probables que Tess y Jamie podrían haber seguido.

Lo alegró que su amigo hubiera tomado el mando. Aunque había

dirigido cientos de rescates en aquellas montañas, no habría sido capaz de encontrar la salida de una caja de zapatos.

Beau Fontaine, el comandante de la unidad de rescate de Annecy, lo llamó por teléfono.

—¿Cómo va la cosa, Damien? —La voz de Beau, normalmente brusca, estaba atemperada por la cautela.

—¿Cómo crees? —replicó Damien, y enseguida deseó retirar sus palabras. Ni Beau ni nadie de su equipo se merecía convertirse en el blanco de su ira—. Lo siento, eso ha estado fuera de lugar. Solo…

—Lo entiendo —respondió Beau—. Solo quiero informarte de que mi equipo estará listo en cuando amanezca. Nos coordinaremos con Drake.

—Gracias, lo aprecio mucho.

Damien colgó y echó un vistazo a la batería: solo quedaba el dieciocho por ciento. Si no podía hacer otra cosa, al menos tendría que encontrar un cargador. Le vino a la cabeza la linterna que llevaba en el maletero del coche.

«Si Drake vuelve con otra persona, puedo buscarlos yo solo, aunque sea durante unos minutos».

—Gracias a todos, os veré mañana —le dijo a su equipo. Habían acudido en cuanto se habían enterado de que Jamie se había perdido. Gael y Kat habían conducido desde la oficina justo detrás de Drake y de él.

Jens Melkopf, el médico del equipo, había llegado poco después. Nadie quería decirlo en voz alta, pero, en un caso como aquel, sabían que Jens era la persona más importante. Los demás habían recibido entrenamiento médico para situaciones de emergencia, pero él había pasado diez años como médico en el ejército antes de unirse al equipo de búsqueda y rescate y había visto cosas que los demás ni siquiera podían imaginar.

Solo faltaba Hiro. Bailey y él, una perra pastor holandés de color negro, habían participado en un evento canino en Suiza y aquella tarde estaban conduciendo de vuelta.

—Eso no va a pasar —le aseguró Drake, leyéndole la mente—. No vas a quedarte aquí, Damien. —Se pasó la mano por el pelo, castaño y corto—. No vamos a pedirte que duermas. Joder, no creo que ninguno podamos pegar ojo esta noche. Pero no vamos a permitir que pongas tu vida en peligro. Te dejaré en casa. Descansa lo mejor que puedas y te recogeremos al amanecer para comenzar la búsqueda.

Era un discurso largo para los estándares de Drake. Damien sabía que su amigo tenía razón, pero, aun así, el hecho de que su hijo pudiera estar perdido en las montañas lo estaba destrozando. Por irracional que pareciera, quería quedarse cerca del lugar donde había desaparecido.

No había estado presente cuando nació. De hecho, ni siquiera era consciente de su existencia hasta que su madre, una mujer con la que había salido brevemente dos años y medio atrás, se había presentado en la puerta con el niño a cuestas.

Un solo vistazo al crío había bastado para que Damien se quedara prendado de él de forma irrevocable. Durante la visita, la madre de Jamie había manifestado su preocupación por ofrecer un hogar estable para el niño durante sus viajes y él se había ofrecido a quedarse con él. En cuanto la mujer aceptó, Damien supo que era lo correcto, y nunca había dejado de sentirse agradecido de que hubiera decidido acudir a él.

—Llevaba una chaqueta fina —explicó Damien con un nudo en la garganta—. No le dará el calor suficiente para pasar la noche ahí fuera.

—¿De qué color?

—Roja y azul.

—Bien, eso está bien. Vamos a encontrarlos, Damien —dijo Drake con sequedad—. Mientras tanto, Tess cuidará de él. Confías en ella, ¿verdad?

—Sí —Damien respondió de inmediato. No albergaba la menor duda de que Tess protegería a su hijo si estaba en posición de hacerlo.

«¿Pero y si le ha ocurrido algo? ¿Y si…?».

«Tengo que encontrarlos».

Emitió un gemido estrangulado. Se volvería loco si seguía dándole vueltas.

—Vamos —dijo Drake mientras se acercaba al coche de Damien y abría la puerta del pasajero—. Te llevaré a casa.

Damien asintió. No estaba en condiciones de conducir a ninguna parte.

4



Tess

Tess corría como alma que lleva el diablo. Y, en cierto sentido, era como si el diablo hubiera venido a por ella.

Había visto armas de fuego antes. Cuando era pequeña, su abuelo vivía en el campo y guardaba un rifle en casa por si venían los lobos. Damien también llevaba una pistola; le había enseñado la caja fuerte donde la guardaba cuando estaba en casa para asegurarse de que Jamie no jugara cerca.

Pero nunca, hasta aquel día, la habían apuntado con un arma a la cara; o, algo que encontraba aún más aterrador, habían apuntado a Jamie.

Apretó la muñeca del niño con más fuerza. Era rápido para tener seis años, pero estaba cansado y Tess estaba casi arrastrándolo.

Había intentado que pareciera un juego —«vamos a correr tan rápido y tan silenciosamente como podamos»—, pero Jamie era demasiado listo para picar. La había mirado con sus etéreos ojos azules, tan parecidos a los de su padre, y había hablado con suavidad. «Puedo ser silencioso, Tess. No te preocupes».

Entonces corrieron tan rápido como se lo permitían sus pequeñas piernas.

Pero ahora estaba cansado. Diablos, tras seis meses en Chamonix, Tess no había estado más en forma en su vida y también sentía el corazón a punto de explotar.

Se detuvo para mirar a su espalda. No había nadie.

«¿Hemos logrado escapar de él?».

«¿Seguro que está solo?».

Giró el cuello a izquierda y derecha tan rápido que estuvo a punto de sufrir un latigazo cervical.

Ayer, el hombre se acercó poco después de que llegaran a la cascada. Acababan de sentarse para disfrutar del pastel casero que habían comprado en la panadería. Después tenían pensado coger algunas hojas y piedras para un proyecto que Jamie quería empezar la semana siguiente y regresar a la ciudad.

El hombre estaba vestido de negro, su rostro, casi oculto bajo una gorra, gafas de sol y una barba espesa marrón y gris. Tess se dio cuenta de que aún no sabía qué aspecto tenía bajo todas esas capas.

El hombre le dio las buenas tardes y le preguntó la hora con mucha educación. Ahora se daba cuenta de que estaría esperando para asegurarse de que no había nadie en las proximidades.

Se maldijo, pero su sentido arácnido no había saltado en absoluto. Estaba mirando el teléfono para darle la hora y, al momento siguiente,

el desconocido se había lanzado sobre ella, había agarrado el teléfono y lo había arrojado a la cascada que había debajo. Incluso entonces había necesitado un instante para que su cerebro comprendiera lo que estaba pasando.

Una pistola oscura y brillante se había materializado en su mano. Los obligó a quitarse las mochilas —Tess guardaba el agua y los almuerzos en la suya, mientras que la de Jamie tenía unos cuantos juguetes— y las lanzó también por el borde. Luego les indicó mediante señas que avanzaran por delante de él, hacia las montañas. Ninguna de sus preguntas, súplicas o camelos habían servido de nada.

Más tarde, Tess vio algo de un color intenso en el suelo. Sabía lo que era —en casa los pisaba con frecuencia— y lanzó una mirada a Jamie. El niño tenía la mano en el bolsillo. Allí guardaba unas piezas de Lego que iba soltando por el suelo, como miguitas de pan.

«Chico listo».

Miró hacia atrás para asegurarse de que su secuestrador no se había dado cuenta. Sus gafas de sol le impedían saber a dónde miraba exactamente, pero su expresión no cambió y se lo tomó como una victoria.

Cuando Jamie empezó a protestar por el agotamiento, el hombre sacudió la pistola, apuntando a las rodillas del niño. Tess se adelantó a toda prisa para cargarlo sobre su espalda y llevarlo a caballito. No sabía lo que estaba pasando, pero no iba a darle ninguna excusa para hacer daño a Jamie.

Por fin, cuando se sintió incapaz de dar un paso más, llegaron a una cabaña desvencijada, medio escondida detrás de unos árboles.

El desconocido les indicó que entraran con un movimiento de la pistola. No había pronunciado una sola palabra desde que le había preguntado la hora.

Tess se sentía tan desubicada y fuera de lugar que no sabía qué hacer. El hombre era grande y corpulento y, además, tenía una pistola. Debía pensar en Jamie. Pero no podía entrar en la cabaña. ¿Quién sabía lo que había tras esa puerta? Dentro podría hacerles cualquier cosa.

—No —dijo mientras el gélido aire nocturno la hacía temblar—. No.

El hombre le habló en inglés. Ahora su voz era fría y desapasionada, muy diferente de la del amigable extraño que le había preguntado por la hora hacía un rato.

—Entra o dispararé al chico y te ataré cerca de la ventana para que veas lo que los lobos le hacen a su cadáver por la noche.

Sintió el aliento dulce de Jamie en la nuca. Sus bracitos se apretaron más en torno a ella y Tess supo que estaba llorando en silencio contra su cazadora.

—No le hagas daño —pidió—. Haré lo que quieras, pero no le hagas daño. Por favor.

Pero el hombre no quería nada de ella. Tess había visto un salón de estilo rústico de refilón antes de que los arrojara a ambos a un cuarto. Ató sus manos por delante y luego los dejó allí, cerrando la puerta tras ellos.

—Estoy aquí fuera —les advirtió—. No intentéis nada.

—¿De qué va todo esto? ¡Por favor!

—Lo descubrirás pronto. Ahora, tumbaos y dormid. No me deis motivos para volver a entrar ahí esta noche.

Tess agradeció que brillara la luna llena tras la ventana. Sabía que, de otro modo, estarían sumidos en una oscuridad absoluta, pues no había electricidad en la cabaña.

La maravillaba la resistencia de Jamie. Ambos fueron al baño y Tess formó un cuenco con las manos para que este pudiera beber del grifo, agradecida de que al menos no fueran a morir de sed. Por suerte, tenía un puñado de almendras en el bolsillo de la cazadora. Se las dio al niño, que las cogió en silencio y sin protestar.

Encontró una manta vieja y deshilachada en una esquina y se refugió bajo ella con Jamie.

—Todo va a salir bien —le dijo—. No voy a permitir que te haga daño.

—Mi papá nos encontrará —replicó Jamie, y luego se quedó dormido con su pequeño cuerpo apretado contra el suyo.

Tess apoyó la espalda contra la pared y escuchó la suave respiración del pequeño mientras la temperatura de la cabaña descendía. Apretó el cuerpecito del niño contra el suyo en un intento de mantenerlo caliente.

De vez en cuando, oía al hombre paseando por la sala de estar. Él tampoco dormía.

A las cuatro de la madrugada oyó un portazo. Después, la cabina permaneció en un silencio absoluto. Tess dejó a Jamie dormido en el suelo, cubierto con la manta. Caminó de puntillas hasta la puerta y se quedó escuchando durante un rato muy largo.

«Se ha ido».

«No está aquí».

No era solo que los ruidos de la otra habitación se hubieran detenido. Era la sensación de vacío que sentía allí donde antes se percibía la amenaza. Tess no se consideraba una persona muy espiritual, pero algo, algún tipo de instinto, le decía que era hora de echar a correr.

«Hay que salir ahora mismo de aquí».

Miró a través de la ventana. Para Jamie sería fácil salir. A ella quizá le costaría un poco, pero podía hacerlo si era necesario.

Ahora que había tomado la decisión, no quería esperar ni un segundo más. ¿Quién sabía a dónde habría ido aquel hombre y cuánto tardaría en regresar? Ni Jamie ni ella habían sufrido daño todavía, pero eso podía cambiar en cualquier momento. Recordó la voz del desconocido, átona como la de un muerto.

No había nada en la habitación que sirviera para romper la ventana, pero aún tenía las llaves de casa en el bolsillo. Tess se quitó la cazadora. Temblando con el aire frío de la noche, cogió la más grande, la de la puerta de su estudio. Trató de no pensar en su confortable cuarto y en su cama caliente mientras la sostenía con el lado afilado hacia fuera. Luego, envolvió la mano y el brazo en la chaqueta y apretó tanto como pudo.

«¿Funcionará?».

«Tienes que confiar en que funcione».

«Jamie depende de ti para salir de aquí».

Aquel último pensamiento le dio el valor necesario para golpear el cristal con la mano cubierta.

Había colocado la llave de forma que golpeara el cristal primero, pero se deslizó con la fuerza del impacto y sus nudillos acabaron chocando contra el vidrio. Con cazadora o sin ella, el dolor fue estremecedor.

«Hazlo otra vez».

«Rápido, no te pares a pensar en ello».

Volvió a sujetar la llave entre los nudillos y golpeó desde más cerca esta vez, apuntando al mismo sitio. Una tela de araña apareció en el cristal, tan pequeña que pensó que se lo había imaginado; pero no, allí estaba.

Tess golpeó de nuevo, ignorando las heridas de sus nudillos. Algo le decía que esta era su oportunidad. El hombre había dado a entender que tenía un plan para ellos y, al decirlo, su voz había sonado cruel. No quería quedarse allí para descubrir qué tenía pensado.

Cuando golpeó el cristal, sus ojos se llenaron de lágrimas, pero la telaraña creció muy rápido. Por fin, el vidrio se resquebrajó. Tess rompió los fragmentos restantes y los empujó fuera hasta asegurarse de que el marco inferior era seguro.

Desenrolló la cazadora con la que había envuelto su mano. Tenía los nudillos hinchados y dolían, pero no había sangre. Eso estaba bien; no quería correr por la montaña con una herida infectada. Su anorak se había echado a perder, pero a pesar de todo se lo puso otra vez, tras asegurarse de que no tenía cristales.

Después, sintiéndose un poco como MacGyver, dobló la deshilachada manta azul y la dejó sobre el marco de la ventana.

Inspiró y espiró un par de veces para calmarse antes de despertar a Jamie con un abrazo y un beso, inhalando aquel suave olor a bebé que

asociaba con él y con nadie más.

—Buenos días, Jamie. Es hora de levantarse —susurró en su oído.

—¿Papá? —preguntó con voz quebrada.

—Soy Tess. No pasa nada, ahora vamos a buscar a tu padre.

Los ojos del niño se abrieron y se clavaron en su rostro. Tess fue capaz de identificar el momento exacto en el que recordó todo lo que había ocurrido. Su carita se arrugó, pero no hizo ningún ruido.

Tess lo cogió de la mano y lo ayudó a incorporarse.

—No pasa nada, Jamie. Ahora solo tenemos que caminar un poquito y encontrar a tu papá. Sé que ha estado buscándonos —añadió con rapidez.

La última parte era verdad. Damien se habría dado cuenta de que algo malo ocurría cuando no regresaron a casa a cenar y habría iniciado la búsqueda. Lo conocía lo bastante bien como para saber que removería cielo y tierra para encontrar a su hijo, pero las montañas eran peligrosas y el equipo de rescate podía no estar buscando en el lugar correcto. Tess deseó haberle dicho a dónde iban.

Apretó la mano de Jamie con más fuerza.

—¿Estás bien, Jamie?

Necesitaba poner al chico de su parte y que se mantuviera alerta. Esperó con paciencia hasta que asintió.

Y así, habían salido por la ventana y habían comenzado a descender la montaña. Con cuidado al principio, porque todo estaba aún oscuro y Tess no quería tropezar. Un tobillo torcido podía ser su fin.

Pese a todos sus esfuerzos, Tess no fue capaz de recordar el camino que habían tomado el día anterior. Había permitido que la dominara el miedo y no había prestado suficiente atención.

Entonces oyó un portazo en la entrada de la casa y supo que el hombre había vuelto. Tess abandonó la cautela. Apretó la mano de Jamie con más fuerza y echó a correr, confiando en estar volviendo sobre sus pasos y no avanzando en cualquier otra dirección.

Pero llevaban corriendo durante lo que parecían horas y tanto ella como Jamie se encontraban al límite de sus fuerzas.

Jamie tropezó y estuvo a punto de arrastrar a Tess con él.

«Tenemos que encontrar un sitio donde parar».

Tess se sentó, apoyó la espalda contra un árbol y abrazó al chico. Acarició su mejilla con suavidad y solo entonces se dio cuenta de que Jamie había perdido sus gafas. Tenía mucha hipermetropía: sin gafas, no era capaz de ver el terreno por el que estaban corriendo y, aun así, no se había quejado ni una sola vez. De nuevo, a Tess lo sorprendió su valentía.

«Nos quedaremos aquí solo unos minutos y luego echaremos a correr otra vez».

5



Damien

Damien y Drake no intercambiaron ningún comentario cuando este lo recogió en la puerta de casa a las cuatro de la mañana. Ambos estaban vestidos con ropa táctica: su uniforme era azul marino casi por completo salvo por la cazadora, que tenía una ancha franja azul claro en el pecho y en una de las hombreras.

Damien sostenía el café que le había traído Drake. Su amigo lo había preparado con cantidades generosas de leche y azúcar —justo al contrario de como solía tomarlo—, pero sabía que necesitaría energía para afrontar el día que tenían por delante. En cualquier caso, no era capaz de beber mucho con el nudo que tenía en la garganta.

Entre sus pies había una bolsa de papel con el pijama de Jamie, su peluche favorito —un cerdo verde llamado Tom— y una de las sudaderas de Tess.

Damien había pasado la mitad de la noche en el cuarto de Jamie. Se había sentado en la colorida cama de su hijo, que tenía la forma de un coche de carreras. No podía soportar la idea de que no estuviera con él. Estaba acostumbrado a entrar en su habitación y besarlo en la frente cuando volvía a casa, sin importar la hora. La noche anterior lo único que había podido hacer era preguntarse dónde estaría su hijo y si se encontraría bien.

Damien nunca se había sentido tan solo. Había estado tentado de llamar a su padre, pero no quería molestarlo en su retiro anual de póker. Si no encontraba a Jamie al día siguiente, tendría que mantener una conversación muy difícil con el viejo.

Después, había salido al patio y se había dirigido al pequeño estudio donde dormía Tess. Caminaba descalzo y en calzoncillos a propósito, temblando con el frío aire nocturno. En las montañas, donde estaban Tess y Jamie, haría todavía más frío.

«¿Demasiado como para sobrevivir durante la noche?».

Había pasado la noche fuera sin refugio y con poco equipo, pero era un hombre adulto y un experto en supervivencia. Tess y Jamie no eran ninguna de ambas cosas.

Entrar en el estudio de Tess sin que ella estuviera presente lo hizo sentir como un pervertido. El apartamento era, básicamente, una habitación grande con una pequeña cocina en una esquina y una puerta que conducía al baño trasero. Una gran bañera con patas en forma de garra descansaba en otra esquina del dormitorio, separada del baño, que tenía una ducha sencilla. Era una decisión de diseño curiosa, por no decir otra cosa, que Damien nunca había comentado con sus padres.

Tess mantenía el estudio como los chorros del oro. Le había pedido permiso para instalar tiras de luces en el techo, sobre la cama y la bañera, y había colocado un enorme escritorio junto a las ventanas más grandes, que estaban orientadas hacia el jardín.

Allí era donde escribía todo el día, todos los días, cada vez que no estaba con Jamie. Nunca había compartido su trabajo con él —no tenían una relación tan cercana—, pero Damien había comprado un libro de relatos cortos que Tess había publicado mientras estaba en la universidad. Aquel pequeño ejemplar estaba escondido en la planta de arriba, en un cajón junto a su cama. Damien no era un gran lector de ficción, pero la escritura de Tess lo había dejado boquiabierto.

A veces se preguntaba qué hacía Tess en Chamonix. Damien le pagaba un buen salario, pero no dejaba de ser un trabajo de niñera y, con su talento para la escritura, estaba convencido de que podría ganar mucho más haciendo cualquier otra cosa. Durante la mayor parte del tiempo, se sentía agradecido de que hubiera decidido quedarse con ellos.

Había visto una sudadera enorme cubriendo la silla de su escritorio. Damien la había cogido, junto con la funda de su almohada, y lo había guardado todo en la bolsa de papel que ahora estaba a sus pies.

—Vamos a encontrarlos, Damien —dijo Drake, rompiendo por fin el silencio—. Tienes que creértelo.

Damien asintió. Esa creencia de que, pasara lo que pasase, su equipo y él encontrarían a Jamie y a Tess lo había mantenido cuerdo a lo largo de la noche.

Llegaron a las cinco menos cuarto. Mientras aparcaban al lado de la panadería, Damien oyó ladrar a un perro. Reconoció el ladrido un instante antes de ver a su equipo completo, que estaban apiñados juntos alrededor del capó de un coche, estudiando un mapa.

—Ya está todo el mundo aquí —murmuró Damien. Parpadeó para sobreponerse a las lágrimas que comenzaban a acudir a sus ojos.

Todavía quedaba una hora para el amanecer y casi todos los miembros de su equipo llevaban una linterna fijada con una cinta a su frente. Allí estaba Hiro, con Bailey a su lado. Junto a él se encontraba Gael, con una mochila que parecía demasiado grande para él pero con la que Damien sabía que podría correr una maratón; y Kat, que tenía un aspecto casi delicado vestida con su ropa de trabajo cuando en realidad era todo lo contrario. Por último, estaba Jens, que jugueteaba con las correas de una mochila gris con el emblema universal de la cruz roja.

Se detuvieron para mirarlo y se saludaron en voz baja. No necesitaban decir nada más; el hecho de que estuvieran allí en mitad de la noche era más que suficiente para él. Damien quería pedirles que

esperaran un poco más —una búsqueda en la oscuridad no era segura —, pero no era lo bastante fuerte para hacerlo.

Drake tomó la iniciativa, ya que aquel día Damien era incapaz.

—Ahora vamos a iniciar la búsqueda —dijo Drake—. Nos reagruparemos dentro de una hora cuando llegue el equipo de Annecy. Hiro, ¿Bailey está lista?

Hiro asintió con los ojos entrecerrados y cogió la bolsa de papel de las manos de Damien. Bajo la luz artificial, su piel casi parecía dorada.

Se arrodilló junto al pastor holandés y silbó con fuerza. Bailey ladeó la cabeza en respuesta y sacó la lengua, brillante y rosa en la oscuridad. Cuando Hiro se aseguró de que había captado la atención del animal, sacó el peluche del chico y se lo mostró a Bailey.

—Busca —le ordenó Hiro con suavidad.

Damien contuvo el aliento y apretó los puños. Los perros de búsqueda y rescate eran animales increíbles, pero no eran trabajadores milagrosos. Bailey podía no encontrar nada y debían estar listos para aquella eventualidad. Él necesitaba estar listo.

Tras un breve interludio, sin embargo, Bailey ladró dos veces y se dirigió hacia la iglesia, deteniéndose solo para asegurarse de que Hiro la seguía.

El rostro de Drake se iluminó.

—Hay varias rutas de senderismo por allí.

—Concentrémonos en las que podría haber seguido un niño de seis años —les recordó Kat.

Damien estuvo de acuerdo. Tess no habría llevado a Jamie a ningún sitio al que el chico no pudiera haber llegado sin problemas.

—Nos dividiremos en dos grupos —dijo Drake—, empezando con las rutas que Bailey nos ha indicado. Quiero que todo el mundo se mantenga lo bastante cerca como para comunicarse por radio. Damien, Hiro, Bailey y yo tomaremos la ruta que pasa por la cascada. Kat, Gael y Jens tomarán la otra. Mantened las linternas encendidas hasta que amanezca.

Damien dejó escapar un suspiro de alivio. Era lo mismo que habría hecho él: enviar a Hiro con Bailey en un grupo y a Gael, que era el mejor rastreador, en el otro.

«Soy la persona más problemática de esta búsqueda».

«Por eso Drake me quiere cerca».



El corazón de Damien golpeaba con fuerza contra su pecho. Poco después de pasar la cascada, Bailey había emitido un único ladrido —su señal de alerta— para llamarles la atención sobre algo que había en

el suelo. Aunque el cielo empezaba a clarear, la luz era lo bastante débil como para que lo hubieran pasado por alto si Bailey no hubiera estado con ellos.

Damien apretó la pieza amarilla de Lego contra su palma. No tenía la menor duda de que Jamie la había dejado caer a propósito.

«La dejó para que yo la encontrara».

«Ya voy, Jamie».

«Papá va a por ti».

Después, habían encontrado otras dos piezas de Lego —una marrón; la otra, blanca—, lo que confirmaba que no podía tratarse de una coincidencia.

Por supuesto, Damien recordaba haberle leído a su hijo *Hansel y Gretel* la semana pasada.

—Estamos en la senda correcta —Drake le dijo a gritos al líder del equipo de Annecy por teléfono—. Pon a tu piloto a dar vueltas por la zona, Beau.

—Les ha pasado algo —auguró Damien—. Tess nunca le habría pedido a Jamie que fuera tan lejos andando.

Drake y Hiro se miraron el uno al otro, pero no abrieron la boca. De pronto, Bailey comenzó a ladrar. Su nariz apuntaba río abajo.

—Las piezas de Lego nos están dirigiendo hacia la montaña —dijo Damien, dubitativo—. No podemos parar ahora.

—¿Deberíamos separarnos? —preguntó Drake.

—Bailey está siguiendo el rastro de tu hijo. No sé quién subió a la montaña, pero tu hijo se fue en esta dirección, Damien —explicó Hiro.

—Drake, llama al otro equipo. Que suban y exploren este sendero —ordenó Damien con firmeza—. Nosotros seguiremos a Bailey.

Cinco minutos más tarde, el corazón de Damien estuvo a punto de detenerse cuando vio dos siluetas familiares corriendo al otro lado del río.

«Están vivos».

«Dios, gracias».

El alivio fue tan intenso que amenazó con postrarlo de rodillas hasta que se dio cuenta de que Tess y Jamie corrían muy deprisa y se estaban acercando demasiado al borde.

—¡Los veo! —gritó a Drake y a Hiro, que se encontraban río arriba, algo más lejos.

Damien gritó sus nombres, pero no fueron capaces de oírlo por encima del estruendo del agua.

—¡Jamie! ¡Hijo!

En el último momento, Tess alargó la mano para detener a Jamie, pero el chico había cogido demasiado impulso y cayó al agua, levantando salpicaduras.

Damien se quedó frío. A finales de julio era pleno verano, pero el

agua allí arriba raramente subía de tres grados centígrados. Nadie podía pasar mucho tiempo sometido a aquella temperatura sin un traje de neopreno y sobrevivir; mucho menos, un niño pequeño.

Se fijó en la velocidad del agua. No estaban lejos de las cascadas.

—¡Joder! —gritó Damien. La altura en su lado del río hacía imposible que pudiera entrar por allí.

Un segundo después, escuchó el ruido de otro chapuzón. Damien alzó la mirada y vio cómo Tess aterrizaba en el agua con un salto controlado.

«Ha entrado a por Jamie».

Tess era una nadadora competente; Damien sabía que todas las semanas hacía un montón de largos en la piscina interior. Ahora estaba empleando la memoria muscular: sus brazos se hundían con fuerza en el agua mientras se dirigía hacia Jamie.

Solo pudo mirarla mientras ella conseguía alcanzarlo por fin, lo agarraba del cogote y tiraba de él en su dirección.

—¡Nada hacia aquí, Tess! —gritó Damien, corriendo en paralelo al río. Tenía que adelantarse a ellos para poder ayudarlos.

De pronto, una tercera figura saltó al agua. Era Bailey, que se había arrojado desde el risco y estaba nadando hacia ellos. En la boca, el perro llevaba un cabo de cuerda.

—¡Encuéntralos, Bailey! —gritó Hiro para darle ánimos, haciéndose oír por encima del estruendo del agua. Había atado el otro extremo de la cuerda a su muñeca con varias vueltas—. Dale la cuerda a Tess.

Bailey alcanzó a Tess justo cuando la corriente se hacía más fuerte. Sin soltar a Jamie, ella agarró la cuerda con una mano y enrolló el extremo alrededor del chico, por debajo de las axilas. Se agarró a él como si le fuera la vida en ello. Detrás, Bailey nadaba con fuerza.

Mientras tanto, Hiro y Drake descendieron por el terreno escarpado. Cuando el agua les llegó a los tobillos, comenzaron a tirar de la cuerda. Gracias al esfuerzo conjunto de ambos hombres, Tess y Jamie estaban a punto de ponerse a salvo.

«Sí».

«Gracias a Dios».

Damien se quedó quieto, algo más abajo, con las manos apretadas. No sabía si quedarse donde estaba o ir con su familia.

«Su familia».

Vio el tronco de árbol que flotaba en el río un segundo antes de que impactara contra Tess. Esta soltó la cuerda y se deslizó lejos.

«¡No!».

Hiro y Damien no se detuvieron; siguieron tirando de la cuerda hasta que, poco después, Jamie estaba en los brazos de Hiro. Bailey también estaba allí, lamiendo las manos del chico.

—¡Lo tenemos! —gritó Drake.

Su hijo estaba a salvo. Damien quería gritar de alivio, pero Tess aún seguía en el agua. La corriente la arrastraba como si fuera una muñeca de trapo. En un segundo pasaría flotando junto a él y sabía a dónde se dirigía: a la cascada.

No dudó. Si esperaba, sabía que Tess podía morir en el río.

—¡Quédate con él! —gritó Damien, sin perder de vista a Tess. Había nadado antes en aquella zona y sabía que era profunda. Aun así, cuando se zambulló limpiamente en el agua, sintió pánico. Una roca o un tronco en el lugar equivocado podían dejarlo fuera de combate. Buceó tan cerca de la superficie como pudo y emergió con rapidez, justo por debajo de la zona donde esperaba que estuviera Tess.

Aunque sabía que el agua estaría fría, la temperatura lo dejó en *shock*. Damien empezó a pensar en Jamie, pero se detuvo en seco; Drake y Hiro cuidarían bien de su hijo.

Un instante después, su mano agarró el cabello de Tess. Se movía tan rápido que estuvo a punto de perderla, pero logró tirar de su coleta con fuerza. Tess agitaba los brazos y las piernas, pero Damien los esquivó. La cogió como pudo de la cazadora a pesar de la corriente. La sujetó por las axilas, aseguró con firmeza sus hombros y la obligó a apoyar la espalda contra su pecho.

—Damien —Tess jadeó. Estaba hiperventilando. Damien no sabía si era por miedo o por frío, pero no era el momento de preguntárselo. Sacudía las piernas para nadar, pero sus movimientos eran torpes y descoordinados.

«Tengo que sacarla del agua».

Nadó hacia la orilla. Sabía lo cerca que estaba de las cataratas y que caer por ellas podía resultar mortal. Luchó con todo su empeño —cada centímetro avanzado les concedía un segundo más—, pero la corriente era demasiado fuerte y los conducía inexorable hacia la cascada.

En honor a la verdad, parte de él sabía lo que iba a ocurrir, incluso mientras buceaba. Por eso no se había quitado la mochila impermeable antes de saltar.

«No vamos a conseguirlo».

«Vamos a precipitarnos por el borde».

Había que dejar de nadar y comenzar a planificar. Damien mantuvo la calma mientras apretaba a Tess con más fuerza y aseguraba los brazos contra su cuerpo. La cabeza de la chica era un peso agradable sobre su pecho.

—Te tengo, Tess —susurró, apretando la barbilla contra él. Acto seguido, y aunque no estaba seguro de que pudiera oírle por encima del estruendo del agua, añadió—: Coge mucho aire.

Momentos después, fueron arrastrados por la enorme caída, desvaneciéndose en una nube de niebla.

Damien apretó ambas piernas; debían descender con los pies por delante. Sabía que la mejor oportunidad de sobrevivir era caer limpiamente en el agua para romper la tensión superficial, lo que les garantizaría un aterrizaje algo más blando; de lo contrario, a esa altura sería como chocar contra cemento.

Oyó el grito de Tess mientras caían. Quería decirle de nuevo que aguantara la respiración, pero no había tiempo para hablar. La sujetó con tanta fuerza que supuso que al día siguiente amanecería con moratones.

«Si había un día siguiente».

Su masa combinada impactó en el agua con mucha fuerza. Algo golpeó su hombro y desplazó el hueso de su articulación. El dolor fue cegador e instantáneo. Solo gracias a su experiencia y disciplina evitó gritar. De lo contrario, sus pulmones se habrían llenado de agua.

Tess se sacudió, luchando para subir a la superficie. Damien la sujetó con el brazo bueno; el otro flotaba inerte e inútil a su lado.

La estaba asustando, y se odió por ello, pero apretó su pecho con más fuerza y sacudió las piernas para mantenerla bajo el agua; tenían que alejarse de las cascadas antes de salir o estas los obligarían a sumergirse de nuevo. Por fin, cuando consideró que estaban a salvo, tiró de ella hacia la luz.

Emergieron a la superficie y Damien tomó una bocanada de aire. Asustado por su inmovilidad, se aseguró de que la cara de Tess no seguía bajo el agua. Ya no luchaba; yacía inerte y fría sobre su pecho. La idea de que podía estar muerta bastó para arrancarle un sollozo.

Alcanzó la orilla y la depositó sobre la hierba mojada. Luego, se arrastró junto a ella; el dolor del hombro lo hizo apretar la mandíbula.

Echó la cabeza de Tess hacia atrás. Su boca se abrió y, sin ninguna ceremonia, introdujo dos dedos para asegurarse de que sus vías respiratorias estaban despejadas.

Acercó la mejilla a su boca y escuchó, pero temblaba tanto que era imposible saber si Tess respiraba.

«Hazle la respiración artificial».

Se inclinó sobre ella, preparado para iniciar el boca a boca, cuando de pronto Tess comenzó a boquear.

«Dios, gracias».

Damien la colocó de costado con un movimiento experto. Casi de inmediato, su cuerpo se contrajo y expulsó agua suficiente para llenar el lago entero.

Le dio unas palmaditas en el hombro con suavidad, solo para supiera que estaba allí.

—Todo va bien, Tess. Estás bien. Estoy a tu lado.

6



Tess

—¿Damien? —susurró. No le gustaba lo débil que sonaba su voz. Le pareció que necesitaba vomitar otra vez.

Damien estaba arrodillado junto a ella. La zona en la que sus cuerpos entraban en contacto era la única donde no sentía frío.

—No te muevas, Tess. Te vas a poner bien.

Ignorándolo, Tess giró sobre sí misma para sentarse. El viento helado la hizo temblar.

«Mierda, tengo frío».

—Te conseguiré una manta —le dijo.

—Saltaste por mí —susurró, maravillada.

—Tú saltaste por Jamie —replicó Damien—. Nunca podré agradecértelo bastante.

—¡Jamie! —exclamó—. ¿Seguro que está bien?

Damien asintió.

—Está con Drake y Hiro. Lo mantendrán a salvo y mandarán a alguien a recogernos. Mientras tanto, tenemos que mantenerte caliente. El agua no es…

Tess se lo quedó mirando hasta que comprendió que no tenía forma de saber todo lo que les había pasado a Jamie y a ella. Incluso a Tess le parecía una pesadilla lejana, y eso que acababa de vivirlo.

Damien estaba intentando quitarse la mochila. Tenía algún tipo de problema en su brazo izquierdo, que colgaba inerte a su lado.

—¿Qué te pasa? —preguntó.

—Es mi hombro. Debo de habérmelo golpeado contra una roca mientras descendíamos y me lo he dislocado —dijo tras considerar las posibilidades—. No es lo peor que podría habernos pasado.

Tess miró la cascada.

—¿De verdad bajamos por ahí?

—Sí —respondió sonriente—. Caímos por el borde.

—No quiero repetirlo.

—No, ni yo —coincidió Damien—. Joder, esto duele. ¿Puedes ayudarme con la mochila?

Tess se inclinó hacia él con torpeza. Cuando lo vio palidecer, sus dedos helados se detuvieron en la correa del hombro.

—Sigue —dijo entre dientes—. Por favor.

Con la mochila ya en el suelo, Damien abrió la cremallera lateral, cogió una manta Mylar y envolvió a Tess con dificultad usando una sola mano.

—¿Cómo puede estar seca?

Damien se agarró el hombro. Sus fosas nasales temblaron mientras

intentaba respirar a pesar del dolor.

—Es una mochila sumergible. Es algo aparatosa, pero a cambio lo de dentro está seco.

—Impresionante.

Un ruido tras ellos la hizo estremecerse de miedo.

«Tenemos que salir de aquí».

Estaba tan a gusto a su lado que casi había olvidado la amenaza.

—Tenemos que irnos.

—¿Irnos? No vamos a ir a ningún sitio. Voy a hacer un fuego para que te seques y recuperes el calor. Drake y Hiro enviarán a alguien a por nosotros.

—No, tenemos que marcharnos. Él podría volver en cualquier momento —le suplicó.

—¿Él? —Su expresión se endureció—. ¿Qué ha pasado, Tess?

—Acabábamos de llegar a las cascadas cuando apareció un hombre. Fue ayer por la tarde.

«Es como si hiciera un millón de años».

—Lanzó mi teléfono al agua, nos apuntó con una pistola y nos obligó a seguirlo hasta una pequeña cabaña en la montaña. Nos encerró en una habitación y nos dejó allí. Amenazó con…

Damien tenía una expresión pétrea. Las lágrimas comenzaron a deslizarse por las mejillas de Tess, aun a su pesar.

—¿Le hizo daño a Jamie? —preguntó Damien con suavidad—. ¿O a ti?

—No, no tocó a Jamie. Me abofeteó una vez cuando no hice lo que quería, pero, básicamente…, nos dejó en paz. Lo oí salir de la cabaña en mitad de la noche. Entonces rompí la ventana y echamos a correr.

Damien miró los nudillos magullados de su mano derecha. Tomó su mano y la sostuvo sobre su palma, mucho más grande, como si fuera algo precioso.

—Jamie no estará a salvo hasta que lo saquemos de la montaña. Tenemos que llamar a tus compañeros —insistió.

—Por desgracia, no llevaba el teléfono en la mochila —dijo Damien, dando golpecitos a un bolsillo empapado.

—Entonces tenemos que largarnos ya.

Tess estaba temblando y Damien apretó la manta con más fuerza contra su cuerpo. Miró a su alrededor y entrecerró los ojos. Tess no sabía si sentir alivio o preocuparse porque la estuviera tomando en serio.

—Estoy de acuerdo, no podemos quedarnos aquí. Pero voy a necesitar tu ayuda.

—¿Qué quieres que haga?

—Necesito que me recoloques el húmero en su sitio —pidió, mirándola a los ojos.

—Bromeas —siseó. Había estado a punto de suspender su examen de selectividad de Biología porque había sido incapaz de terminar la disección de su rana.

«Pero Damien no sabe eso y ahora no es oportuno sacar el tema».

—No bromeo —afirmó, amable. A Tess no le pasó inadvertida la fuerza con la que se agarraba el hombro—. No puedo correr así, y tampoco protegerte. Siento los espasmos de los músculos. Cuanto más tardemos en volver a colocar el hueso, más difícil será.

—De acuerdo. —Tess supo que lo haría. Damien había saltado desde lo alto de una cascada por ella. Haría lo que necesitase.

—¿De acuerdo?

—Dime lo que tengo que hacer.

—En circunstancias normales, empezaría aplicando frío, pero creo que hoy podemos saltarnos ese paso —bromeó.

Tess enarcó la ceja.

«¿Cómo puede bromear en un momento como este?».

—De acuerdo, voy a tumbarme así —le dijo mientras hacía la demostración—. Tú me agarras de la mano y tiras del brazo despacio. No lo sueltes, no importa lo que pase. Probablemente, sentirás cuándo la cabeza del húmero vuelve a encajar en la articulación.

—¿Probablemente? —preguntó, dubitativa.

—Tira hasta que te pida que pares, Tess —clarificó Damien, sosteniendo su propia mano.

Ella se inclinó para cogerla. Estaba fría como la suya, pero a pesar de eso consiguió que sintiera calor en su interior.

La mano de Damien era fuerte, con dedos largos, una palma callosa y uñas muy cortas. Tess se había fijado en aquellas manos tan masculinas antes —en la mesa, durante la cena o mientras Damien jugaba con Jamie a los Lego—; formaba parte de la fascinación que sentía por su jefe y sobre la que parecía no tener ningún control.

—¿Estás bien, Tess? Si no te sientes capaz, puedo tratar de…

«Mierda. Le está doliendo y tú aquí babeando con sus manos».

—Dime qué pasa si lo hago mal.

—Gritaré y luego volveremos a intentarlo.

—De acuerdo. Pero no voy a romperte el brazo, ¿no?

—No vas a romperme el brazo —le confirmó.

—Entonces, hagámoslo. Uno. Dos.

Tess se apoyó en el suelo y empezó a tirar lentamente de la mano de Damien. Mantuvo la mirada fija en su rostro. Un músculo palpitó tras su mandíbula, pero no hizo ningún ruido.

—¿Estás bien? —preguntó jadeando. Los músculos aún medio congelados de sus brazos protestaron, pero ella continuó. Sabía que, si paraba, solo le produciría más dolor.

—Sigue… —suplicó.

Justo cuando pensaba que no podía tirar más y que su fuerza decrecía, notó que el hueso encajaba de nuevo en la articulación.

—Joder —gimió Damien—. Qué bien sienta.

—¿Ah, sí? —preguntó Tess, que nunca se había dislocado el hombro.

Una pequeña sonrisa acudió a los labios de Damien.

—No te hagas ideas equivocadas. Me refiero a que ya no siento dolor. Venga, vámonos. Aquí estamos demasiado expuestos y necesitamos recuperar el calor.

Tess seguía indecisa.

—Confía en mí. Todo va a ir bien.

—Pero ¿cómo nos va a encontrar tu equipo? ¿Y si oscurece y…?

Se mordió el labio para contener un sollozo.

—Ahora estás a salvo, Tess. Jamie está con mi equipo. Drake, Hiro y Bailey lo protegerán con su vida. Hay un localizador en mi mochila. Conozco a mis compañeros, sé que vendrán a por nosotros en cuestión de horas.

Le ofreció la mano derecha para ayudarla a levantarse y la envolvió con más fuerza en la manta de emergencia.



A Damien no le gustaba el tono azul de los labios de Tess, o que caminara sin decir nada, con cuidado de poner un pie delante del otro. Tenía que quitarse la ropa mojada y entrar en calor.

«Puede estar empezando a sufrir un *shock*».

«¿Dónde está esa puta cueva?».

Por fin la vio, a solo quince metros de distancia ascendiendo la cuesta. Había hecho senderismo por la zona docenas de veces, tanto por trabajo como por placer, y sabía que la pequeña cueva sería un buen lugar para esperar a que llegara la ayuda.

—Solo unos cuantos metros más —le dijo, apretándole la mano con más fuerza.

Tess asintió pero no dijo nada; no había abierto la boca desde que habían abandonado el claro junto a la cascada.

Damien dejó que se sentara en la entrada y dio una vuelta rápida por la cueva para asegurarse de que ningún animal la había convertido en su cubil. Estaba vacía.

Se quitó la mochila y buscó las cosas que iba a necesitar. Encendió el pequeño mechero Bunsen y calentó algo de agua de su cantimplora. Luego, echó unos gramos de té instantáneo y de azúcar en la cazuela.

Mientras la bebida se calentaba, sacó otra manta Mylar y la dejó en el suelo; extendió su saco Chilkoot encima, sin llegar a abrirlo.

Mientras lo hacía, trataba su hombro con cuidado. Aún le dolía.

Apagó el mechero, pues no quería que la bebida comenzara a hervir, y echó media taza en la tapa de la cantimplora. Se la ofreció a Tess, que la tomó con manos temblorosas. La ayudó a dar un par de sorbos y ella bajó la taza.

—Tess, tienes que quitarte la ropa —le dijo. Ella lo miró mientras hablaba, pero tenía los ojos vidriosos y su expresión no cambió—. Déjame ayudarte —pidió con suavidad.

Gimoteó cuando Damien retiró la manta Mylar de sus hombros, pero no hizo ningún otro ruido mientras le quitaba la ropa mojada. Tuvo problemas con las cremalleras, porque sus manos heladas no respondían como deberían.

—Eres torpe —susurró Tess—. Nunca pensé que serías torpe en la cama…

—¿Cómo pensabas que sería? —le preguntó. Solo lo hizo para que siguiera hablando. No iba a tomarse en serio nada de lo que dijera.

Su cuerpo estaba frío, pero al menos aún temblaba. Con suerte, eso indicaba que la hipotermia no era muy grave. Por fin, Tess se quedó en bragas y sujetador deportivo. Damien trató de ignorar el modo en que el algodón negro se ceñía a sus curvas.

En ese momento, ella se echó a llorar.

—Duele —gimió con suavidad.

«Que le den al hombro».

Damien la levantó, la llevó hasta la manta Mylar que había extendido en el suelo y la cubrió con el saco.

Rápidamente, se quitó su propia ropa hasta quedarse solo con los bóxers y se metió en el saco con ella. Lo alivió comprobar que estaba fría al contacto: eso significaba que podía calentar su cuerpo.

—¿Qué estás haciendo? —Tess resopló—. Estás frío.

—No tan frío como tú. Estoy acostumbrado a este clima. Voy a acercarme a ti, ¿vale? A ver si puedo calentarte —le dijo. Esperó a que llegara el leve gesto de aprobación antes de apretar su cuerpo contra el suyo, abrazándola como si le fuera a hacer el amor.

«Cabrón, no pienses en eso».

Damien se apretó contra ella durante mucho rato hasta que le pareció que la intensidad de sus temblores se reducía.

—Me gusta cuando me abrazas —le confesó Tess en voz baja.

Damien acunó la cabeza de Tess entre las manos y la besó en la coronilla con suavidad.

«A mí también me gusta abrazarte».

No lo dijo en voz alta. De hecho, tuvo que concentrarse mucho para no pensar en ella como en una mujer, especialmente, cuando su contacto, su olor y su tacto lo atraían tanto.

Ella alzó la cabeza. Sus hermosos ojos verdes se encontraron con

los suyos. Pudo leerle la mente como si hablara en voz alta, quizá porque estaba pensando lo mismo.

—Bésame —susurró, acercándose a su boca.

—No podemos, Tess —replicó Damien con los dientes apretados.

—¿Por qué no? Yo estoy soltera, tú estás soltero…

«Deja que enumere los motivos. Soy demasiado mayor para ti. Hay que pensar en Jamie. Y acabas de sufrir un *shock* importante…».

De pronto, los suaves labios de Tess entraron en contacto con los suyos y su mente se quedó en blanco. Solo estaban ella y él, y la delicadeza de sus labios.

No era lo bastante fuerte para apartarse.

Juntó sus labios con suavidad, devolviendo la presión. Y cuando la boca de Tess se abrió —vacilante pero con firmeza—, se vio superado.

Damien dejó de pensar en todos los motivos por los que no deberían estar haciendo aquello y recorrió con su lengua el labio inferior de Tess, antes de deslizarla dentro. Se estremeció cuando, en respuesta, ella mordió su labio suavemente. Y mientras exploraban la boca del otro, el mundo exterior dejó de importar. Damien nunca habría podido imaginar que la lujuria y la ternura pudieran coexistir en tanta armonía.

7



Damien

Damien llevó a su hijo dormido desde el vehículo hasta la casa. Le había costado soltarlo el tiempo necesario para dejarlo en la silla infantil del coche. Ahora que el chico se había dormido, no iba a despertarlo.

—Debería ir a la oficina —le dijo a Drake, incluso mientras abrazaba a Jamie con más fuerza.

—Con todos los respetos, *commandant*, es mejor que pases la tarde con la familia. Esto ya no es una operación de búsqueda y rescate. Es un secuestro, y si los equipos que están siguiendo el rastro del secuestrador encuentran algo, nos lo harán saber.

Damien afirmó con la cabeza mientras veía cómo Tess salía del coche y cerraba la puerta despacio tras ella. Aunque había dormido en el vehículo, parecía agotada.

—Llevaré a Tess y a Jamie mañana por la mañana para que se reúnan con el artista forense.

Drake bajó la voz para que solo Damien pudiera oírlo.

—Va a estar bien, Damien. En el río, nos dijo que no estaba asustado porque estaba con Tess y sabía que vendrías a buscarlo.

—Al final fuisteis tú, Hiro y Bailey los que lo salvasteis. Gracias, Drake.

—Ya, claro.

—Lo digo en serio.

—Ya sabes que no tienes que darme las gracias, ni a mí ni a ninguno de nosotros.

Damien asintió. A veces, las palabras sobraban.

Volvió a pensar en el instante en el que se había reunido con su hijo. Jamie estaba sentado en la parte trasera de una ambulancia, vestido con una sudadera que le quedaba grande y las piernecitas colgando por el borde de la camilla. Al ver a Damien, había corrido tanto como aquellas piernas le permitían para acabar saltando a sus brazos. A Damien no le importó el hambre o llorar a lágrima viva delante de sus colegas.

Entonces, el chico miró tras ellos e incluyó a Tess en el abrazo. Durante unos segundos, habían parecido una familia.

«Pero no lo somos».

«Tengo que recordarlo».

Damien había sido el que había finalizado el beso en la cueva; porque no era apropiado, porque Tess se encontraba en un momento vulnerable y porque merecía que se comportara mejor con ella. Pero su sabor y su contacto estaban grabados a fuego en su cerebro y se

preguntó si alguna vez podría sacársela de la cabeza.

Tess pasó frente a él para entrar en la casa. Aún llevaba puesta una de las mudas que Damien llevaba en la mochila. La ropa le quedaba grande.

En circunstancias normales, habría caminado por un lado de la casa principal hasta su estudio en la parte trasera, pero él supuso que no querría pasar la noche sola. Además, a pesar de que el técnico de emergencias consideraba que se había recuperado bastante bien, prefería vigilarla.

«Me gustaría no perder de vista a ninguno de los dos nunca más».

—Siéntate —le dijo a Tess—. Voy a acostar a Jamie primero y luego te prepararé algo de cenar.

Tess lo ignoró y caminó suavemente tras él en calcetines.

Cuando vio la habitación de Jamie, Damien entró en *shock*. Al mirar la cama con forma de coche de carreras, recordó el dolor y el miedo que había sentido la noche anterior.

«Jamie ha vuelto. Está a salvo».

Volvió a sentir algo húmedo en las mejillas. Con impaciencia, limpió sus lágrimas con el dorso de la mano. Se obligó a dejar al chico en la cama y lo cubrió con delicadeza con el fino edredón de verano. Jamie ni siquiera se movió.

—Gracias —le dijo a Tess con suavidad. La chica aún estaba en la puerta—. Por protegerlo. No sé qué habría hecho si…

—No pienses en ello, Damien —interrumpió Tess con firmeza. Entró en la habitación y se detuvo junto a él—. Jamie se comportó con mucha valentía —añadió. Sus ojos parecían mirar muy lejos y Damien comprendió que estaba reviviendo lo que había pasado.

Alargó el brazo y tomó su mano suave y delicada.

Aunque Tess ya lo había explicado todo, Damien sabía que iba a tener que hacerle muchas preguntas, pero podían esperar a mañana.

Desde la camita, Jamie gimió.

—Tess…, ¿dónde estás?

«Está hablando en sueños».

—Estoy aquí, Jamie. A tu lado —le dijo, y se inclinó para apartar un mechón oscuro del rostro del niño.

Tras escuchar su voz, Jamie volvió a quedarse inmóvil y su cuerpecito se relajó sobre la cama.

—Siéntate —ordenó Damien, y le acercó una silla—, antes de que colapses. Voy a preparar algo de comer y te llamaré cuando esté listo.

Pero, por supuesto, no lo hizo. Para cuando terminó de cocinar la pasta, Tess se había dormido en la cama, sobre el edredón, con los brazos en torno a Jamie.

Damien los observó a ambos: Jamie con su cabello oscuro y Tess con una aureola de pelo rubio enmarcando su rostro. Su pelo, siempre

suave y sedoso, ahora carecía de brillo y estaba enmarañado, un recordatorio de todo lo que había pasado.

Sintió una enorme ternura mientras cubría a Tess con una manta extra que sacó del armario. No quería que ninguno de los dos pasara frío nunca más.

Se frotó el mentón; no se había afeitado aquella mañana y raspaba. Se había pasado treinta y seis horas sin dormir y su cuerpo acusaba todo aquel cansancio.

«Maldita sea, estoy rendido».

Olvidando la cena, salió del cuarto de puntillas, se aseguró de que las puertas y ventanas estaban cerradas y se fue a su propia habitación, donde se tumbó vestido y se quedó dormido.

8



Tess

Tess despertó con el olor a crepes recién hechos. Abrió los ojos, confusa, hasta que descubrió que estaba en la cama de Jamie. Junto a ella, el niño dormía, ajeno a todo.

Bajó la mirada para observar su cuerpo. Todavía estaba vestida con su «ropa de rescate». Lo último que recordaba era que Damien le había pedido que se quedara allí mientras preparaba la cena.

«Me habré quedado dormida».

«Qué vergüenza».

Su vejiga estaba a punto de explotar. Fue al baño que había junto al cuarto de Jamie y finiquitó el asunto con rapidez. Miró la ducha con deseo, pero tenía más sentido ducharse en su propia casa, donde tenía ropa para cambiarse.

Mientras se lavaba las manos, echó un vistazo a su cara y deseó no haberlo hecho.

El pelo sin lustre caía en mechones sobre su rostro pálido y unos círculos oscuros bajo los ojos testimoniaban su agotamiento. Pero, más que cansada, parecía asustada.

Miró el moratón de su mejilla, allí donde el secuestrador la había abofeteado. No dolía a menos que lo apretara con el dedo, pero era un recordatorio cruel de lo que podría haberles pasado a Jamie y a ella.

«No ocurrió nada».

«Los dos estamos bien».

Se dio cuenta de que estaba hiperventilando y se agarró al lavamanos. Aunque sabía que estaba a salvo —y que Jamie también lo estaba—, convencer a su cuerpo de ello era otra historia.

Su monólogo interior se vio interrumpido por un suave golpe con los nudillos en la puerta.

—¿Tess?

Se agarró con más fuerza al borde del lavamanos, sintiendo al contacto el frío de la porcelana. No quería que él la viera así, tan débil y patética.

—Tess, voy a entrar —advirtió Damien mientras abría la puerta. El hombre la analizó con sus ojos penetrantes. Sabía lo que Tess estaba pensando—. Ey —dijo con suavidad.

Tocó su mano y, con delicadeza, liberó sus dedos del borde del lavabo.

—No sé qué me ocurre —confesó Tess con un hilo de voz.

—Ayer viviste una experiencia traumática. Necesitas tiempo. Estoy aquí para ayudarte, no tienes por qué pasar por esto sola.

Tess enterró la cara en el pecho de Damien y disfrutó del abrazo

cálido y fuerte que este le ofrecía.

—Gracias, Damien.

—Ven a la cocina. He preparado crepes.

—Antes necesito una ducha y ropa limpia. —Cuando se percató de su mirada inquisitiva, añadió—: Estaré bien. Te llamaré si necesito algo.

Dos horas y un montón de crepes después, los tres estaban de camino a la comisaría. Tess había visto el edificio de la *gendarmerie* cuando visitaba la ciudad —era difícil no hacerlo, pues estaba justo al lado de la iglesia—, pero nunca había entrado en el lugar de trabajo de Damien.

Reconoció algunos rostros. Aquellos eran los hombres y mujeres que habían estado buscándolos el día anterior. De no haberlos encontrado, quién sabe si hubieran regresado.

Una mujer alta y atlética se acercó a ellos. Saludó a Tess con una inclinación de mentón y se arrodilló junto a Jamie.

—Soy Kat —se presentó—, y tú debes de ser Jamie. Voy a presentarte a un amigo mío que es un dibujante increíble.

Jamie asintió. Parecía ilusionado por conocer al artista forense; al contrario que Tess, que acababa de darse cuenta de lo poco que se acordaba del secuestrador.

Cuando Jamie salió, Damien condujo a Tess a una oficina y dejó un vaso de agua a su lado.

—No puedo quedarme —le dijo—. Soy una persona demasiado cercana a Jamie, a ti… y al caso. Pero estaré justo ahí fuera por si necesitas algo.

—Haces que parezca un interrogatorio —bromeó, débil. El pensamiento la hizo reflexionar.

«No creo que piense que…».

Su mirada se endureció.

—No, nadie piensa eso. Solo necesitan que vuelvas a revivirlo. No obvies ningún detalle. Nunca se sabe qué dato puede ayudarnos a coger a ese cabrón.

Damien tragó saliva y su nuez subió y bajó. Los músculos de su cuello estaban tensos como cuerdas de guitarra.

Tess lo tomó de la mano. Había estado tan ocupada pensando en sí misma que no se había dado cuenta del estrés que Damien debió soportar y lo preocupado que aún estaría.

—Puedo hacerlo —le dijo, tratando de demostrar más confianza de la que sentía en realidad—. No te preocupes por mí.

Y lo hizo. Para cuando terminó de contar su historia al oficial de policía de rostro amable, sintió que lo peor ya había pasado. No sabía si había recordado algo relevante. En cierto sentido, volver a contar la historia la había ayudado: había recordado las decisiones que había

tomado en cada momento y las razones por las que lo había hecho. No se había limitado a ser una víctima desamparada.

—¿Hemos terminado, Jacques? —preguntó Damien, asomando la cabeza.

Tess casi se rio mientras miraba el espejo unidireccional que cubría una de las paredes de la sala de interrogatorios. Si había estado «justo ahí fuera», como le había dicho, sabía perfectamente que así era.

—¿Dónde está Jamie? —preguntó.

—Terminó hace un rato. Mi padre está de vuelta en la ciudad y se lo ha llevado a casa.

Tess asintió y cogió la cazadora y el bolso.

—Venga, te llevo a casa —dijo Damien, pero ella sacudió la cabeza.

—Si no te importa, prefiero caminar. Necesito hacer ejercicio y aclarar mis ideas.

Damien negó con la cabeza.

—Tess, no quiero asustarte, pero hasta que cojamos a ese tipo, no queremos que Jamie o tú estéis por ahí fuera solos.

—¿Crees que nos eligió a nosotros a propósito? —No se le había ocurrido. Pensaba que lo que les había pasado había sido por estar en el lugar equivocado en el peor momento.

Un músculo palpitó tras la mandíbula de Damien.

—No lo sabemos. Simplemente, no lo sabemos.

—Lo siento, no recuerdo nada más. Lo siento…

—No te disculpes. Si hay alguien que tiene que disculparse, soy yo por hacerte pasar por todo esto.

Se peinó el cabello oscuro con la mano. Tess se preguntó si sería suave, como el suyo, o más bien puntiagudo. Tendría que haber aprovechado para tocarlo en la cueva cuando tuvo la oportunidad, cuando estaban…

«No pienses en eso».

«Ocurrió».

«Y luego Damien se apartó».

«Si no sigue pensando en ello, tú tampoco deberías».

—Ven —dijo mientras le abría la puerta—. Te llevaré a casa. De todas formas, es mi pausa para el almuerzo.

De camino a la salida se toparon con Bailey. Tess recordó que la perra había desafiado la corriente para acercarle la cuerda. Probablemente, les había salvado la vida. Alzó la mirada y se encontró con Hiro, su cuidador.

—¿Pasa algo si la acaricio?

—Claro que no.

—Tendría que haberte traído alguna chuche —dijo mientras acariciaba la cabeza negra de la perra con suavidad. Bailey se inclinó,

buscando el contacto—. ¿Y si le doy una golosina?

Hiro asintió con seriedad. No parecía sonreír demasiado.

—Por supuesto, pero nada de azúcar, ajo o cebolla. Son malos para ella.

Tess rio.

—Lo recordaré. Puedes contar conmigo, Bailey. La próxima vez que nos veamos, tendré algo especial preparado para ti.

Tess dejó que Damien la llevara fuera. Era una hermosa mañana de verano, el sol brillaba y la ciudad de Chamonix, como siempre, bullía de actividad. Los turistas paseaban, entrando y saliendo de las cafeterías, los locales que vendían *smoothies* y las tiendas. Flores silvestres de todos los colores colgaban de buena parte de los balcones.

Sintió aprensión por un momento cuando dos hombres altos y ruidosos se acercaron hablando en voz muy alta en una lengua que no reconoció.

«Nunca llegué a ver su rostro. Podría haber sido cualquiera de estos hombres».

Damien se movió para situarse entre ella y los dos paseantes, y deslizó el brazo por encima de su hombro en actitud protectora.

—No pasa nada, Tess —susurró—. Yo me encargo.

Ella enderezó los hombros, asintiendo. Por agradable que fuera sentir sus brazos en torno a ella, no podía dejar que pensara que era incapaz de cuidar de sí misma.

—¿Tienes hambre? ¿Quieres tomar algo?

Su corazón se aceleró; pensó que Damien le estaba pidiendo una cita. Luego se dio cuenta de que se refería, literalmente, a comprar comida, y se desanimó.

—No, gracias. Comeré algo en casa. Tengo que ponerme a escribir.

Damien asintió con tirantez. Su expresión era críptica.

Juntos, caminaron frente a uno de los cafés de moda en la ciudad. La gente hacía cola durante horas para sentarse en una de las pequeñas mesas de la terraza, desde donde se veía el Mont Blanc. Ella también lo había hecho nada más llegar, aunque las franjas de picos colosales que se extendían en todas direcciones habían captado más su atención que la montaña más alta.

La gente que estaba sentada ahora era, sobre todo, parejas saludables, chic y de una cierta edad; los visitantes de verano de Chamonix por excelencia.

Su estómago protestó. Una parte de ella deseaba haber respondido de forma afirmativa a la propuesta de almorzar, pero no iba a cambiar de opinión ahora.

Pasearon en silencio durante el resto del camino.

9



Damien

No tardaron en volver a adoptar una cierta rutina. O, al menos, Tess y Jamie.

Damien los observaba con atención. Jamie parecía haber olvidado el incidente, aunque se mostraba más dependiente de lo normal —algo esperable—, y había tenido pesadillas con un alce salvaje que lo perseguía por las montañas. Era la primera vez que soñaba algo así.

En cuanto a Tess, Damien la había pillado cerrando la puerta de entrada tres veces para darle buena suerte cuando ella y Jamie volvieron del parque infantil y a veces se quedaba absorta con la mirada perdida. Eso lo preocupaba.

Pero, en general, ambos lo estaban superando. Jamie se había hecho con unas gafas nuevas. Eran azules, así que le gustaban más que las anteriores. Tanto Damien como Tess se habían comprado móviles nuevos, y estos eran sumergibles.

Así que todo había vuelto a la normalidad y parecía que Tess y Jamie lo estaban llevando bien.

«En realidad, soy yo el que lo lleva peor».

No habían encontrado ni rastro de las personas que habían tratado de secuestrar a su hijo. Para cuando los equipos de búsqueda hallaron la cabaña abandonada, todas las huellas habían sido limpiadas. Damien había visto la pequeña habitación en la que habían encerrado a Tess y a Jamie, y la manta que Tess había colocado en el alféizar para escapar. Pero no había ni rastro del secuestrador y nada que pudiera conducirlos hasta él.

Tampoco había ninguna razón para elegir a su hijo como víctima. Damien no era rico. Se ganaba bien la vida, pero Chamonix era una ciudad frecuentada por las personas más acaudaladas del mundo durante nueve meses al año, así que él y su equipo eran pobres para los estándares de la zona.

El equipo de Annecy también había investigado a Tess —algo que Damien ya había hecho antes de contratarla— y tampoco había encontrado nada en su pasado que pudiera convertirla en objetivo de un secuestro.

Habían tratado de seguir el rastro de todos los vehículos de la zona aquel día con la esperanza de tener suerte, pero esa todavía era una región salvaje; quizá una de las últimas en Europa. Había pocas cámaras y estaban muy separadas entre sí, y no habían captado nada fuera de lo normal.

La investigación había alcanzado un punto muerto.

El otro motivo por el que su vida no había vuelto a la normalidad

era el recuerdo de Tess en la cueva. Damien seguía imaginándola medio desnuda y acordándose de lo que había sentido cuando sus labios se encontraron. Y el beso: la sensación de la lengua de Tess sobre la suya. Por la noche cerraba los ojos y casi podía sentirla entre los brazos.

Había perdido la cuenta de las veces que se había masturbado en la cama por la noche pensando en ella.

«Soy un capullo».

No ayudaba que a menudo pillara a la joven dedicándole miradas largas y soñadoras.

«Se siente atraída por ti».

«Tú te sientes atraído por ella».

«¿Cuál es el problema?».

Pero sabía cuál era el problema, por supuesto, y no era solo uno. Era demasiado joven, trabajaba para él y, aún más importante, a Jamie le importaba. Damien no podía hacer nada que estropeara esa relación.

Tenía que pensar con la cabeza y no con la entrepierna.

—Parece que te hayas tragado un sapo —dijo una voz con acento americano. Damien alzó la mirada; su padre se acercaba por el patio. Viéndolo, resultaba fácil hacerse una idea del aspecto que tendría el propio Damien en treinta años. Ambos tenían la misma altura, hombros anchos y gruesos, pómulos pronunciados y una mandíbula cuadrada. Solo los ojos eran distintos: los de su padre eran oscuros, pero Damien había heredado los ojos azul claro de su madre. Eso y el cabello, aunque el pelo oscuro de su padre estaba ya salpicado de canas.

—Papá —dijo Damien a modo de saludo. No mantenían una buena relación. Era su madre la que había unido a la familia. Tras su muerte, había sido fácil evitarse, a veces durante semanas, incluso viviendo en la misma pequeña ciudad.

Eso cambió cuando Jamie llegó a sus vidas. Damien había descubierto, maravillado, cómo su severo y a menudo ausente progenitor se convertía de la noche a la mañana en un abuelo cariñoso. Ahora no pasaba un solo día sin que llamara o pasara tiempo con Jamie.

Su padre se apoyó sobre un taburete que había junto a la encimera de la cocina.

—¿Qué ocurre, hijo?

Damien meditó la respuesta. Su padre había estado fuera de la ciudad con unos amigos cuando Jamie desapareció. Para cuando volvió, tanto su hijo como Tess ya estaban en casa, así que aún no habían hablado del tema.

—Jamie no está aquí. Tess y él han salido con las bicicletas.

John golpeó la encimera con los nudillos.
—Lo sé, los he visto marcharse. De hecho, he venido a verte a ti.
«Eso es nuevo».
Damien se acercó a la encimera y se sentó frente a su padre.
—Papá, ¿estás bien?
John frunció el ceño y las arrugas de su rostro se hicieron más profundas.
—Eso es lo que debería preguntarte yo.
—¿Qué quieres decir? —preguntó Damien, tratando de no manifestar su impaciencia.
—¿Qué hay entre Tess y tú?
Damien exhaló.
—No hay nada entre ella y yo. ¿Te ha dicho algo?
—No, pero no estoy ciego. Cualquiera puede ver que no habéis sido los mismos… desde el incidente. Solo quiero saber qué vas a hacer al respecto.
Damien soltó aire otra vez. Su padre y él no se relacionaban así. Nunca habían tenido la típica conversación sobre de dónde venían los niños; simplemente, John había esperado que Damien lo descubriera por sí mismo.
Aun así, no se sentía capaz de mentir a su padre.
—No voy a negar mis sentimientos por ella, papá. Pero te garantizo que no voy a hacer nada al respecto —le dijo, mirando al viejo a los ojos.
Su padre se apartó de él. Sus labios se apretaron hasta formar una línea fina.
—Creo que no me estás entendiendo.
—Puede que no —confirmó Damien, despacio.
—Quizá te hayas topado con algo que solo sucede una vez en la vida, y puede que lo estés dejando escapar. ¿Acaso piensas que eres el único que está mirando?
Damien parpadeó con rapidez.
«¿Cree que debería hacer algo?».
—Pero pensaba que tú…
—¿Pensabas que yo no quería que fueras feliz, Damien? ¿Por qué no querría para ti lo que tuvimos tu madre y yo?
—Yo no…
—Eres demasiado mayor para que te diga lo que tienes que hacer. Demonios, hasta Jamie es demasiado mayor para eso. Solo te digo esto: yo también soy demasiado viejo para recoger los pedazos de esta familia si dejas que se te escape esa mujer.
Damien miró a su padre con la boca abierta, incapaz de articular palabra.
—No puedo arriesgarme a hacer sufrir a Jamie, papá. Las cosas

van bien entre nosotros. Una mujer podría…

—Estás dándole demasiadas vueltas, Damien.

El tono que estaba usando su padre lo enfadó.

—¿Y qué harías tú?

—Dios, Damien, ¿quieres que te lo deletree? Llévala a cenar. Al menos, así es como solíamos hacer las cosas en mis tiempos, y no creo que hayan cambiado mucho desde entonces. Jamie puede pasar la noche conmigo.

Y así fue como Damien acabó recibiendo a Tess fuera mientras la joven guardaba las bicicletas tras el paseo. Su ropa estaba manchada de barro y sus mejillas, enrojecidas por el esfuerzo. Damien cogió su bicicleta y la alzó con facilidad para colocarla en el soporte del garaje. Luego hizo lo mismo con la bici de Jamie, más pequeña.

—¿Quieres salir a cenar? —dijo Tess, repitiendo sus palabras—. Claro. ¿Puedes cambiar a Jamie de ropa mientras me doy una ducha rápida? Estoy un poco…

Damien prefería no imaginarse a Tess en la ducha.

—No —negó, apretando los dientes.

—¿No? —La boca de Tess se curvó en una ligera sonrisa.

—No, no quiero llevar a Jamie a cenar. Solo a ti.

Tess se mordió el labio, dubitativa. No se daba cuenta de lo *sexy* que estaba.

—¿Solo yo?

—Y yo. Los dos. En una cita.

—Quieres tener una cita —repitió—. Conmigo.

«Si le cuesta tanto entenderlo, es que he perdido mi toque».

Un pensamiento horrible atravesó su mente: iba a decirle que no. Pero entonces el rostro de Tess se iluminó con una hermosa sonrisa.

—Sí.

—¿Sí?

—Sí, me gustaría, pero antes tengo que darme una ducha.

«Otra vez con el tema de la ducha».

—Treinta minutos. Mi padre vendrá a recoger a Jamie.

Damien se quedó allí mientras Tess se marchaba a su estudio. Daba igual con lo que se vistiera, su culo no podría tener mejor pinta que con esos prietos *leggings* que se había puesto para ir en bici.

10



Tess

«A veces piensas que conoces a alguien… y de pronto te das cuenta de que no lo conoces en absoluto».

Tess sabía que Damien era atractivo. Diablos, habría tenido que estar ciega para no apreciar cómo su polo negro se ceñía a sus amplios hombros o la forma en que los vaqueros le marcaban el culo.

«Y cuando posa en mí esos ojos azules…, estoy perdida».

Sabía que Damien era valiente, incluso antes de que saltara desde lo alto de una cascada con ella.

Sabía que era paciente. Lo había visto con Jamie, enseñándole todo al chico, desde cómo atarse los zapatos a cómo construir complejas estructuras de Lego.

Lo que todavía no sabía era que también podía ser divertido. Se dio cuenta de que nunca antes se habían tomado una cerveza juntos y se habían limitado a hablar. Había compartido sus recuerdos sobre crecer en un lugar turístico y lo mucho que lo había impactado descubrir que algunos chicos solo podían esquiar durante una semana al año.

—¿Así que eras uno de esos críos que aprenden a esquiar antes que a andar? —preguntó Tess.

Damien sonrió, confiado.

—Soy un *chamonard* de tomo y lomo. Mis amigos y yo teníamos unos dieciséis años cuando oímos a alguien mencionar por primera vez el mundialmente famoso descenso integral con esquís de Chamonix. Nosotros llevábamos toda la vida esquiando y no teníamos ni idea de lo que era eso. Las cuestas podían inclinarse en muchos ángulos, pero aquello siempre era esquiar. —Se encogió de hombros —. Por supuesto, eso fue hace tiempo. Igual ya ni siquiera lo llaman así.

Por algún motivo empezaron a hablar de los momentos más embarazosos de sus vidas. Tess le contó —y luego culparía al vino por ello— aquella vez en la que presumió delante de todo el mundo de tener un admirador secreto antes de descubrir que a quien admiraba era a su hermana. Lo que había empeorado las cosas era que su hermana había tratado de ocultarlo.

Incluso ahora, más de doce años después, Tess se mortificaba cuando pensaba en ello.

—Bueno…, te toca. ¿Cuál ha sido tu momento más embarazoso?

Las comisuras de los ojos de Damien se arrugaron.

«Seguro que no ha pasado vergüenza en su vida».

—En honor a la verdad, no me avergüenzo con facilidad. Como

muchos otros críos, mi madre me pilló masturbándome. Eso fue bastante vergonzoso, aunque se lo tomó bastante bien. —Hizo una pausa—. Ojalá hubiera vivido lo bastante para conocer a Jamie.

—¿Cuándo murió? —preguntó Tess, poniéndose seria.

—Hace diez años. Era demasiado joven. No creo que mi padre lo haya superado de verdad. ¿Qué me dices de ti? ¿Cómo es tu familia? Has mencionado a una hermana.

Tess se encogió de hombros.

—Tengo una hermana dos años mayor que yo y un hermano dos años menor. Somos una típica familia inglesa, de los que pasan juntos el verano en el sur de España, compitiendo por ver quién tiene la piel más roja.

—Y ahora que llevas un tiempo viviendo en Chamonix, dime, ¿hay algo que eches de menos?

—¿Te refieres a algo del Reino Unido?

Damien asintió.

—Bueno, aparte de mi familia, diría que Chamonix tiene todo lo que necesito…, excepto un *cheddar* en condiciones. El queso francés no le llega a la suela de los zapatos a un *cheddar* curado.

—¿Sabes que tenemos más de mil quesos en Francia?

Tess arrugó la nariz.

—Lo siento, Damien. Ninguno es comparable.

—De acuerdo, tendré que creerte. ¿Qué pensó tu familia cuando decidiste mudarte a Francia?

—Se preocuparon un poco. No tanto por Francia o por ti —añadió con rapidez, aunque sus padres habían manifestado ciertos reparos porque Tess se mudara con una familia extraña—, más bien sobre mi idea de hacerme escritora. Creo que confiaban en que usaría mi habilidad con las palabras para hacer Periodismo.

—Tengo que admitir algo —dijo, y sus ojos azules transmitían seriedad.

«Oh, oh».

—He leído tu libro de cuentos. Lo pedí a Amazon antes de que llegaras.

Tess estuvo a punto de derramar su bebida. Era, literalmente, lo último que esperaba que dijera.

—Y… ¿qué te pareció? —le preguntó con cautela, tratando de obligar a su corazón a que latiera más despacio. Había dicho que lo había «pedido», no que lo hubiera «leído».

—Me encantaron los cuentos. Mi favorito es ese en el que una joven tiene que aceptar la desaparición de su pareja.

Tess enrojeció. También era su favorito.

«Los ha leído».

—Tienes mucho talento. ¿Qué estás escribiendo ahora, más relatos

cortos?

Tess sacudió la cabeza.

—Voy por la mitad de mi primera novela. Con el libro de cuentos no gané demasiado dinero. Supongo que eso es lo que le preocupa a mi familia. Pero me sirvió para conseguir una agente. Es increíble, sabe más sobre escribir y publicar ficción de lo que yo podría aprender en toda mi vida.

Llegó el plato principal. Tess había pedido *risotto* con alcachofas y lo prepararon en un plato hondo y asimétrico con una presentación preciosa. Desde luego, era algo que podía decirse de Chamonix: incluso cuando pedías el plato más sencillo del menú, la presentación siempre era excelente.

—Qué buena pinta —dijo.

Damien alzó la vista de su trucha ahumada casera.

—Este no es ni siquiera mi restaurante favorito. La próxima vez me gustaría llevarte a las montañas, a un sitio excelente cerca del *télécabine* de Planpraz. Todo sabe mejor allí arriba.

«La próxima vez».

A Tess le gustaba la idea.

Tras la comida, el camarero, con aspecto de estar algo aburrido, se acercó para preguntarles si querían postre. Damien delegó la decisión en Tess. De pronto, ella se dio cuenta de que aún estaba hambrienta, pero no de postre.

Era la clase de cosa que en circunstancias normales se habría guardado para sí. Las chicas solían esperar a que se lo pidieran. Entonces recordó cómo se sintió cuando Jamie y ella fueron secuestrados, el momento en el que descubrió de pronto que el futuro no estaba garantizado para nadie.

Quería a Damien, y lo conocía lo bastante bien como para saber que él no iba a dar el paso solo.

—Quiero postre —dijo, enrojeciendo con el cliché—, pero de otro tipo.

Posó su mano, pequeña y pálida, sobre la mano de Damien y pudo sentir la fuerza y el calor que irradiaba. Deseaba sentir esas manos sobre su cuerpo y no quería esperar más.

Damien abrió y cerró la boca, pero de ella no brotó ningún sonido.

—Lo digo en serio. Llévame a casa, Damien.

Su nuez subió y bajó muchas veces; en su defensa, no perdió el tiempo a la hora de hacer gestos al camarero para que trajera la cuenta.

Diez minutos más tarde estaban en casa.

—¿Cuándo vuelve Jamie? —preguntó.

—No viene hasta mañana por la mañana. Va a pasar la noche con mi padre.

—Bien —dijo ella sonriendo.

Damien alargó las manos y acunó el rostro de Tess.

—Dios, qué guapa eres —susurró, casi sin aliento—. ¿Estás segura de que quieres hacer esto, Tess? Aún puedes decir que no. Siempre puedes decir que no. No afectará…

A pesar de que la sostenía con mucha delicadeza, Tess sintió, por la forma en que tensaba los brazos, lo mucho que a Damien le estaba costando mantener el control.

Abrió la puerta de entrada y tiró de él hacia dentro, cerrándola después; el instinto le decía que debía tomar la iniciativa.

—Deja de pensar, Damien. Aprovechemos esta noche al máximo. ¿Recuerdas la cueva? —preguntó.

—No he podido pensar en otra cosa durante estas semanas. Sentir tu cuerpo en mis brazos, nuestros labios al juntarse…

Sus palabras la emocionaron. Al parecer, no había sido la única que había tenido problemas para dormir. Había llegado al orgasmo un montón de veces pensando en Damien, pero no era lo mismo.

Damien estaba a punto de dejarla patidifusa. O al menos, eso esperaba.



Damien

«Ser precavido está bien. Darle mil vueltas a las cosas, no tanto».

Deseaba a Tess. En honor a la verdad, más de lo que había deseado antes a ninguna otra mujer. Pero eso no significaba que estuviera bien. Seguía siendo demasiado joven para él y había vivido una experiencia traumática hacía solo unas semanas. No tendría que…

Tess apoyó la palma sobre su pecho, justo encima de su corazón. Tenía una expresión seria.

—Sé lo que quiero, Damien. No tienes que protegerme de nada y menos aún de ti mismo. Esto es una elección que estoy tomando, y esta noche nos he elegido a nosotros.

Aquellas palabras lo hicieron actuar. Buscó la mano suave de Tess, que seguía sobre su pecho, y la envolvió con su palma grande y encallecida. Luego, la llevó hasta el dormitorio, resistiendo a duras penas el deseo de levantarla como un cavernícola. Su brazo se había recuperado casi por completo, pero era mejor no tentar a la suerte.

Tess cerró la puerta y miró a su alrededor. Damien vio su cuarto como haría alguien por primera vez: una habitación dominada por la cama extragrande, tan enorme que habían tenido que meterla a través de la ventana.

Fue hasta ella, encendió la luz de la mesilla de noche y dio un paso hacia la muchacha.

Tess alzó la palma de la mano.

—Para ahí —ordenó con un susurro ronco—. Siéntate en la cama.

Damien se sentó. Comprendía a Tess; le había dicho que esto era decisión suya y esa era su forma de demostrarlo.

Manteniendo el equilibrio con elegancia sobre un pie, Tess se quitó las sandalias de tiras y las dejó caer al suelo. Después, se deshizo de su top con brillos y se quedó en sujetador y vaqueros. El sujetador era negro, de encaje, y dejaba poco a la imaginación. Parecía que sus pálidos senos fueran a rebosar si respiraba más profundamente.

—¿Sigo? —le preguntó, juguetona. Tenía las manos en el botón de sus vaqueros.

Damien gimió.

—Por favor.

Sin apartar la mirada, se recolocó la polla, tratando de reducir la presión.

Tess rio y empezó a retorcerse para quitarse los vaqueros ceñidos, revelando unas bragas verdes claro. Su polla se hinchó al fijarse en el contraste con el sujetador negro. Por mucho que se la recolocara, no iba a poder arreglar algo así.

—Quítate el sujetador —suplicó.

Tess dobló el índice.

—Te mostraré algo más si tú me enseñas lo que tienes —le dijo con voz ronca.

Damien se estiró y se acercó a ella. Descalza, Damien le sacaba una cabeza, pero le dio la impresión de que era más probable que fuera él el que acabara de rodillas.

Cuando vio que no hacía ademán de desvestirse, Tess tomó la iniciativa y desabrochó su camisa.

Sus ojos brillaron con deseo mientras bajaba la prenda y revelaba los hombros de Damien. Se alegró de estar en forma y tuvo que dar gracias por ello a sus sesiones de *running* y a todo aquel entrenamiento físico.

Las manos de Tess se deslizaron hasta su cinturón y Damien perdió la capacidad de pensar. Él también bajó las manos para ayudarla y un segundo más tarde se encontraba desnudo frente a ella. Su polla creció y adoptó un tamaño descomunal bajo su mirada.

De pronto, algo brilló en los ojos de Tess. Se desvaneció enseguida, pero Damien la estaba observando con mucha atención y lo reconoció: era duda.

Aunque su cuerpo se rebelaba —su polla le pedía acercarse y penetrarla— se mantuvo a medio metro de distancia.

—Tess, ¿qué pasa? Sabes que puedes contarme lo que sea, ¿verdad? ¿Quieres que paremos?

Tess sacudió la cabeza con firmeza.

—Deja de tratarme como si me fuera a romper. Es solo que… la tienes tan grande… Pero estoy segura de que tú…

Damien sonrió.

—Entrará, Tess. Créeme.

Extendió una mano hacia ella y Tess se fundió en su abrazo. Damien buscó su boca y luego fue descendiendo desde los labios hasta el cuello, besándola por todo el camino. Apartó la tira del sujetador para poder seguir bajando por su cuerpo.

El breve gemido de ella produjo un efecto palpable en su entrepierna.

Mientras él besaba su clavícula, acarició la piel suave de su espalda. Encontró el cierre del sujetador y lo desabotonó con delicadeza, liberando sus pechos.

Sus pezones estaban erectos, con las puntas de un rosa oscuro.

Damien tragó saliva.

De pronto sus labios estaban en sus senos y los devoraba ansiosamente por turnos, dirigido por sus suaves gemidos.

—Más, Damien, más —susurró Tess, que lo agarró del pelo corto.

A Damien le pareció que sería incapaz de controlarse después de aquello, pero decidió preocuparse por ello más tarde.

Levantó a Tess y la llevó hasta la cama, dejando el sujetador tirado allí donde habían estado hacía unos segundos. La dejó caer sobre el edredón sin más preámbulos y admiró el contraste de su piel pálida con el azul marino de su colcha.

«Nunca voy a poder mirar mi cama otra vez sin verte en ella».

El pensamiento se fue tan rápido como llegó.

Tess se apartó el largo cabello rubio de la cara y se apoyó sobre los codos para incorporarse.

—Me gusta mirarte.

Damien rio.

—Y a mí me gusta mirarte a ti. —Se arrodilló en la cama y se acercó a ella—. ¿Cómo sabías que el verde era mi color favorito? —le preguntó. Le bajó las bragas con cuidado, pues no quería rasgar un tejido de tanta calidad.

—Tranquilo, no me vas a hacer daño.

Por fin, ambos estuvieron desnudos. Damien apretó a Tess contra su cuerpo, maravillado de lo bien que encajaban juntos.

Gimió cuando le rodeó con las piernas. Aquel movimiento hizo que su miembro se frotara contra ella, justo en el lugar indicado.

Pasó la mano entre ambos para poder acariciarla con suavidad. Ya estaba mojada y su dedo se deslizó con facilidad.

«Dios, qué estrecho».

Encontró el clítoris con el pulgar y acarició la pequeña protuberancia varias veces, deleitándose con los breves gemidos que ponían de manifiesto lo mucho que estaba disfrutando.

Con el pulgar y el índice de su mano libre pellizcó primero un pezón y luego el otro. Tess arqueó la espalda para facilitarle el trabajo.

Su dedo prosiguió el asalto, delicado pero implacable. Añadió un segundo dedo al primero para forzarla a abrirse. La respiración de Tess se aceleró.

—Más —jadeó. Damien estaba feliz de complacerla. Y de pronto ella se estaba corriendo entre sus brazos. Sintió las palpitaciones de su sexo en sus dedos y tragó saliva con fuerza, deseando que su polla estuviera dentro.

Por fin, Tess yació inerte sobre la cama. Damien acarició su cara, su cuello, su hombro, evitando de momento las zonas más erógenas.

—Damien… Ha sido increíble.

—Lo ha sido —convino él, procesando aún la expresión de satisfacción en su rostro enrojecido.

De pronto, lo asaltaron las dudas.

La había llevado al orgasmo; parecía feliz. Quizá debería dejar que ella…

La voz suave de Tess interrumpió sus pensamientos.

—Creo que podría correrme otra vez.

—¿Ah, sí? —Su mano bajó de su cuello a su pezón, pellizcándolo hasta que exhaló un breve gemido.

—Por favor, dime que tienes un condón.

Pero Damien ya se había adelantado. Estiró el brazo para llegar al cajón que había junto a la cama. Allí, junto al libro de Tess, guardaba una caja de preservativos. Encontró lo que estaba buscando y cerró el cajón con rapidez; una cosa era decirle que había leído su libro y otra revelar que lo guardaba al lado de su cama.

Se puso el condón con facilidad y se inclinó sobre ella. Sus piernas estaban abiertas con las rodillas alzadas para facilitarle el acceso.

—Avísame si te duele —le dijo. Su vagina era muy estrecha; la penetración iba a ser difícil y no quería hacerle daño.

—Confío en ti —susurró ella. Él maniobró hasta que logró introducir la punta de su polla y empujó despacio, dilatándola.

Tess arrugó la frente y cerró los ojos. Damien se detuvo.

—Abre los ojos, Tess. Quiero asegurarme de que no te hago daño.

Cuando Tess los abrió, estaban anegados de placer.

—Sigue, Damien, o seré yo quien te haga daño —lo amenazó, y apretó sus bíceps. Damien sabía que Tess estaba sintiendo sus músculos, que había tensado para no apoyar el peso de su cuerpo sobre ella.

Por fin, entró del todo. El placer era tan intenso que temió eyacular antes incluso de empezar.

—Dios, vas a hacer que me corra —dijo entre dientes—. No quiero correrme aún.

—Yo tampoco —coincidió con expresión seria—. Quiero que lo hagamos juntos.

Damien inspiró y espiró, tratando de relajarse; no era fácil con las manos pequeñas y ágiles de Tess recorriendo su pecho, sus brazos y su espalda.

Cuando pensaba que había recuperado lo suficiente el control, empezó a moverse. La fricción entre ambos era increíble. Tiró de una de las piernas de Tess y ella lo entendió enseguida. Alzó ambas para rodear con ellas las caderas de Damien y cruzó los tobillos para mantener la postura.

Aquella posición le daba un acceso perfecto. Damien encontró su ritmo para embestirla.

«Sí, sí, sí».

El orgasmo se acercaba con rapidez; iba a alcanzarlo mucho antes que Tess si no se ponía creativo. Pasó una mano entre ellos —con cuidado de cargar su peso con el otro brazo, pues no quería aplastarla — y frotó su clítoris suavemente siguiendo el ritmo de su polla.

Notó que Tess alcanzaba el orgasmo un instante antes que él. Los músculos de su sexo presionaron su polla al correrse en el condón.

Bajó la frente para apoyarla sobre la de Tess.

—Ha sido increíble —dijo ella sonriendo.

«Pues sí».

No quería moverse, pero sabía que tenía que hacerlo. Se sentó, se deshizo del condón envolviéndolo en un clínex y dejándolo sobre la mesilla de noche, y se tumbó junto a ella.

—Eres preciosa. —Se deleitó en la contemplación de su cuerpo desnudo. No había movido un músculo desde que se había levantado.

—Tengo que ir al baño —respondió Tess.

Damien rio y señaló hacia el baño, disfrutando con las vistas de Tess caminando.

Mientras esperaba a que volviera, Damien experimentó un escalofrío por todo el cuerpo. Aquello no se parecía al sexo. O sí, pero también parecía mucho más.

Apartó la colcha para que Tess se metiera dentro con él.

—¿Desnudo? —preguntó.

—Yo siempre duermo desnudo. ¿Te parece bien?

—Más que bien. Pero no puedo quedarme mucho, ¿vale? Solo una cabezada.

11



Tess

Cuando Tess abrió los ojos de nuevo, la luz matinal bañaba la habitación.

«Mierda».

Pensaba que solo iba a dormir un ratito, pero se había pasado toda la noche en los brazos de Damien.

«Y menudos brazos».

Tess lo miró. Dormido parecía más joven, aunque incluso en reposo su fuerza era evidente en cada línea del cuerpo, desde sus poderosos hombros y brazos hasta los músculos bien definidos de su pecho y su estómago.

Aún podía ver las ligeras marcas que el moratón había dejado en su hombro. Recordó aquel momento horrible en el río cuando Damien le pidió que tirara de su brazo; su expresión seria y sus labios apretados mientras lo hacía. No había emitido ningún sonido, pero Tess sabía que le había dolido mucho.

Le parecía increíble que hubiera saltado al río por ella, sabiendo —como sabía— que era muy probable que se precipitaran por el borde. Era consciente de que Damien habría hecho lo mismo por cualquiera; pero, aun así, en esa ocasión lo había hecho por ella.

Se sentó y buscó su ropa con la mirada. Estaba dispersa por el suelo del dormitorio. Planificó cómo recoger con rapidez lo que necesitaba, pues no quería pasearse por ahí medio desnuda.

Justo cuando acababa de formular su plan, Damien se movió. Abrió los ojos y Tess volvió a maravillarse con aquel azul etéreo.

—¿Qué estás haciendo, Tess? —preguntó. Su voz era un susurro áspero—. Vuelve a la cama.

Tess sacudió la cabeza y subió el edredón para cubrir sus pechos.

—De eso nada. Me vuelvo a mi estudio. No quiero que Jamie me encuentre aquí.

Damien sonrió.

—Está con mi padre. No van a volver a las… —se detuvo para comprobar el reloj de la mesilla— cinco y veinte de la mañana.

—No voy a arriesgarme —le dijo, saliendo del edredón para coger sus bragas—. Jamie confía en mí.

Damien recuperó la compostura.

—Tendrá que descubrirlo en algún momento, Tess. Lo sabes, ¿verdad?

Tess se encogió de hombros mientras buscaba el sujetador. Nunca pensó que mantendría aquella conversación estando medio desnuda.

«O, simplemente, que mantendría esta conversación».

Damien había salido de la cama. A diferencia de ella, no buscaba sus bóxers, parecía satisfecho de andar por ahí desnudo. Sus abdominales de ensueño eran una obra de arte; con mucho acierto, los franceses se referían a eso como *la tablette du chocolat*.

Sus ojos bajaron todavía más, donde su polla colgaba orgullosa y, al parecer, medio empalmada. Tess sintió que su determinación flaqueaba.

«Alguien se alegra de verme».

«¿Quizá haya tiempo para uno rápido?».

Entonces pensó en Jamie y corrió hacia donde recordaba haber visto el sujetador.

Damien la alcanzó en dos zancadas. Rodeó su muñeca con los dedos. No apretó, fue un gesto solo destinado a captar su atención.

—Lo digo en serio. Esto no ha sido un polvo de una noche, Tess. —Frunció la boca y adoptó una adorable expresión dubitativa—. Al menos, no para mí.

Tess rio.

—Para mí tampoco, Damien. Pero… creo que necesitamos algo de tiempo para ver cómo va esto. Hay que decidir un montón de cosas y…

—Hablaré con mi hijo. No es un problema tan grande como lo estás haciendo parecer.

Tess quería creerle.

—Me voy a mi cuarto —respondió—. ¿Por qué no te vuelves a dormir, Damien, y hablamos por la mañana?

—¿Dormir? —se quejó, y se agarró la polla con la mano—. Si no puedo volver a acostarme contigo, voy a salir a correr durante un rato muy largo y luego me voy a dar una ducha fría.

Tess se rio mientras se ponía los vaqueros.

—Disfruta. Yo estaré dormida otra vez en mi cama en unos cinco minutos.

Estaba mintiendo, por supuesto. Llegó a ponerse el camisón y a deslizarse en su cama antes de percatarse de que su cuerpo aún olía a él. Pensó en todo lo que habían hecho juntos la noche anterior. Luego, pensó en todo lo que quería que le hiciera.

Las palabras de Damien resonaron en su cabeza.

«Esto no ha sido un polvo de una noche».

«Para mí tampoco, Damien».

Renunció a dormir, se dio una larga ducha —aunque pasaba por delante de la enorme bañera que adornaba su cuarto todas las mañanas, aún no la había usado— y se puso su conjunto habitual: vaqueros cortos y un top de manga corta.

«Nadie tiene por qué saber que me he pasado cinco minutos eligiendo mi sujetador y mis bragas, por si acaso».

Solo eran las siete de la mañana, demasiado temprano para sentarse a escribir, así que se preparó una taza de Earl Grey y llamó a su hermana. En Londres, donde vivía Sarah, solo eran las seis, pero Tess sabía que no iba a despertarla.

Sarah era una de esas personas que había nacido con un reloj dentro. Todos los días se levantaba con la salida del sol, sin importar las circunstancias, casi siempre con una enorme sonrisa en el rostro.

«Básicamente, al contrario que yo».

También había encontrado un trabajo que encajaba a la perfección con ella, como presentadora de radio en un programa que se emitía todas las mañanas a las siete.

Sarah respondió al segundo timbrazo. Jadeaba, y Tess supuso que estaría caminando a toda prisa hacia el metro mientras hablaban.

—¿Tess? ¿Va todo bien? —preguntó Sarah con brusquedad.

—Hola, Sarah. Todo va bien —respondió rápidamente. Aunque había tratado de restarle importancia al incidente cuando había hablado con su familia semanas atrás, su hermana la conocía demasiado bien.

—Pero tú nunca estás despierta a esta hora. —Sarah resopló—. Perdona el ruido, voy de camino al trabajo.

—Me lo imaginaba. Solo quería hablar un poco contigo.

—Pareces demasiado contenta. Y quieres hablar. ¿A las siete de la mañana en tu franja horaria? —La voz de Sarah subió una octava—. ¡Te has acostado con alguien!

Tess rio.

—¿Y qué si lo he hecho?

—Háblame de él, ¿cómo es? ¿Es francés? ¿Es joven? ¿Es rico? ¡Quiero que me lo cuentes todo!

—Bueno, Sarah, en realidad ya lo conoces. Más o menos.

Sarah gimió al otro lado del teléfono.

—No me digas que te has acostado con «él». ¿El padre del crío? ¿El tipo del equipo de búsqueda y rescate? Tess, eres demasiado inteligente para eso. Es tu jefe y es «mayor». —Hizo una pausa dramática.

Tess se encogió de hombros, a la defensiva, aunque Sarah no pudiera verlo.

—No es como te imaginas.

—¿Cómo es, entonces? —Sarah resopló con impaciencia.

—No lo sé. Aún no lo hemos pensado. Pero serás la primera en saberlo, Sarah, ¿de acuerdo?

La voz de Sarah se suavizó un poco.

—No quiero explotar tu burbuja, Tess. Sé que has estado babeando por ese tipo durante mucho tiempo. La verdad, tampoco me sorprende que él también haya estado babeando por ti. Solo quiero que tengas

cuidado. ¿Cómo sabes que no se acuesta con todas sus niñeras?

—No soy su niñera, Sarah. Soy la niñera de su hijo.

—Ya sabes lo que quiero decir.

—Lo sé, lo sé. Escucha. No estoy enfadada contigo. Tendré cuidado, ¿vale?

—Tenlo, por favor. ¡Te echo de menos!

—Yo también, hermanita. Ten un buen día en el trabajo.

—Tú también.

Tess colgó el teléfono.

«Tiene razón».

Eso era lo que pasaba con Sarah, que casi siempre tenía razón. Tampoco había dicho nada que Tess no hubiera pensado ya. La lógica dictaba que debía poner fin a aquel asunto de inmediato. Las cosas le estaban yendo bien con su trabajo y con Jamie. Quizá no era demasiado tarde para volver a tener una relación amistosa y profesional con Damien, como habían estado manteniendo hasta ahora.

Pero algo en su interior se rebelaba ante la idea. No era solo por el sexo, aunque había sido espectacular. No, lo que sentía por Damien iba más allá de la lujuria. Tampoco era el hecho de que pasara los días dando vueltas por la montaña, rescatando gente. A Tess le gustaba de verdad, de forma genuina. Como hombre, como persona, como padre.

Una voz infantil interrumpió sus pensamientos.

«¡Jamie!».

—¿Tess? —preguntó.

Tess abrió la puerta para dejarlo entrar.

—Hola, cariño, ¿ya has vuelto de casa del abuelo?

—Acaba de traerme. Oye, Tess, ¿puedo preguntarte algo?

El corazón de Tess dio un vuelco. Justo la semana pasada, Jamie le había preguntado, escrutándola con sus enormes ojos azules, si morirse dolía. Tess lo había meditado con cuidado antes de responder —tenía la regla de no mentir jamás al niño—, pero no podía evitar preocuparse.

—Lo que sea —le dijo, arrodillándose frente a él para poner sus ojos al mismo nivel.

—¿Crees que hoy podríamos ir a nadar, arriba, junto a la ensenada?

Tess mantuvo una expresión neutral. Jamie no había querido nadar desde el incidente. No lo había obligado, pues sabía que necesitaba procesar lo que había ocurrido a su propio ritmo, pero se alegró de que quisiera meterse en el agua otra vez. Jamie había asistido a muchas sesiones con un reputado psicólogo infantil, pero no esperaba que aquel esfuerzo diera resultados tan pronto.

—No te preocupes, Tess —dijo el niño con rapidez—. Yo estaré

contigo.

Tess reprimió un sollozo.

—Claro que podemos ir, cariño. Vamos a desayunar algo antes y luego nos ponemos en marcha, ¿vale?

Escribió una nota rápida para decirle a Damien a dónde iban. Tess estaba segura de que los llamaría muchas veces a lo largo del día.



Damien

—¿Lo habéis pasado bien? —preguntó Damien desde la zona de la cocina mientras cortaba verduras de colores.

—Ha sido genial, papá. Nos hemos pasado la mañana nadando, hemos comido con los pies dentro del agua y luego hemos vuelto a nadar.

—Ya veo, eres todo un «sirenito».

Jamie asintió, orgulloso.

—Y Tess también. Una sirena. Yo cuidé de ella.

El corazón de Damien se encogió.

—Buen trabajo, colega. ¿Por qué no te lavas las manos antes de cenar? Estoy preparando una lasaña vegetal.

El niño salió corriendo de la zona combinada de cocina y comedor.

En cuanto estuvo lejos para oírlos, Damien soltó el cuchillo y se secó las manos con un trapo de cocina.

—¿Cómo fue? —preguntó en voz baja.

Los ojos de Tess brillaban con lágrimas no derramadas.

—Lo hizo genial, Damien. Nadamos todo el día. Nos encontramos con un par de chicos de su colegio y jugaron juntos en el agua. Ha estado bien.

Damien suspiró, aliviado.

—Bien, bien. Me preocupaba que eso le hiciera recordar…

Tess lo tomó de la mano.

—Se encuentra bien. Tienes que relajarte.

—¿Y tú? ¿Estás bien? También viviste una experiencia traumática.

—Estoy bien, Damien. Hemos pasado un día estupendo juntos.

Damien no pudo evitar sonreír.

—Quizá también podamos pasar una noche estupenda juntos. —Quería subirla a la encimera de la cocina y penetrarla allí mismo, pero se conformó con apoyar una mano en su cadera.

—Suéltame. Jamie volverá en un segundo —siseó Tess.

—Hablaré con él, lo prometo.

—No esta noche, Damien. Ya hemos tenido un día muy completo, ha ido a nadar por primera vez. No necesita…

Damien contuvo un suspiro de impaciencia. Conocía a su hijo: Jamie se alegraría por ellos. Ambos eran adultos responsables y podían garantizar que su relación no le afectara. Pero debía tener cuidado y respetar la opinión de Tess sobre el asunto. Y, para ser honestos, le encantaba que quisiera proteger a su hijo por encima de todo.

—De acuerdo —aceptó—, pero hablaremos de esto más tarde.

Dos horas después, tras la cena y varios libros de cuentos, Jamie

por fin se durmió en su cama.

Damien observó a Tess mientras recogía los libros que le había leído. Se acercó a ella y le entregó el último, la historia de unos ratones superhéroes que salvaban la ciudad de una rata supervillana. Tess era obsesiva con el orden alfabético y Damien no quería dejar el libro en el lugar equivocado.

—Ahora es tu turno.

Damien extendió la mano, esperando que ella la tomase.

—¿Seguro que está dormido?

—Lo está. —Se dio unos golpecitos en el bolsillo—. He encendido el vigilabebés, así que lo oiremos si se despierta. —Tragó saliva con fuerza—. Llevo echándote de menos todo el día.

Tess le dedicó una de sus luminosas sonrisas. Sus ojos, de pupilas enormes, buscaron los suyos.

—Ven conmigo al estudio —le dijo mientras tiraba de su mano.

—¿Seguro? —preguntó Damien.

—Esta mañana mentía cuando te dije que me volvería a dormir. No pude dejar de pensar en ti. —Sus ojos brillaron—. Me gustaría enseñarte algunas de las cosas en las que he estado pensando.

Con las prisas por seguirla, Damien estuvo a punto de tropezar. Toda la sangre se había concentrado en su entrepierna; sintió que su miembro crecía hasta resultar incómodo.

Atravesaron el patio para llegar al estudio. Damien dejó el vigilabebés sobre la mesa para que pudieran oírlo si Jamie se despertaba.

Tess dejó apagada la luz principal, pero encendió una hilera de focos que bañaron la estancia con un brillo muy tenue. Luego, corrió las cortinas antes de plantarse frente a él.

—Así que… —comenzó Damien.

—Quítate la ropa —le ordenó.

Damien sonrió con altanería y se quitó el polo azul marino. Al hacerlo, apretó los músculos del estómago y disfrutó cuando la vio quedarse sin aliento.

—¿En esto pensabas esta mañana?

—Sigue y te lo enseñaré.



Tess

Quizá era porque ahora estaban en su territorio o porque la presión de su primer encuentro se había desvanecido, o puede que se debiera a que sabía de forma intuitiva que podía manifestar ante Damien todos sus deseos. Fuera lo que fuese —quizá una combinación de las tres cosas— algo estaba claro: nunca se había sentido tan *sexy* antes.

Tess le acarició el amplio pecho, deteniéndose para pellizcar su pezón y esperando que él le correspondiera con el mismo gesto.

En cuestión de segundos, Damien estaba desnudo frente a ella. Su polla era tan grande como recordaba, y se erguía larga y orgullosa.

—Llevas demasiada ropa —protestó Damien. Su voz produjo un estallido de calor en su bajo vientre.

Tess se quitó el top y los pantalones cortos y se quedó frente a él con su conjunto de ropa interior a juego favorito.

—Quítatelo también. Quiero verlo todo.

Tess se alegró de haber sacado algo de tiempo para ir a la ciudad y hacerse la cera a principios de semana; la fortuna que se había gastado en el salón de belleza le resultaba ahora totalmente justificada.

—Joder, eres preciosa —le dijo Damien entre dientes. Alargó la mano para tocarla, pero Tess se alejó un poco y se arrodilló frente a él. Tenía ganas de saborearlo y no había motivos para renunciar a ese placer.

Lamió su miembro largo y duro, deleitándose con aquel sabor limpio y masculino. Luego abrió la boca para recibirlo.

Damien gimió. La agarró del pelo y Tess se percató de lo mucho que le costaba quedarse quieto y no guiar sus movimientos.

Por su parte, ella se tomó todo el tiempo del mundo. Se introdujo el miembro en la boca y utilizó la mano para crear la ilusión de que la tenía toda dentro.

—Oh, Dios, Tess. Para o vas a avergonzarme.

Tess se sacó la polla de la boca y lo miró.

—¿Y si quiero que te corras en mi boca? —preguntó.

—Me encantaría —le dijo, y tiró de ella con delicadeza para que se pusiera en pie—, la próxima vez. Hoy quiero estar dentro de ti.

La levantó antes de que pudiera discutir; Tess se agarró a sus brazos gruesos y poderosos para estabilizarse.

—Dime que tienes condones —saltó de pronto.

—Al lado de la cama. Son condones ingleses. Más resistentes que los que venden en Francia.

—Eso es bueno. Así podemos hacerlo durante toda la noche.

—¿Cómo conejos? —soltó una risita.

Sin más preámbulos, Damien la dejó caer sobre la cama. Tess vio

cómo se ponía el condón que le había dado, maravillada por la rudeza de sus movimientos.

—Ahora es mi turno —le dijo Damien. Rodeó la cama y, con la cara frente a su sexo, sopló con suavidad sobre la mata rubia de pelo.

La punta de la lengua de Damien asomó entre sus labios y lamió su clítoris con una intensidad deliciosa. Tess gritó de placer con aquel embate sensual. No tuvo tiempo de advertirle antes de correrse en toda su boca.

—Joder, qué *sexy* eres. Quiero sentir cómo todos esos músculos aprietan mi polla.

Tess aún se estaba corriendo cuando Damien empezó a penetrarla. La tenía increíblemente larga, y se obligó a relajarse y disfrutar mientras era conducida hasta el límite del placer.

—¿Estás bien? —susurró, dándole tiempo a que se acostumbrara.

Tess asintió. Con cada movimiento de Damien se sentía mejor, y pensó que podría correrse de nuevo. Él redujo el ritmo, alejando la posibilidad del orgasmo; Tess siseó molesta y agarró sus brazos con urgencia.

—Necesito más.

—Paciencia, chiquilla. —La acunó entre sus brazos y de pronto la volteó para ponerla encima, a horcajadas sobre él. Tess celebró el cambio—. Toma lo que necesites —dijo Damien. Apoyó las manos sobre sus caderas, animándola a que se moviera, pero la dejó marcar el ritmo.

Una parte de Tess quería ir más despacio para prolongar el placer, pero estaba ansiosa, y la sensación era demasiado placentera para parar. Cerró los ojos cuando alcanzó el segundo orgasmo. Este fue aún más fuerte que el que Damien le había provocado con la boca. Su sexo se apretó contra su polla, llevándolo a él también al límite y haciéndolo exhalar un gemido ronco.

El orgasmo la dejó exhausta. Se inclinó —pues sus extremidades hormigueaban y eran incapaces de soportar su peso— y permitió que Damien la echara a un lado. Aún estaba dentro de ella. Le pareció una postura muy íntima.

—Ha sido… incluso más que la última vez si es posible.

Tess estaba demasiado cansada para hacer otra cosa que no fuera asentir para mostrar su conformidad. Se había dormido casi antes de que su cabeza tocara la almohada.

12



Tess

La mañana siguiente, tras dejar a Jamie en el campamento, Tess fue a su cafetería favorita. Aún sentía un escozor delicioso entre las piernas. Se sentó al fondo, en la mesa de siempre. No le gustaban las de delante, aquellas desde las que se veía el Mont Blanc. Eran las que preferían los visitantes que entraban todo el rato.

Aquella cafetería no era de las más exclusivas de Chamonix —sabía de sobra que debía evitarlas—, pero servían un café caliente y cremoso justo como a ella le gustaba y Shay, la propietaria, no tenía inconveniente en que estuviera allí escribiendo todo el tiempo que quisiera.

Abrió el cuaderno —de rayas, por supuesto— e inició el temporizador de su móvil. Nunca encontraron su teléfono; había tenido que comprarse uno nuevo y todavía se estaba acostumbrando a él.

Escribió sin pausa durante cinco minutos; era un truco que le había enseñado su profesor para mantener alejado el síndrome de la página en blanco. Así, empezaba el día con tres o cuatro páginas garabateadas. A veces le servían —cuando eran la clase de pensamientos que hacía que la trama avanzase o ayudaba a caracterizar a un personaje complejo—, pero incluso cuando su mente no la llevaba a ninguna parte, el simple ejercicio de escribir la ayudaba a relajarse.

Pasados los cinco minutos, sonó la alarma del temporizador a un volumen bajo. Tess alargó la mano para pararla justo cuando alguien se detenía frente a la mesa. Al alzar la mirada se encontró con la policía que trabajaba en el equipo de Damien.

—¿Tess? Te llamabas Tess, ¿no?

Tess trató de recordar el nombre de la mujer.

«La conozco. ¿Cómo se llamaba?».

Al intuir su malestar, la mujer sonrió.

—Soy Kat Barreau, formo parte del equipo de Damien.

—Kat… Sí, me acuerdo —dijo Tess. Kat era una de las personas que se había quedado toda la noche despierta para buscarlos a Jamie y a ella—. Tú eres la piloto.

Kat asintió con orgullo.

—Y he oído que eres escritora. Damien cuenta maravillas sobre ti.

—Ah, ¿sí? —preguntó Tess, avergonzada.

«¿Sabrá lo que hay entre Damien y yo?».

—No en «ese» sentido. —Kat rio de buen humor—. Solo nos dijo que eras escritora.

«¿De verdad soy así de transparente?».

—¿Es tu novela? —preguntó Kat, señalando el cuaderno.

—Eh, no, eso está en el portátil. Esto es solo mi forma de empezar el día, con un poco de escritura libre. Básicamente, escribes sin parar durante una cantidad de tiempo determinada para poner a trabajar al cerebro.

—Interesante. Me pregunto si solo funciona con libros o podría ayudarme a hacer mis informes más rápido. Escribimos un montón de informes.

Tess se encogió de hombros y sonrió. Era imposible no sentir simpatía por Kat.

—Nunca lo he intentado, pero no veo por qué no iba a funcionar.

Los rizos rojizos de Kat oscilaron arriba y abajo.

—Entonces habrá que probar. Tengo que ir a la oficina, pero me alegro de verte. —Se detuvo durante un segundo—. Oye, me reúno con un par de amigas una vez por semana, porque ya hay bastantes hombres en mi vida. Una de ellas es periodista y escribe una columna mensual sobre los libros que va leyendo. Creo que le gustarías. ¿Por qué no vienes la semana que viene?

Tess abrió la boca, sorprendida.

—Me encantaría. ¿Seguro que no hay problema?

—Claro que no. Dame tu número y te pasaré los detalles, ¿vale?

Después de marcharse, Tess se quedó sentada un rato, mordisqueando el extremo del bolígrafo y preguntándose qué información habría compartido Damien sobre su relación. Al final, decidió no preocuparse por las cosas que no controlaba, abrió su portátil y empezó a escribir.

Cuando volvió a levantar la vista, ya casi era hora de recoger a Jamie y quería pasar antes por la tienda de ultramarinos.

Recogió sus cosas, dejó la generosa propina de costumbre con la que agradecía que la dejaran quedarse sentada allí toda la mañana y se acercó a la vieja caja registradora. Shay, la propietaria, la recibió con una amplia sonrisa.

—¿Qué tal ha ido hoy? ¿Cómo va la historia?

—Bastante bien. —Tess sonrió—. Todavía tengo algún problema hacia la mitad del manuscrito, pero por fin empiezo a verlo claro.

—Bien, bien. Sigue trabajando en ello y vuelve pronto.

—Gracias, Shay. Nos vemos.

Tess pasó de largo junto al enorme Carrefour, el típico establecimiento de franquicia sin personalidad, y se acercó a Sherpa, la pequeña tienda de ultramarinos que vendía productos locales e incluso algunas cosas inglesas.

«Pero no un buen *cheddar*, por desgracia».

Mientras compraba, se preguntó cómo estaría llevando Damien el

trabajo y si volvería pronto aquella noche. No le importaría repetir lo de la noche anterior cuando Jamie se hubiera acostado.



13



Damien

Durante las tres semanas siguientes, practicaron el sexo en todas las posiciones imaginables.

Damien nunca se había parado a pensar si como amante era aventurero, pero estar con Tess lo hacía querer explorar sus límites. Deseaba darle todo el placer posible.

Aún no había hablado con Jamie sobre su relación. No porque hubiese cambiado de opinión, sino porque quería esperar a que ella estuviera lista para compartirlo con su hijo. Decidió que era algo que debían hacer juntos.

«Y Tess aún no lo tiene claro».

Suspiró. Tenía que darle tiempo.

Habían establecido una especie de rutina, si podía llamársele así. Tess pasaba los días con su hijo, o escribiendo su libro mientras Jamie estaba en el campamento de verano, y Damien se dedicaba a trabajar y, en los descansos, pensaba en la próxima vez que podría fundirse con Tess en un abrazo. Por la noche, cuando Jamie estaba dormido, pasaban el tiempo juntos.

Pero él no solo buscaba sexo. Le costaba mucho admitirlo, pero quería a Tess como persona. Quería compartirlo todo con ella, incluso partes de él que nunca había revelado a nadie y que, desde que había descubierto la existencia de Jamie, nunca pensó que podría compartir.

—*Commandant?*

Damien se obligó a volver al presente y miró a Jens. Estaban ascendiendo juntos la colina. Gael caminaba tras ellos, quejándose del calor todo el rato, y Hiro y Bailey cerraban el grupo.

—Lo siento, Jens, estaba distraído —se disculpó Damien—. ¿Qué decías?

—Decía que nos estamos acercando. Ahí, bajo esos árboles.

Damien aceleró. Hacía un par de horas habían recibido la llamada de dos senderistas que se habían encontrado con un hombre mientras bajaban la montaña. Estaba consciente y lúcido, y nos les había pedido nada. Sin embargo, había algo en él que los había preocupado, aunque les costaba explicar lo que era.

La pareja parecía sincera y de todas formas su equipo y él estaban de brazos cruzados en la oficina, así que habían ido a echar un vistazo. Habían conducido más lejos de lo que se les permitía a los senderistas y habían dejado el vehículo cerca en caso de que fuera necesario efectuar un rescate.

Damien recorrió con la mirada los picos del Mont Blanc que se alzaban a su alrededor; la vista era imponente.

Su equipo y él raramente subían por allí. Era una ruta fácil para los estándares de Chamonix. Una de esas sendas de un día, apta para niños o personas que no estaban en absoluto preparadas para escalar el Mont Blanc. Las rutas estaban bien señalizadas y mantenidas por las autoridades locales, y eran visitadas con frecuencia por individuos y grupos acompañados de guías de la zona.

Era extraño que fueran por allí y, cuando lo hacían, era para atender una torcedura de tobillo o de rodilla, en cuyo caso, Kat los llevaba de vuelta desde la montaña en helicóptero.

Vieron la figura a menos de treinta metros de distancia, desplomada sobre una roca. Mientras se acercaban, confirmaron que la descripción coincidía con la que habían dado los senderistas, incluido el detalle de la mochila técnica con bandas brillantes.

«Todo un exceso para una ruta como esta».

—¿Señor? —preguntó Damien, alzando la voz—. ¿Se encuentra bien?

El hombre alzó la mirada para observarlos. Era más joven de lo que habían pensado al principio; probablemente, tendría cerca de cuarenta años. Aunque parecía indemne, Damien había visto lo suficiente a lo largo de los años para no dar nada por supuesto.

—Me llamo Damien Gray. Pertenecemos al Peloton de Gendarmerie de Haute Montagne. Si necesita ayuda, estamos aquí para ofrecérsela, señor.

—No necesito nada de vosotros —dijo el hombre con voz ronca, y acompañó sus palabras con un vaivén de mano. Volvió a mirar su teléfono móvil. Tenía un acento que Damien no lograba identificar.

«¿Ruso, quizá?».

Tuvo que recurrir a todo su entrenamiento como funcionario público para tragarse la respuesta que le habría salido de forma natural.

Como si le hubiera leído la mente, Jens dio un paso al frente y se arrodilló junto al hombre. Ya había sacado el botiquín.

—Señor, ¿cómo se llama? Déjeme tomarle el pulso. A veces la altitud puede afectarnos y no nos damos cuenta…

El hombre se deshizo de él con una sacudida.

—Estoy bien. Pero no me lo estoy pasando bien. Esto no es lo que la agencia de viajes me prometió —explicó con petulancia.

Damien y Jens intercambiaron una rápida mirada.

«¿Habla en serio?».

Si el hombre no estaba dispuesto a dejarse examinar, no había gran cosa que pudieran hacer.

—¿A menos que tengáis un helicóptero? —preguntó el hombre. Sus ojos pequeños y brillantes se posaron sobre ellos—. Tengo dinero. Un montón de dinero.

—Eh… No tenemos helicóptero, señor. —Jens mantuvo el tono educado—. Pero si necesita asistencia…

—Eso es justo lo que necesito, asistencia. Ya he llamado a mi agente de viajes. Hará que alguien venga a recogerme. Pero vosotros estáis aquí ahora…

—Perdone, señor, pero debo interrumpirle. Las cosas no funcionan así. No somos una compañía de taxis. Y si está esperando que venga un taxi a recogerlo aquí, va a esperar durante mucho tiempo, me da igual lo que diga su agente de viajes.

—Entonces, fuera de mi camino —gruñó el hombre. Junto a Hiro, Bailey gruñó en respuesta. Hiro apoyó la mano en su cabeza; fue un contacto tranquilo pero firme. Bailey se tranquilizó.

—A ti tampoco te gusta, ¿verdad, Bailey?

El teléfono del hombre comenzó a sonar y este lo cogió como si ellos no estuvieran delante.

—Sí. ¿Qué me has conseguido?

Damien asintió en dirección a su equipo. Luego habló de nuevo, alzando la voz, para que el hombre pudiera oírlo por encima de la conversación telefónica.

—Nos vamos, señor. Si necesita cualquier cosa, por favor, llame al 112. Nos alegrará mucho hablar con usted si no estamos ocupados atendiendo una auténtica emergencia.

Con estas palabras, Damien se giró y comenzó a bajar por el camino, dejando al hombre atrás, gritando obscenidades a través del teléfono.

—¿Sabes quién era? —preguntó Gael, levantando la vista de su propio móvil.

—Un capullo —replicó Jens con tranquilidad. Damien ocultó su sonrisa. Jens nunca usaba ese tipo de lenguaje, ni en inglés ni en su alemán nativo.

—Sí, pero ¿qué clase de capullo? —insistió Gael, girando el teléfono para que todos pudieran ver la pantalla. Mostraba la fotografía de un hombre, claramente su amigable turista, pero *photoshopeado* con buen gusto para ocultar su doble papada y su vientre algo prominente—. Un capullo rico.

—No lo reconozco —dijo Hiro.

—Claro que no, pero si fueras ruso, cambiaría la cosa.

Damien gimió.

—Por favor, dime que no es un político —intervino, pensando en el marrón que se podían comer.

—No, no es para tanto. Es un billonario. Tiene hoteles y centros comerciales, pero lo que le gusta de verdad es financiar empresas. Es el principal inversor detrás de tres *startup* unicornio, todas ellas en el mundo cripto.

—Mierda, eso es peor que un político.

—Prepárate para una noche muy larga, *commandant* —dijo Gael con ligereza—. El resto nos vamos al bar Stella.

—Informaré al coronel, aunque estoy dando por sentado que no se ha enterado ya de nuestro breve encuentro. Luego me uniré a vosotros. Creo que necesito una cerveza.

—Si sirve de algo, *commandant*, creo que hiciste lo correcto —lo apoyó Jens con tranquilidad.

«Ya, pues a ver hasta dónde llega esa excusa».



Al parecer, el coronel ya se había enterado de su encuentro con el billonario ruso. Cuando Damien llegó a la oficina, su jefe estaba sentado en su silla. Nadie sabía si el coronel Pelegrin estaba completamente calvo o no, pues llevaba afeitándose la cabeza los últimos veinte años.

—¿Te gusta esta silla, Damien? —le preguntó.

Damien suspiró y se puso firme.

—Sí, coronel.

—Muy bien. Intenta recordar lo mucho que te gusta la próxima vez que tú o tu equipo decidáis abandonar a un vip que se ha quedado tirado en la montaña.

—Sí, señor.

El hombre se relajó y su labio superior se curvó en una leve sonrisa.

—Ahora, cuéntame lo que pasó de verdad.

—Nos informaron de que un hombre podía necesitar ayuda, así que subimos a comprobarlo. Estaba sentado, no estaba herido, pero nos dijo que quería que lo bajásemos nosotros. Fui yo quien tomó la decisión de dejarlo allí. Le dije que no éramos un servicio de taxis. No lo somos, ¿verdad, coronel?

El coronel rio.

—Tienes razón, pero tampoco es nuestro trabajo joder a un vip. He recibido una llamada desde París, Gray. ¿Sabes lo mucho que odio las llamadas de París?

Damien asintió con educación. Era lo bastante inteligente como para reconocer una pregunta retórica.

—Coronel, no estaba herido. Tampoco estaba perdido. No necesitaba nuestra ayuda. Nos exigió que lo bajáramos de la montaña porque «no se estaba divirtiendo».

El coronel Pelegrin apretó los labios hasta formar una fina línea. Damien sonrió para sus adentros; la diversión no era un concepto al

que aquel hombre diera demasiado valor.

—Yo me encargaré de esto, Gray. Tú solo preocúpate de que no reciba más llamadas desde París. —El coronel se puso en pie y caminó hacia la puerta.

—Eh…, coronel, ¿aún sigue allí arriba?

Aunque Damien no quería lidiar otra vez con el ruso, pasar la noche en la montaña podía ser peligroso para aquellos que no estuvieran entrenados o equipados para ello, incluso en pleno verano.

El coronel sacudió la cabeza. Su mano estaba ya en el picaporte.

—No estaba contento, pero al final decidió caminar.

Veinte minutos más tarde, Damien aún tenía la sonrisa grabada en el rostro cuando llegó al Stella. Era un bar pequeño. Su entrada medio oculta se encontraba en lo alto de una cuesta empinada. En una ciudad dedicada a alimentar y procurar bebida a visitantes de alto nivel adquisitivo, era uno de los pocos bares que solo frecuentaba la población local, algo que también se reflejaba en sus precios.

Miró el reloj; Tess estaría acostando a Jamie. Damien había ido en coche, así que se tomaría una cerveza y luego volvería a casa.

Su equipo estaba sentado en una mesa de una esquina. Aún llevaban los uniformes. Drake estaba junto a la pared con un té helado entre las manos; sabía que Drake no bebía, pero nunca habían hablado del motivo. Junto a él, Kat casi había terminado su cerveza. Parecía poca cosa, pero aquella mujer podía tumbarlos a todos, a menudo bromeaban sobre los genes rusos que debían esconderse en su árbol familiar francés. En el lado opuesto, Jens y Gael estaban enfrascados en una intensa discusión sobre a qué temperatura debía servirse la cerveza.

Hiro era el único que no se había presentado. Damien apostaría lo que fuera a que había puesto cualquier excusa para irse a casa con Bailey.

Había un asiento vacío en un extremo. Sabía que estaba reservado para él a pesar de que aquella noche el bar no estaba tan lleno.

—Has conseguido venir, «jefe». ¿Qué tal le va al billonario? —preguntó Gael.

—Al final bajó por su propio pie —dijo Damien con tranquilidad, tratando de no regodearse.

—¿Y aún conservamos el empleo? —preguntó Drake. Sus ojos grises brillaban, divertidos. Los otros también se habían enterado de lo ocurrido—. Un pajarito me ha dicho que el coronel ha visitado tu oficina esta noche.

—Tranquilos, aún tenemos trabajo —confirmó Damien.

Los miembros de su equipo entrechocaron los vasos para celebrarlo y Damien no pudo evitar sonreír.

Se dirigió a la barra a por una cerveza. Stella era un bar de estilo

tradicional; se esperaba que pidieras en la barra y pagaras cada consumición antes de llevártela.

Junto a la barra, había una mujer sentada sola. Damien no le prestó mucha atención hasta que esta se giró para mirarlo.

«Madre mía».

Era hermosa en un sentido casi etéreo e irreal. Damien le habría echado la culpa al alcohol si no fuera porque aún no se había tomado la cerveza.

Sus ojos eran de un suave color caramelo, su cara estaba enmarcada por pómulos altos y se había pintado los labios gruesos y exquisitos del rojo más profundo imaginable. Pero era la simetría de sus rasgos lo que más llamaba la atención, y no solo en su cara; incluso sentada, Damien podía intuir que tenía una cintura de avispa perfecta.

«Joder».

Volvió a concentrarse en el barman —realmente, quería su cerveza —, pero sintió los ojos de la mujer clavados en él.

—¿Te pido una bebida? —preguntó sin mirarla.

—Estaría bien. Vino blanco, por favor. —Hablaba con un acento británico perfecto.

—Y una copa de vino blanco para la señorita, John —pidió Damien.

Luego se giró para contemplar a la mujer. Se había bajado del taburete y caminaba hacia él. No estaba ciego: pudo confirmar que su figura era, en efecto, tan increíble como había supuesto.

—Soy Lilibeth.

—Damien Gray —respondió.

Al ver la cazadora de su uniforme, asintió.

—¿Tú y tus amigos sois policías?

Damien volvió a afirmar con la cabeza y tamborileó con los dedos sobre la barra mientras esperaba su bebida. Cuando John regresó por fin, traía una copa de vino, pero aún no había ni rastro de la cerveza de Damien.

—Salud —brindó, alzando la copa y olisqueando su contenido con delicadeza.

—Que lo disfrutes.

—Gracias por la bebida. ¿Cómo puedo agradecértelo? —preguntó. Era imposible pasar por alto la insinuación de su voz.

—No tienes por qué hacerlo —dijo Damien. Se ruborizó al ver cómo Kat lo miraba desde la mesa. Parecía sorprendida y, para ser honestos, algo enfadada.

«He dejado que esto vaya demasiado lejos».

—Apuesto lo que sea a que no invitas a beber a todas las chicas que conoces en los bares. —Acarició el borde de la copa con un dedo

largo y pálido. Lo hizo de forma sensual, hipnótica.

—Escucha…, Lilibeth, debo decirte que…

—No, escúchame tú. Me gustas y me gustaría ir a casa. ¿Qué dices, soldado? ¿Quieres que volvamos juntos?

—No soy un soldado —replicó.

—Lo siento —dijo ella—. ¿Teniente? ¿Capitán? Solo voy a pasar aquí un par de días de vacaciones y no estoy familiarizada con la terminología correcta. Pero aprendo deprisa.

Se humedeció los labios con la lengua, haciéndolos brillar.

Damien libró una pequeña batalla consigo mismo, pero la tentación era demasiado fuerte.

—Ven conmigo —susurró—. Te llevaré a casa.

Una sombra atravesó los ojos de Lilibeth durante un instante. Ocurrió tan rápido que Damien no lo habría visto si no hubiera estado mirándolos fijamente. Luego, volvieron a su tonalidad acaramelada.

—¿Mi casa o la tuya?

—La mía —respondió, incapaz de resistirse.

«Joder, Kat va a enfadarse conmigo».

—Olvida la cerveza —le dijo al barman mientras dejaba el dinero sobre la barra. Luego, se dirigió a la mujer—. Dame un segundo.

Damien se acercó a sus compañeros y se disculpó, diciéndoles que había algo que tenía que hacer. Enfrascados en una profunda discusión sobre cuál era el mejor equipo de montaña, todos asintieron. Todos excepto Kat, cuyos ojos echaban chispas.

—¿Seguro que sabes lo que estás haciendo, jefe? —preguntó. Hablaba con voz suave y peligrosa. Cuando Damien no respondió, añadió—: ¿Qué crees que va a pensar Tess de todo esto?

«Mierda».

Había olvidado que Tess y ella se habían hecho amigas en las últimas semanas.

—No te preocupes, Kat.

Kat se encogió de hombros y Damien pudo ver en las líneas de su cuello y sus hombros lo mucho que le costaba dejarlo pasar. Por fin, se despidió y se giró para hablar con los demás.

Damien buscó a Lilibeth, que había cogido un bolso extragrande y aguardaba indecisa a medio camino entre él y la puerta. No parecía llevar ningún otro equipaje. Damien le abrió la puerta y la mujer salió.

—¿Voy a estar a salvo contigo? —preguntó cuando llegaron al coche.

—Cuidaré de ti. Soy un buen conductor, Lilibeth.

Esperó hasta que se acomodó en el asiento del pasajero, cerró la puerta tras ella y caminó hacia su lado del coche.

—¿Qué vamos a hacer cuando lleguemos a tu casa? —preguntó en un susurro ronco.

—¿De verdad necesitas que te lo deletree, Lilibeth? —susurró en su oreja.

Ella parecía a punto de echarse a llorar.

Damien suspiró.

Lo había llevado demasiado lejos.

—Abriré la puerta, pasaremos dentro y… entonces supongo que dejaré que Tess y tú os pongáis al día.

Rio cuando vio su expresión de sorpresa.

—¿Qué?

—Ya me has oído. —Sus labios se curvaron en una sonrisa.

—Serás cabrón. Sabes quién soy.

—Aunque te conozco como Sarah, no como Lilibeth —enfatizó el nombre que le había dado.

—Lilibeth es mi segundo nombre, pero no lo uso. —Hizo una pausa. Parecía entre ultrajada y divertida—. ¿Desde cuándo lo sabes?

—Desde el momento en que te acercaste.

—¿Pero cómo?

Se alisó la falda por encima de sus largas piernas. Damien se dio cuenta; a pesar de todo, aún no estaba ciego.

Encendió el motor del coche antes de responder.

—Lo has hecho todo demasiado evidente. Te centraste en mí en cuanto me viste a pesar de que estaba con unos cuantos guaperas, la mayoría de una edad más cercana a la tuya. Una mujer con tu aspecto habría mirado a Jens o a Gael antes. Puede que a Kat, si le iban más las mujeres. En segundo lugar, te pareces a Tess. No sois iguales, tú eres más angulosa y ella tiene facciones más suaves, pero el parecido sigue ahí. Y, por último, Tess tiene una fotografía contigo en su mesa de escritura. En la foto tenías el pelo rubio como ella, no castaño como ahora, pero, aun así, ha sido fácil reconocerte.

Sarah frunció el ceño.

—¿Y por qué permitiste que pasara esta vergüenza?

—Lo lamento —le dijo, sabiendo que le tocaba sonar arrepentido. Era la hermana de Tess y no podía permitir que lo odiara—. Me parecía una venganza justa por lo que estabas tratando de hacerme.

Sarah se lo pensó durante tanto tiempo que Damien creyó que no iba a responder. Por fin asintió, conforme, y se relajó en el asiento.

—¿Te puedo llamar Damien?

—Por supuesto.

—¿Puedo preguntarte algo personal?

—Adelante. Me parece que ya hemos entrado de lleno en el terreno personal. —Rio.

—¿Qué habría pasado si no hubieras sabido que era yo?

Damien mantuvo la vista fija en la carretera.

—¿Me estás preguntando si me hubiera acostado contigo?

—Sí —dijo Sarah.

—No.

—¿No? ¿Por qué no? ¿No me encuentras atractiva? —Hizo un mohín.

Damien le lanzó una ojeada rápida.

—No necesitas que te diga que eras la mujer más atractiva del bar. Joder, probablemente, eres la mujer más atractiva de todo Chamonix.

—Pero no te habrías acostado conmigo.

—No me habría acostado contigo porque no eres tu hermana.

14



Tess

Tess oyó el ruido de la llave en la cerradura. No estaba preocupada; Chamonix era una de las ciudades más seguras del mundo y, además, sería muy estúpido tratar de robar en la casa de un policía.

Se sorprendió de que Damien volviera tan pronto. Había llamado mientras iba de camino a la oficina hacía muy poco para decirle que se quedaría con los miembros de su equipo a tomar una cerveza en Stella.

A Tess le gustaba ese bar. Todo lo que había en Chamonix le gustaba, sobre todo, los aspectos de la pequeña ciudad que podía experimentar como los lugareños en vez de como una turista. ¡Había tantas cosas que los visitantes se perdían! Pasaban casi todo el tiempo en la calle principal, en las llamativas tiendas y en los carísimos restaurantes, pero Chamonix tenía mucho más que ofrecer.

La puerta se abrió y entró Damien, seguido de alguien más. El primer instinto de Tess fue echar a correr —iba vestida con pantalones cortos de *running* y una vieja camiseta harapienta que nunca llevaba fuera de casa—, pues no quería presentarse ante sus amigos con esas pintas. Luego reconoció a la persona que iba tras él y se paró en seco.

—¿Sarah? —tartamudeó.

No se creía que su hermana estuviera allí.

—¡Tess!

Sarah salió de detrás de Damien y corrió hacia ella para abrazarla.

—¡Sarah! —chilló Tess—. De verdad estás aquí.

Tess la abrazó también, parpadeando para deshacerse de las lágrimas. Había pasado casi seis meses sin ver a nadie de su familia. Encontrarse con Sarah de forma tan repentina la dejó fuera de combate.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—He venido a visitar a mi hermanita, por supuesto.

—Pero tu trabajo, tu…

—Iba de camino a París para grabar un programa de radio. Tendría que haber estado allí esta noche, pero les dije que debía hacer algo importante. Me voy mañana por la tarde. Estás estupenda, Tess —dijo Sarah.

—No tanto como tú. —Tess rio. Nunca habían competido entre ellas por el aspecto físico y, de haberlo hecho, ni siquiera se habrían enfrentado en la misma categoría.

A Tess le habían dicho a menudo que era adorable, incluso guapa. Pero Sarah no era una criatura de este mundo. Quizá por eso había decidido convertir la radio en su medio de vida; era una forma de que

la gente dejara de hablar de su aspecto y se diera cuenta por fin de que tenía mucho más que ofrecer que su apariencia.

—Tenemos que ponernos al día —dijo Tess, y tomó a su hermana de la mano. Luego se dio cuenta de que Damien aún seguía allí plantado—. Damien, gracias. ¿Cómo…?

Damien sacudió la cabeza con rapidez.

—No ha sido cosa mía. Me la encontré en el bar —explicó con sencillez—, y la traje a casa.

Damien y Sarah cruzaron una mirada que Tess no supo interpretar. Tendría que preguntarle a su hermana más tarde.

—Seguro que tenéis muchas cosas que contaros. Yo tengo que levantarme pronto, así que me despido de vosotras hasta mañana.

Mientras pasaba por delante, Tess se inclinó y lo tomó de la mano.

—Gracias —susurró.

Damien la sorprendió cuando se llevó su mano a los labios para besarla con suavidad. Aunque fue un beso suave, un escalofrío recorrió su espalda. Por un momento, se olvidó de Sarah hasta que las palabras de Damien se la recordaron.

—Pasa tiempo con tu hermana. Yo me encargaré del desayuno mañana y llamaré a mi padre para que pase el día con Jamie.

—No, no seas tonto. Sarah y yo lo dejaremos en el campamento de verano por la mañana y lo recogeremos al mediodía. Lo pasaremos bien.

Damien alzó una ceja.

—Vale. Si estás segura… —le dijo, y apretó su mano una última vez.

«Te quiero».

«¿De dónde ha salido ese pensamiento?».

Por un instante temió haberlo pronunciado en voz alta, pero se relajó al ver que ni Damien ni Sarah reaccionaban.

No estaba en posición de pensar —y menos aún de decir— algo así. De hecho, aunque al principio Damien se había mostrado muy partidario de hablarle a Jamie de su relación, últimamente, había dejado de insistir. Tess no sabía qué pensar: ¿estaba esperando a que ella dijera algo o había decidido que lo suyo no era lo bastante serio para compartirlo con Jamie?

La puerta de la habitación de Damien se cerró con suavidad y eso trajo a Tess de vuelta al presente. No era momento de pensar en Damien, no cuando Sarah estaba justo delante.

—¿Qué estás haciendo aquí en realidad? ¿Va todo bien? ¿Están bien mamá y papá?

Sarah sacudió la mano. Su manicura era perfecta.

—Están bien los dos. De hecho, ni siquiera saben que estoy aquí. Ha sido una decisión de última hora.

—Entonces, ¿por qué estás aquí?

—¿Quieres la verdad, hermanita? Estaba preocupada por ti y quería asegurarme de que estabas bien.

Los ojos de Tess se volvieron a llenar de lágrimas. Parpadeó con insistencia.

—Estoy bien, Sarah —le confirmó.

Sarah asintió y sus labios se curvaron en una sonrisa astuta.

—Ya veo, ya. —Sus ojos se dirigieron a la puerta por la que había desaparecido Damien—. Tu novio está increíble.

Tess sintió que sus mejillas se teñían de un rojo intenso.

—Lo está. —Inclinó la cabeza. El tono de Sarah le daba a entender que se había perdido algo—. Dijo que os encontrasteis en un bar. Trataste de ligar con él, ¿no? —preguntó.

Sarah se encogió de hombros. Ni siquiera intentó negarlo; se conocían demasiado bien.

—Solo quería ver cómo reaccionaba. Pregunté por ahí para que me indicaran el bar que suelen frecuentar los agentes de policía y lo vi al entrar. Lo reconocí por las fotos que me has enseñado. Así que me acerqué a él.

—¿Y? ¿Se vio tentado?

Tess ya sabía que no por la expresión de su hermana. No era que esperara otra cosa; Damien era un hombre honorable en extremo y fuera lo que fuera lo que ocurría entre ellos sabía que era exclusivo.

—No —confirmó Sarah. Hizo una pausa dramática—: Me gusta.

Eso era un gran cumplido viniendo de Sarah. La última vez que le había gustado uno de los novios de Tess era… nunca.

—¿De verdad tienes que irte mañana?

—Sí. Pero ya sabes que no necesito dormir mucho, podemos quedarnos despiertas hablando hasta bien entrada la noche como solíamos hacer —dijo Sarah riéndose—. ¿Me dejarás leer el manuscrito en el que has estado trabajando?

Si aquella propuesta viniera de otra persona, Tess se habría puesto a la defensiva, pero Sarah era la única con la que siempre había compartido su escritura; ella era su crítica más dura y también la persona que primero la convenció de que tenía talento.

—Ven, voy a enseñarte dónde vivo.

Se acomodaron en su pequeño estudio y Tess puso la tetera a hervir. A Sarah le encantaba el té, más incluso que al inglés promedio.

—Así que… de verdad te gusta, ¿eh? —empezó Sarah cuando se sentaron por fin con sus respectivas tazas humeantes frente a ellas.

Tess decidió ser honesta con su hermana.

—Sarah, creo que me he enamorado de él. No quería, pero…

Sarah sopló su té para enfriarlo.

—Antes de conocerlo, me habría preocupado. Ahora ya no tanto.

—Sonrió—. Y no es solo porque esté tremendo.

Tess soltó una risita.

—Lo está, ¿verdad? Es una persona increíble, Sarah. Se porta genial con su hijo, es valiente y generoso, y…

—De acuerdo, de acuerdo, ya lo pillo. Es maravilloso.

—Lo es… Y tengo muchas ganas de que también conozcas a Jamie. Es un niño increíble.

—Ya. En cuanto al niño… —empezó Sarah con cautela—, ¿sabes en lo que te estás metiendo?

—Damien y Jamie… vienen juntos en el *pack*. Creo que me he enamorado de ambos.

—Tienes que contárselo a mamá y papá —dijo Sarah.

—Para un poco. Primero tengo que decírselo a él. Damien y Jamie han pasado mucho tiempo solos. No sé si están listos para algo así… o si yo lo estoy.

—Bueno, pues más vale que te prepares, porque tengo la impresión de que Damien siente lo mismo por ti.

—Sabes que eres la mejor hermana del mundo, ¿verdad?

—Lo mismo digo, hermanita. Siempre estaré aquí para ti. No lo dudes.

—En fin, háblame de tu trabajo —pidió Tess, cambiando de tema —. ¿Cómo van las cosas? ¿Estás viendo a alguien?

—Bien, y no tan bien. En plan, el trabajo va genial. El programa de París es el primero de una serie mensual que estoy haciendo en diferentes capitales europeas. Y no tan bien, porque el trabajo no me deja tiempo para nada más. No quiero volverme una vieja solterona…

Tess rio.

—¿Una «vieja solterona»? Parece una palabra sacada de una novela de Jane Austen, Sarah. Las mujeres ya no se convierten en «solteronas» a partir de cierta edad.

Sarah asintió, pensativa.

—Quizá el resto no, pero yo corro peligro. Me gustaría encontrar a un hombre que no sea un perturbado y que entienda lo importante que es mi trabajo para mí. Y no me importaría que estuviera tan bueno como los compañeros de tu jefe; esta noche estaban en el bar y uno de ellos casi hace que los ojos se me salgan de las órbitas.

—¿Cuál de todos?

—No escuché su nombre. No quería que se me notara mucho, pero era un pibón.

—¿Pelo oscuro? ¿Aspecto asiático? ¿Con un perro negro precioso al lado?

—No, no había nadie que encajase en esa descripción. El tío tenía pelo rubio oscuro, era alto y musculoso. Hablaba inglés, pero su acento sonaba alemán.

—Ese es Jens. Es médico. ¿Por qué no hablaste con él? Ah, lo olvidaba. Estabas demasiado ocupada tratando de ligar con Damien.

Sarah tuvo la decencia de ruborizarse.

—Sí, ya me conoces. Siempre antepongo el trabajo al placer.

—Puedo presentártelo mañana.

—No, por favor. Tengo que irme pronto. Es mejor así.

—Vale, si estás segura…

—Estoy segura. ¡Ahora enséñame qué has estado escribiendo!

15



Damien

—Le gustas a mi hermana —aseguró Tess.

Damien la apretó con más fuerza. Sabía que Tess estaba triste después de despedirse de Sarah.

—A mí también me gusta. Es muy protectora contigo.

—Es mi hermana mayor —dijo Tess con orgullo—. Sé que intentó ligar contigo en el bar.

—¿Te dijo también que no estaba interesado? —La agarró de la cintura para atraerla hacia él aún más—. ¿Qué solo me interesa una mujer?

—Sí —le confirmó Tess riendo.

«Quiero oírla reírse más».

Damien sentía un peso en la conciencia.

—Me siento un poco mal. Tendría que haberle dicho a Sarah que la conocía cuando la vi por primera vez.

—No te preocupes. Te he dicho que le gustas.

Damien se acuclilló para atarse las botas.

—Ojalá pudiéramos pasar el día juntos, pero tengo que subir al Majestic. Hay un evento sobre el cambio climático.

—Voy a llevar a Jamie a la casa de su amigo Xavier esta tarde. Resulta que tiene dos piscinas, una exterior y otra interior.

Damien asintió. Xavier era hijo de uno de los mejores *snowboarders* de Francia. El tipo se había convertido en la imagen pública de un montón de marcas comerciales. Lo sorprendente sería que solo tuviera dos piscinas en casa.

—Entonces deja que te prepare la cena cuando acueste a Jamie. Algo picante.

Tess rio.

—Picante, ¿eh? Olvidas que he crecido celebrando la noche del *curry* los viernes. Te va a costar sorprenderme.

Damien se fue a trabajar. Se debatía entre la felicidad y la molesta sensación de que aquello no podía ser real, de que en algún momento ocurriría algo que lo estropearía todo.

La conferencia fue poca cosa. Mucho más pequeña de lo que aquel centro, conocido en Chamonix como el Majestic, era capaz de albergar. Acudió muy poca prensa y Damien se alegró de que ningún empresario se hubiera presentado para hacer grandes promesas. Solo fueron científicos que querían intercambiar ideas y hacer propuestas basadas en la ciencia a los gobiernos y las administraciones.

Aquel era un asunto que preocupaba mucho a Damien. Su equipo y él pasaban el día en las montañas; veían los cambios de cerca, aunque

ninguno evidenciaba más la huella del cambio climático que el Mer de Glace, el glaciar local. Hacía solo dos años habían tenido que añadir ochenta escalones nuevos para que los visitantes pudieran acercarse más. Si las cosas seguían así, pronto no habría ningún glaciar para visitar. Se habría convertido en un recuerdo lejano.

Damien y su equipo estaban allí para apoyar a los equipos locales y reforzar la seguridad, pero no pudo evitar escuchar las conferencias y los análisis científicos. Mientras el día avanzaba, lo embargó el miedo; no por él, sino por Jamie y los niños que aún no habían nacido. Ellos serían los que acabarían creciendo en un mundo muy diferente a este sin tener ninguna culpa.

—Damien Gray —dijo una voz tras él. Damien se giró y vio acercarse a Diana Granger. Ambos habían crecido juntos en Chamonix, pero en aquellos tiempos habría sido difícil predecir que se convertiría en una de las glaciólogas más importantes del mundo.

—¡Diana! —exclamó. Habían pasado varios años sin verse. Ella seguía igual, salvo por el pelo, que se había teñido de un pálido color plateado—. ¿Cuánto tiempo te quedas en la ciudad?

—Solo dos días, luego tengo que volver a Grenoble. Siempre consiguen que estas cosas coincidan con la época de exámenes —se quejó, pero de buen humor.

Damien rio y se giró hacia su equipo.

—Gael, Kat, os presento a Diana Granger. Es…

Kat asintió de forma entusiasta.

—Sabemos quién es, doctora Granger. Es todo un honor conocerla. —Era extraño ver a Kat actuando como una *groupie*. Parecía a punto de pedirle un autógrafo.

Gael, por otro lado, permaneció sorprendentemente callado mientras estrechaba la mano de Diana. Su ojos grandes y oscuros, tan llamativos en su rostro de piel dorada, estaban entrecerrados.

—Llámame Diana, por favor.

—¿Entonces no puedes subir a las montañas? ¿Por los viejos tiempos? —preguntó Damien. De niños, ambos habían pasado todo su tiempo libre en la montaña.

Diana miró durante largo rato al horizonte.

—Me temo que tendrá que ser en otra ocasión, Damien. Me alegro de haber tenido la oportunidad de hablar contigo. Kat, Gael, ha sido un placer conoceros.

—Guau —dijo Gael por fin, en cuando Diana estuvo lejos para oírlo.

—Se ha ido. Ya puedes cerrar la boca. —Kat rio.

—No pienses que a todos nos gusta tanto el sonido de tu voz como a ti, señorita «es un honor conocerla» —replicó Gael.

Kat se encogió de hombros.

—Puede que no. Pero te conozco lo bastante para saber que a ti te encanta el sonido de «tu» voz. Por algún motivo, Diana Granger te ha dejado sin palabras.

—Vamos, ya tengo un niño en casa, no necesito otros dos en el trabajo. Volvamos a la oficina.

—¿Podemos parar a comer algo por el camino, «jefe»? —preguntó Gael.

—Son las dos de la tarde. Almorzamos hace menos de dos horas. Siempre tienes hambre, Gael —se quejó Kat.

—¿Y qué? Tengo un metabolismo saludable.

Damien rio.

—Claro, podemos parar un rato.

Diez minutos después estaban plantados frente al Index Bus, el famoso camión de comida rápida de Chamonix.

—¿*Frites*, en serio? —preguntó Kat.

—¿Quieres? —Gael le ofreció el cono lleno de patatas fritas.

—No, no tengo tiempo de correr una maratón esta noche para quemar todas esas calorías.

—Como quieras, Kitty Kat —dijo Gael, metiéndose otra patata en la boca—. Están buenas.

—Gael, si me llamas así una vez más…

La piel alrededor de los ojos verdes de Gael se llenó de arrugas.

—Relájate, solo estoy bromeando. Yo…

De pronto, los teléfonos de Gael y de Kat sonaron al mismo tiempo.

«Eso nunca es buena señal».

Kat lo cogió primero.

—¿Hola? —Un segundo después le ofreció el teléfono a Damien con expresión sombría—. Es Drake. Ha pasado algo y tú no contestabas.

16



Damien

—¿Drake? ¿Qué está pasando?

—¿Dónde estás, Damien?

—Estamos en el Index Bus. ¿Qué ocurre?

—Tienes que venir a Place Balmat.

Damien apretó el teléfono con tanta fuerza que quebró el plástico. Place Balmat estaba justo al lado del campamento de verano matutino de Jamie.

—¿Jamie está bien?

—Sí, está bien.

—¿Y Tess?

En esta ocasión, Drake tardó más en contestar.

—También está bien, Damien.

—Drake…

—Está bien, solo alterada. Iba de camino a recoger a Jamie cuando un coche casi la atropelló. Pero se encuentra bien, ese no es el problema.

Damien contuvo el aliento, esperando a que su amigo prosiguiera.

—Unos cuantos testigos lo vieron todo, Damien. Aseguran que el coche se dirigía directo hacia Tess. Esto no ha sido un accidente.

Damien se estremeció.

—Se encuentra bien —repitió Drake—. Está aquí conmigo. Deja que la ponga al teléfono.

—Estoy bien, Damien —dijo Tess. Le faltaba el aliento, o quizá estaba dolorida o asustada, o puede que todo a la vez—. He llamado a tu padre y ha venido a recoger a Jamie. Gracias a Dios no estaba conmigo.

—¿Qué ha pasado, Tess?

—No lo sé, todo ha sido muy rápido —respondió con voz temblorosa—. Caminaba por la acera cuando de pronto apareció un coche. Me aparté de un salto, pero… ¿Puedes venir aquí, Damien?

—Ya estoy de camino. Espérame, cariño —le dijo mientras avanzaba hacia el coche.

Kat y Gael lo siguieron. En sus caras no quedaba ni rastro del humor del que habían hecho gala hacía un momento. Damien vio cómo Gael tiraba el cono con las patatas fritas a una papelera cercana.

Colgó el teléfono y encendió el motor, esperando con impaciencia a que Gael pusiera el culo en el asiento antes de salir pitando de allí.

«Tess está bien, está bien».

«Pero ni de coña es una coincidencia».

El corazón de Damien palpitaba con fuerza en su pecho.

—¿Tess se encuentra bien? —preguntó Kat, que había estado lo bastante cerca para escuchar parte de la conversación.

—Eso creo, pero han intentado atropellarla. En cuanto lleguemos allí, me gustaría que cogierais el coche y fuerais a casa de mi padre. Por favor, quedaos con Jamie hasta que llegue.

Ambos asintieron con rapidez.

—Por supuesto.

Damien no dudó en enseñar las luces a los otros coches y saltarse dos semáforos en rojo para llegar más rápido. Vio a Drake de pie con otros dos gendarmes. Tras ellos había una ambulancia.

Damien dejó las llaves en el contacto y corrió hacia ella. Estuvo a punto de chocar contra Tess; un médico estaba ayudándola a salir de la parte trasera.

Sus ojos verdes destacaban en su rostro, un poco más pálido de lo normal.

—¡Tess!

La agarró de los hombros y la abrazó. La soltó con rapidez cuando ella se quejó de dolor en voz baja.

—¿Dónde te duele? —preguntó.

—Sobre todo, en el hombro —susurró—. Pero solo es un raspón que me he hecho con el asfalto. Por favor, no dejes de abrazarme.

Damien se percató de algo que tendría que haber notado antes: su brazo derecho estaba cubierto de gasas desde la mano hasta el hombro.

El médico que había tras ella bajó de la ambulancia. Damien y él habían coincidido antes. Le dio las gracias con efusividad.

—He limpiado la herida y le he dado una pomada antibiótica. Aun así, recomiendo que vaya a hacerse un chequeo mañana al hospital, por si acaso.

—Nada de hospitales —dijo Tess—. Quiero irme a casa.

Un par de minutos después, había firmado los formularios necesarios y la dejaron marchar. Juntos, vieron cómo se alejaba la ambulancia.

—¿Qué ha pasado, Tess? —preguntó Damien, confiando en que su voz no sonara tan temblorosa como parecía.

—Estaba pensando en otras cosas y ni siquiera vi el coche cuando giró la esquina. Solo cuando se acercó más me di cuenta de lo rápido que iba.

—¿Te fijaste en la matrícula? —dijo con voz ronca.

Por encima del hombro de Tess, vio cómo Drake ponía los ojos en blanco.

—La escribí para ti antes de apartarme de su camino… —replicó Tess.

—Lo siento —tartamudeó—. Solo me preguntaba si viste algo

especial en el coche.

—Era negro, uno de esos Porsche que tanto le gustan a la gente de por aquí.

«Un Porsche Cayenne».

En cualquier otro sitio habría sido un vehículo fácil de encontrar. Por desgracia, en Chamonix los había por docenas, tanto privados como de alquiler.

—Vi un número, un siete. Y era una matrícula de la zona, por si sirve de algo.

—Todo ayuda —dijo Damien, animándola—. ¿Alguien más vio algo relevante relacionado con el coche? —preguntó, mirando a Drake.

—*Madame* Riquier estaba paseando a sus perros. Lo presenció todo, pero por desgracia no llevaba las gafas. Coincide en que era un vehículo de color oscuro.

—Negro, era negro —confirmó Tess con firmeza—. El conductor era grande. No pude verlo bien, pero recuerdo una silueta grande al volante.

Damien se inclinó para quitarle una ramita del pelo rubio. Se dio cuenta de que su mano temblaba. Tess podría haber muerto. Otra vez.

Había sido muy laxo. Había preferido creer que el secuestro había sido un incidente aislado, que Tess y Jamie, simplemente, estaban en el momento y el lugar equivocados. Apretó los puños. Alguien quería hacer daño a su familia.

Tess parecía pensar lo mismo.

—Tengo miedo, Damien. Cualquier otro día habría estado con Jamie. Fue pura suerte que quisiera quedarse un poco más en el campamento con sus amigos. Le dije que iría a por un café y lo recogería más tarde. —Su labio superior tembló—. No entiendo por qué alguien querría hacernos daño.

—Vámonos a casa, Tess. Recogeremos a Jamie de camino.



Tess

Tess tembló al recordar el segundo en el que se había percatado de que el coche se dirigía directo hacia ella.

Había estado distraída, inmersa en el argumento de su novela, pensando en el momento en el que su protagonista por fin descubría que su padre no estaba muerto. Era un punto de inflexión importante en la historia, pero aún tenía que hilarlo todo junto para que al lector no le resultara demasiado obvio.

Estaba tan distraída que no vio el coche hasta que fue demasiado tarde. Tenía que agradecérselo a la suerte y a sus rápidos reflejos. También a la farola. Se había apartado de su trayectoria como un especialista en una película de acción, aunque en su caso no había nada blando para suavizar la caída. Solo el duro y rugoso asfalto.

Se encogió de dolor cuando intentó mover el brazo derecho. Bajo las vendas, su brazo y su hombro estaban en carne viva. Sentía la zona hinchada y sensible, un recordatorio constante de la suerte que había tenido de golpearse contra el suelo de la carretera. El impacto contra un coche de casi dos toneladas habría sido mucho peor.

El médico le había pedido que se untara la pomada antibiótica todas las tardes y le había recordado que debía hacerse un chequeo en el hospital al día siguiente por si acaso. Le sugirió que se lo tomara con calma.

«Es más fácil decirlo que hacerlo».

Tess se apoyó contra el respaldo del asiento del coche, retorciéndose en busca de una postura más cómoda.

—Llamar a John —dijo Damien. Momentos después, la voz del abuelo de Jamie surgió a través del altavoz del coche—. Tess y yo estamos en el coche, papá. Llegaremos a tu casa en quince minutos.

—¿Cómo está Tess? —preguntó John con cautela.

—Se encuentra bien. Podría haber sido mucho peor. ¿Qué tal Jamie?

—Está jugando con Gael. ¿Por qué no te vas con Tess a casa y cuidas de ella? Yo llevaré a Jamie a la hora de cenar.

—¿Seguro? —preguntó Damien, dubitativo.

—No lo perderé de vista, Damien —respondió John—. Y les pediré a Kat y a Gael que nos escolten hasta tu casa.

—Gracias, papá. Entonces nos vemos esta noche.

Tess se revolvió en el asiento y siseó de dolor.

—Llegaremos pronto, Tess —le aseguró Damien. Apretaba el volante con tanta fuerza que sus manos estaban blancas.

Cuando llegaron a casa, lo siguió hasta el umbral, pero no entró.

—Voy a cambiarme si no te importa —le dijo mientras señalaba su

camisa destrozada.

—Por supuesto. —Damien la miró con preocupación—. ¿Necesitas ayuda?

Tess sacudió la cabeza y se marchó. Entró en su pequeño estudio y consiguió cerrar la puerta blanca antes de colapsar en el suelo de madera con la espalda apoyada contra un costado de la cama.

Sus manos temblaban mientras las lágrimas se derramaban por sus mejillas. Era lo bastante inteligente para comprender lo que le estaba pasando: estaba sufriendo un *shock* retardado, pero saberlo no la ayudaba a dejar de temblar.

Su mente iba a mil por hora. Se estremeció al pensar que Jamie podría haber estado caminando a su lado. ¿Habría tenido la suficiente entereza —y los reflejos—para apartar al chico? La alternativa era inimaginable.

Enterró la cabeza en las rodillas y abrazó sus piernas. Durante mucho tiempo se limitó a permanecer así, solo concentrada en inspirar y espirar.

No oyó el golpeteo de los nudillos en la puerta, pero de pronto sintió la presencia de alguien más en el cuarto.



Damien

Damien nunca se había dejado dominar por el pánico en el trabajo. En los quince años que llevaba en el PGHM, se había ganado una reputación entre sus colegas por su comportamiento racional. Era algo que se esforzaba en mantener y que trataba de enseñar a los recién llegados; no durabas mucho en un trabajo así si no lo observabas todo con cierta perspectiva.

«Si pudieran verme ahora».

La verdad era que no estaba haciendo un gran trabajo, pero era imposible mantener la perspectiva cuando Jamie y Tess estaban involucrados.

Aunque sabía que Tess estaba bien, cada vez que parpadeaba, su mente reproducía una película en la que un enorme Porsche Cayenne la atropellaba. En su cabeza, su cuerpo rodaba sobre el capó del coche y se estampaba contra el gran limpiaparabrisas. La imagen era tan real que casi podía oír los huesos de su cuerpo quebrándose.

Damien cerró y abrió las manos.

Paseó por el salón y se quedó mirando al patio, al pequeño estudio de Tess. No había movimiento tras las cortinas.

«Probablemente, se está dando una ducha».

«Pero ha pasado mucho tiempo».

Sin pensarlo dos veces, atravesó las puertas del patio y se plantó en el jardín. Cubrió la distancia hasta el estudio con rapidez gracias a sus largas piernas. Luego, llamó suavemente a la puerta y esperó, contando los segundos.

«Uno… Dos… Tres».

Llegó hasta cinco antes de preocuparse y pensar que algo iba mal.

—¿Tess? —preguntó, golpeando con los nudillos de nuevo, esta vez más fuerte.

«¿Dónde está?».

Damien no vaciló al girar el picaporte; la puerta no estaba cerrada. La abrió con cautela, casi esperando que Tess le lanzara algo por entrar en su casa de esa manera.

Había preparado una disculpa. La tenía en la punta de la lengua, pero las palabras murieron cuando la vio sentada en el suelo con la cabeza entre las rodillas. Unos sollozos intensos y silenciosos sacudían su cuerpo; era evidente que no lo había oído entrar.

Damien se detuvo. La furia y el miedo lo poseyeron. Por un momento, no supo qué decir. Entonces Tess alzó la mirada con el pánico grabado en el rostro.

—Tess —susurró Damien, arrodillándose a su lado. La abrazó con cuidado de evitar las vendas de su brazo.

—Damien, lo siento. No te oí entrar. Estaba a punto de…

A Damien le pareció que trataba de poner una excusa.

—No pasa nada, todo va a ir bien. No voy a permitir que nadie te haga daño.

—No me han hecho daño. No de verdad. Es que no puedo dejar de pensar en… —Tess tironeó de su camisa destrozada con los dedos.

—Deja que te prepare un baño caliente —dijo Damien—. Lo haremos con cuidado para que el brazo y el hombro no toquen el agua. Después te sentirás mejor.

Sin esperar una respuesta, abrió el grifo y dejó que el agua se calentara para añadir un poco de gel de ducha. Miró la ligera espuma y deseó tener el jabón adecuado para poder prepararle un verdadero baño de burbujas. Aunque la idea de Tess semioculta bajo una nube de espuma se la puso dura como una roca, decidió apartar la imagen de su cabeza.

«Ahora no es el momento».

Damien la ayudó a quitarse la camisa. El aire se escapó entre sus dientes cuando vio las vendas que cubrían su hombro y envolvían su brazo hasta la muñeca. Estaba seguro de que sus pantalones ocultaban otros rasguños y moratones.

La ayudó a mantener el equilibrio sobre un solo pie y luego sobre el otro mientras le quitaba los vaqueros.

—Esto también se va fuera —dijo, tirando de sus bragas hacia abajo con reverencia. Captó un aroma leve, un olor que solo pertenecía a Tess. No había nada que deseara más que lamerla y chuparla hasta que se derritiera entre sus brazos.

«No, esto va sobre Tess».

«Tienes que cuidar de ella, no poseerla como un animal salvaje».

Pero eso no quería decir que no pudiera mirarla. Le encantaba la forma en que sus caderas emergían de su esbelta cintura, y los rizos rubio claro que ocultaban su clítoris. Sus tetas, senos coronados por hermosos pezones rosas, tenían el tamaño perfecto. Mientras la admiraba, los pezones de Tess se pusieron tan duros como puntas de palos de esquí.

Su respiración también se había vuelto trabajosa. Ella también se estaba excitando.

—Quizá podríamos olvidar el baño, Damien —susurró.

A pesar de que su polla seguía aumentando de tamaño, la voz de la razón se impuso.

«Cuida de ella».

—¿Y si entro contigo?

Tess miró la bañera, dubitativa.

—Me gustaría —dijo con timidez—. ¿Crees que cabremos los dos?

Damien se encogió de hombros. Nunca la había usado, pero le

parecía que sí; al menos si ambos se sentaban tan cerca como estaba pensando.

«Va a ser una tortura sentarse ahí».

«Pero esto no va sobre ti».

Damien se quitó el polo azul oscuro, los vaqueros y los bóxers. Dejó que la ropa se acumulara a sus pies y entró en la bañera. Sintió el calor en sus pies y espinillas. El agua estaba tan caliente que era casi desagradable, pero sabía que se enfriaría con rapidez. Mientras se sentaba, sintió que su polla y sus pelotas se encogían.

«Probablemente, eso sea bueno».

Se recostó contra uno de los extremos de la enorme bañera y apoyó una rodilla a cada lado. En contraste con el agua, las paredes de porcelana estaban frías.

—Vamos, entra —dijo, tirando con suavidad de la mano de Tess para ayudarla a superar el borde de la bañera.

Un rato más tarde, Tess estaba a su lado con la cálida espalda apoyada contra su pecho.

—Mmmm —gimió con suavidad.

Damien se aseguró de que tanto su brazo derecho como su hombro seguían fuera del agua y se relajó, recostándose contra la pared de la bañera. Tener a Tess entre los brazos iba más allá del placer sexual; lo hacía sentir completo, una sensación que no había experimentado hasta entonces.

Tess gimió de nuevo y Damien se fijó en su lengua rosada. Giró ligeramente las caderas, deseando que no se diera cuenta de cómo su polla reaccionaba a aquel sonido.

—No me había dado cuenta de lo tensa que estaba. —Al ver que no respondía, volvió a hablar—: Damien, ¿te encuentras bien?

Damien la apretó con fuerza y bajó la nariz hasta su pelo para inhalar su aroma límpido.

—Cuando Drake me llamó, me asusté tanto… —Su voz se quebró. Le pareció un sonido extraño, irreconocible.

Tess serpenteó en el agua y giró la cabeza hacia él.

—Oye —le dijo mientras posaba la mano en su mejilla áspera—. Estoy bien.

Damien asintió.

—Es que… pensar que casi te pierdo otra vez…

Tess posó los dedos en los labios de Damien para silenciarlo.

—Bésame —susurró.

Cuando sus labios se encontraron, se acallaron todas sus preocupaciones.

El beso de Tess era como el oxígeno para un hombre ahogándose. Actuando como tal, Damien se apretó contra ella como si le fuera la vida en ello. Sus alientos se entremezclaron y supo que nunca volvería

a ser el mismo. Ahora Tess era parte de él. Tenía que saber lo mucho que significaba para él.

Unas lágrimas descendían por las mejillas de Tess. Damien besó el líquido caliente y salado con reverencia.

Entonces ella introdujo la mano entre ambos, buscando su polla. Era incómodo —Damien nunca había intentado follar en una bañera y seguro que había sido por un buen motivo— y lo preocupó que sus vendas acabaran empapadas.

Se incorporó, la alzó con facilidad en sus brazos y ambos salieron de la bañera.

Tess, que aún lo estaba besando, se detuvo para tomar aire durante el tiempo suficiente para protestar.

—Fuera hace frío.

Damien rio. La dejó de nuevo en suelo para coger una enorme toalla del toallero y envolverla en ella. Luego, la volvió a levantar y se dirigió a la cama.

—¿Tú no vas a secarte? —preguntó.

—En un momento —respondió mientras la dejaba sobre el colchón con delicadeza, recordando sus heridas—. Pareces una mariposa a punto de emerger del capullo.

—¿Como una polilla, dices? —preguntó, pero sonreía.

Tenía los pezones erizados. Damien no sabía si era del frío o por la excitación; quizá ambas cosas. La frotó para secarla y usó la misma toalla con su propio cuerpo.

Las piernas de Tess parecieron abrirse solas mientras la mano de Damien buscaba su coño. Ya estaba mojada. Su polla se puso dura con solo pensar que era él quien la estaba haciendo sentir así.

Damien prefería tomarse las cosas con calma. Quería hacer honor a aquel cuerpo y que comprendiera lo importante que era ella para él, pero las caderas de Tess se alzaban de la cama y forzaban a sus dedos a presionar con más fuerza. Sintió que perdía el control.

—Quiero más —dijo Tess con impaciencia.

—¿Otro dedo? —bromeó.

Ella sacudió la cabeza. Sus ojos verdes echaban chispas.

—Tu polla.

Y entonces Damien estaba en su interior. El placer fue tan fuerte que pensó que iba a correrse en aquel mismo instante. Inhaló y exhaló con torpeza unas cuantas veces, deseando poder controlarse. Sintió el sexo de Tess palpitando y se dejó llevar.

Sin olvidarse de aguantar el peso de su tren superior y de no tocar su herida, Damien la penetraba. Tess correspondía a cada embestida. Sus piernas se enroscaban alrededor de su culo y sus caderas.

—Dios, Tess…

—Más, Damien, más —le suplicó.

El placer de Damien crecía. Estaba a punto de correrse y quería —no, necesitaba— que ella lo acompañara en el orgasmo.

La miró. Los ojos de la joven se dirigieron a su polla, que entraba y salía. Damien culebreó con la mano entre sus cuerpos para que pudiera ver lo que estaba haciendo. Su pulgar la encontró.

—¡Oh, Dios, Damien!

Acarició su clítoris con movimientos suaves, al ritmo de sus incesantes embestidas, incrementando el placer más y más. Justo cuando Damien pensaba que ya no podía seguir aguantándolo, oyó las palabras mágicas.

—Me corro —gimió Tess.

Fueron aquellas palabras, y la subsiguiente contracción de su sexo alrededor de su polla, las que lo llevaron al orgasmo. La embistió una vez más y descargó en su interior. La sensación fue tan fuerte que se preguntó si no se habría olvidado de ponerse el condón. Palpó con la mano y confirmó que el preservativo seguía en su sitio. Nunca había mantenido relaciones sin usar condón —ni con la madre de Jamie, ni con ninguna otra mujer—, pero no podía imaginarse nada más *sexy* que hacerlo a pelo con Tess. Y la idea de tener un hijo con ella…

«Esto no es sexo, es amor».

El rostro de Tess se relajó y adoptó una actitud de soñadora satisfacción. Damien experimentó un orgullo un poco excesivo por haber sido el responsable de provocarle esa expresión.

—Ya no me voy a ir nunca de aquí —dijo Tess, que movió los brazos para abrazarlo con fuerza.

Damien rio.

—Nunca, ¿eh?

Tess sonrió y lo besó en la boca, en el mentón, en el cuello. Damien sintió sus labios suaves y la aspereza de su piel. Trató de apartar su cara para que no hacerle daño con la barba incipiente, pero ella se negó a parar.

—Te quiero, Tess —susurró en su oreja. Aquellas palabras, tan poco familiares, le parecieron las correctas.

Sintió como ella se ponía tensa. Estaba a punto de asegurarle que no esperaba ningún tipo de respuesta por su parte cuando Tess acercó su propia boca a su oído.

—Yo también te quiero, Damien —susurró.

17



Tess

Tess despertó de la siesta con la impresión de que aún podría dormir doce horas más. No obstante, sabía que John iba a traer a Jamie a casa para cenar y no quería que el chico se preocupara por ella, así que se levantó.

Estiró el brazo con cautela y pensó en tomarse uno de los calmantes que le había recetado el médico. Sentía otra parte de su anatomía ardiendo de un modo mucho más placentero que aquella quemadura.

Tess enrojeció cuando recordó lo fuerte que se había corrido y al pensar en lo que había pasado después. Damien le había dicho que la quería. Y ella había respondido lo mismo.

No había sido un arrebato de felicidad postorgásmica; al menos, no para ella. Sabía que lo quería desde hacía mucho tiempo. Que él lo supiera también no la asustaba demasiado.

Se preguntó cómo se sentía al respecto.

«¿Lamentará haber pronunciado esas palabras?».

Se puso ropa interior limpia y se acercó al armario para buscar algo con lo que vestirse. Necesitaba prendas que no irritaran el raspón pero cubrieran la venda.

Al final, optó por un vestido de verano azul claro con mangas fruncidas que le llegaba hasta los codos. Las alpargatas de color *beige* la hacían sentir demasiado elegante, así que optó por unas sandalias naranja brillante.

Salió de su pequeño estudio y se dirigió a la casa principal para entrar a través de la puerta corredera del patio, que estaba abierta.

Damien le sonrió desde el otro lado de la cocina. Estaba atareado metiendo algo en el horno. Sus ojos la recorrieron de la cabeza a los pies.

—¿Qué tal te encuentras? —preguntó con una profunda voz de barítono que reverberó por su espina dorsal.

—Mucho mejor después de la siesta.

—¿Y el brazo?

Tess resistió el impulso de girar el hombro.

—Está bien. ¿Quizá podría tomar uno de esos calmantes?

Un segundo después, Damien estaba a su lado con un vaso de agua y una pastilla. Cogió el medicamento, le dio las gracias y lo engulló con un sorbito de líquido.

Damien volvió al área de la cocina.

—Estoy haciendo arroz frito. Y de postre, un *cobbler* de melocotón.

«La verdad es que podría acostumbrarme a comer así».

Tess se dio cuenta de que estaba hambrienta. Le encantaba el arroz frito que preparaba Damien, cocinado con cantidades copiosas de salsa de soja.

El portátil de Damien, que estaba sobre la encimera, emitió un pitido, y este miró la pantalla.

—Mierda —jadeó—. Lo siento, aún no hemos podido identificar el coche —le explicó.

Por su expresión, Tess dedujo que debía de ser como encontrar una aguja en un pajar.

Sonó el timbre.

—Ahí está Jamie —comentó Tess, y se dirigió hacia la puerta. El chico corrió dentro y la abrazó con fuerza.

—¡Tess!

—Tranquilo, colega —dijo Damien, retirando los brazos del niño de su cintura.

—¿Estás bien, Tess? —preguntó John. Sus ojos profundos, circundados de arrugas, denotaban una gran preocupación.

—Lo estoy —contestó ella sonriendo.

—Te veré mañana, Jamie —prometió John.

—Vamos a cenar pronto, papá. ¿Por qué no te quedas a comer con nosotros?

—Lo haría, pero hoy he quedado para cenar con Sebastian y Kris.

Tess sonrió. En el mundo de John, «cenar» era una palabra en código para referirse al póker. Dudaba que aquellos hombres fueran a cenar mucho.

Damien salió de la casa.

—Quédate dentro y echa la llave a las puertas. Volveré enseguida. Voy a hablar con Gael y Kat.

Un par de minutos después, Gael y Kat terminaron su turno y se fueron. Un coche patrulla pasaría por delante de la casa de Damien más tarde, por la noche, para confirmar que todo iba bien.

—Jamie, lávate las manos y vuelve para poner la mesa, por favor —dijo Damien. Jamie corrió hacia el baño.

—¿Cómo puedo ayudar? —preguntó Tess.

Damien arrastró el taburete que tenía al lado con el pie.

—Siéntate y descansa, Tess. Hoy nos encargamos nosotros.

Le ofreció un vaso de agua de limón con gas. Era su sabor favorito y sus ojos se llenaron de lágrimas cuando se dio cuenta de que Damien había prestado atención a aquel detalle.

—Oye, ¿qué pasa? —La expresión preocupada de Damien la hizo llorar aún más. Se limpió las lágrimas con rapidez, miró hacia donde había desaparecido Jamie e inspiró profundamente dos veces hasta que sintió que recuperaba el control.

—Estoy bien.

Justo entonces Jamie volvió corriendo al salón con cocina integrada.

—¿Tienes las manos limpias? —preguntó Damien.

Jamie las alzó en el aire, como si su padre tuviera delante un medidor de limpieza.

—Inmaculadas —confirmó Damien—. Por favor, coge los salvamanteles.

Jamie colocó tres sobre la mesa y luego sacó cubiertos y servilletas del cajón. Los platos estaban demasiado altos para que pudiera alcanzarlos, así que Tess se los acercó, junto con tres vasos, que le fue dando uno a uno. Por fin, el chico se quedó admirando la mesa. Tess lo vio contar con cuidado para asegurarse de que no faltaba nada.

—Excelente trabajo, cariño —dijo Tess, alborotándole el pelo con ternura.

—¿Puedo tomar un poco? —preguntó Jamie mientras se encaramaba al taburete que había junto al suyo y alargaba la mano hacia el vaso.

Tess se lo permitió.

—Mmmm —dijo el chico, relamiéndose.

—Oye, hijo —empezó Damien. Hablaba de forma desenfadada, pero había algo en su tono que Tess no supo identificar. Levantó la mirada. Damien no estaba fijándose en ella. Daba vueltas a las verduras en el wok, pero tenía la vista clavada en Jamie—. ¿Te parecería bien si le pidiera a Tess que durmiera en casa con nosotros?

«¿Qué estás haciendo, Damien?».

Jamie miró a su padre.

—¿Está asustada por lo del coche? —preguntó. Tess se preguntó dónde habría oído hablar del accidente. Probablemente, habría escuchado a John, Gael y Kat discutiendo el tema.

«Un chico espabilado».

—No, no está asustada. No hay nada por lo que asustarse, pero dormiré mejor sabiendo que está cerca de nosotros.

Jamie asintió con seriedad.

—Así podemos cuidar de ella.

—Así podemos cuidar de ella —confirmó Damien. Inhaló una profunda bocanada de aire—. No solo por esta noche. Me gustaría pedirle a Tess que se mudara con nosotros. ¿Qué opinas, colega?

Tess observó la expresión de Jamie con mucha atención y de pronto comprendió por qué Damien había esperado hasta que ella estuviera allí antes de hablar con el chico. Quería que viera su reacción de primera mano.

El rostro de Jamie se iluminó y exhibió una amplia sonrisa.

—Por supuesto, papá. Ella es parte de la familia. Eso ya lo sé.

Tess sintió que las lágrimas volvían a cubrir su rostro.

—¿Tess? —preguntó Jamie, inseguro.
—Estoy bien, Jamie.
—Pero estás llorando.
—Lo estoy, pero son lágrimas de felicidad.
—Ah, vale —dijo el chico. Parecía una copia idéntica de su padre —. ¿Dónde va a dormir, papá?

Damien clavó los ojos en Tess, que no podría haber apartado la mirada ni aunque lo hubiera intentado. Cuando respondió, lo hizo con voz suave:

—Me gustaría que durmiera en mi cuarto, conmigo.

La expresión del niño volvió a tornarse seria.

—Tiene sentido. Tu cama es más grande que la mía.

Damien rio.

—Pero ya sabes que todavía puedes venir a nuestra cama cuando quieras.

«Nuestra cama».

Los ojos de Damien plantearon una pregunta y la respuesta era un sí rotundo. Tess quería saltar a sus brazos y gritar desde los tejados, pero se conformó con asentir en respuesta.

—La cena está lista. Pasadme los platos —dijo Damien, que sirvió una ración generosa de arroz en el primero de ellos.

18



Damien

Cuando Jamie se durmió, Damien y Tess hicieron de nuevo el amor, esta vez con delicadeza. Acabaron conciliando el sueño en los brazos del otro.

Por la mañana, ayudó a Tess a trasladar algunas cosas a su cuarto; a partir de ahora, el de ambos. Tess aún utilizaría el estudio para escribir, pero por la noche dormirían juntos.

Era sábado, así que Jamie no tenía campamento de verano. Eso facilitaba a Damien pedirles que, por favor, se quedaran en casa. Aún no habían encontrado ni rastro del Porsche y no quería que fueran a ninguna parte hasta que tuvieran más información sobre quién estaba tratando de hacer daño a Tess.

El padre de Damien se había ofrecido a pasar el día: Jamie y él iban a fabricar una caseta para perros en el jardín. No pensaba preguntarles para quién era la caseta; cruzaría ese puente cuando llegara a él.

Tess prometió que se quedaría en casa; le aseguró que quería avanzar con su escritura. No estaba seguro de si seguía asustada o solo lo decía para tranquilizarlo.

En cuanto llegó a la oficina, Jens y Drake lo siguieron dentro del despacho. Ninguno tenía aspecto de haber dormido mucho, y Damien se sintió culpable.

—¿Ha habido suerte? —preguntó mientras se quitaba la cazadora. A juzgar por los ceños fruncidos de ambos hombres, ya sabía la respuesta.

—Aún tenemos que revisar una lista de más de ochenta coches. —Drake se aclaró la garganta—. Pero hace quince minutos llegó algo. Una carta.

Damien dejó lo que estaba haciendo y clavó la mirada en ellos.

—¿Una carta?

—Para ti, *commandant*. Llegó dentro de una caja más grande, y la propia carta envolvía una roca. Los del equipo de correos la abrieron y la llevaron al laboratorio, pero tengo una copia para ti.

Damien cogió la fotocopia. La caligrafía era torpe y grande, casi infantil.

«Hace cinco años, tú me arruinaste la vida. Ahora voy a hacerte lo mismo a ti. Tus seres queridos nunca estarán a salvo».

Damien dio la vuelta a la hoja, olvidando que se trataba de una fotocopia.

—No había nada más, Damien, solo esas tres frases —confirmó Drake con cautela.

Se sentó frente al escritorio con el papel todavía en la mano. Su corazón se aceleró mientras releía la carta. Había recibido amenazas antes; no muchas, pero alguna, sí. Ninguna había terminado significando nada. Pero esta parecía distinta. Era demasiada casualidad que llegara tan pronto después del accidente de Tess; ambas cosas tenían que estar relacionadas.

—Ayer pensamos que tal vez el billonario ruso te la tenía jurada, pero resulta que se subió a un avión poco después. No piensa volver nunca a Francia y está pensando en demandar al gobierno por publicidad engañosa —dijo Drake—. Y ahora, con la mención de algo que pasó hace cinco años…

—Dile a Isolde Durant que venga, por favor.

Drake abandonó la oficina tras un rígido asentimiento que a Damien le recordó el pasado castrense de su amigo. Jens se quedó allí, mirándolo con compasión.

—Este asunto está empeorando. Voy a llamar al equipo. Nos reuniremos en la sala de conferencias en una hora, pero me gustaría que me hicieras un favor. Ve a casa y quédate con Tess y con Jamie hoy.

Jens asintió y flexionó sus grandes músculos.

—Me convertiré en su sombra, *commandant*.

Damien llamó a Tess para informarla de que Jens iba de camino e insistir en que se quedaran en casa. En cuanto colgó, vio que Drake conducía a una joven voluptuosa al interior de su oficina.

«Qué rapidez».

No debería de haberlo sorprendido, pues la oficina de Isolde Durant se encontraba en la última planta del edificio. Damien la había visitado; las ventanas eran grandes, con unas vistas espectaculares del Mont Blanc. Al parecer, el paisaje animaba a los pacientes de la doctora Durant a abrirse a ella.

—*Commandant* —habló Isolde, respetuosa.

—Gracias por venir, doctora Durant.

—Isolde, por favor —replicó con rapidez.

—Por favor, siéntate, Isolde. ¿Drake te ha puesto al día?

—Solo me ha contado lo básico, pero me gustaría escuchar el resto de ti —le dijo mientras se giraba para ver dónde se encontraba Drake. El hombre miraba por la ventana, con la espalda recta como un poste. Damien recordó que ambos se conocían de antes y no se llevaban demasiado bien.

Durante los siguientes tres minutos, le explicó a la psicóloga policial todo lo que había ocurrido hasta entonces.

Isolde se sentó con las manos entrelazadas, escuchando muy concentrada. Por fin, empezó a hablar. El tono de su voz resultaba tranquilizador.

—Con todos los respetos, *commandant*, no creo que pueda ser de mucha ayuda. Soy una psicóloga de la policía, no elaboro perfiles criminales. —Sus manos rotaron hacia dentro, hasta apuntarse a sí misma. La mirada de Damien la siguió y se detuvo en sus pantalones negros, que había combinado con una blusa azul pálido y una chaqueta negra que no ayudaba a disimular sus generosas curvas. Su atuendo lo completaban un par de zapatos de tacón de cuero negro y aspecto profesional.

Damien la miró a los ojos, que eran de color miel.

—Lo sé. Vamos a intentar que venga un creador de perfiles de Annecy en cuanto sea posible. —Bajó la voz—. Lo que te pido es un favor personal. Me gustaría oír tu opinión sobre la carta. Mi equipo y yo necesitamos toda la ayuda que podamos conseguir. Por favor, Isolde.

—De acuerdo —accedió. Con el pie, empujó hacia Drake la otra silla para invitados. Este pilló la indirecta y se sentó también—. Coincido contigo en que es mucha coincidencia que esto llegue justo después del incidente del que me acabas de hablar. El que ha escrito esta carta está enfadado.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Damien—. ¿Es por el trazo irregular?

—No soy grafóloga —advirtió, sacudiendo la cabeza. Sus rizos castaños se sacudieron en el aire—. Te acusa a ti, específicamente, por algo que ocurrió hace cinco años. Algo que arruinó su vida. Sin saber lo que es, resulta difícil…

—Drake, he pedido al equipo que se reúna para una videoconferencia en menos de cuarenta minutos. Pídeles que busquen todos los informes de esa época, por favor.

Drake afirmó con rigidez y abandonó el cuarto.

—¿Qué más?

—Es muy personal, pero eso ya lo sabes. No solo porque la carta esté dirigida a ti, sino por la propia elección de palabras. —Isolde releyó la carta, poniendo el énfasis en ciertos puntos—: Hace cinco años, «tú» me arruinaste la vida. Ahora voy a hacerte lo mismo a «ti». «Tus» seres queridos nunca estarán a salvo.

Damien se pasó la mano por el pelo.

—Tengo que encontrar al autor, Isolde. Jamie y Tess significan más para mí que mi propia vida. No puedo permitir que les hagan daño. ¿Qué harías tú en mi lugar?

—Lo que haría es lo siguiente, Damien, y recuerda que se trata de una recomendación personal. No estoy en posición de darte una opinión profesional. Repasaría todos tus casos desde hace seis años hasta hace cuatro, para tener un poco de margen. A veces, la gente tiene una percepción algo distorsionada del paso del tiempo. El autor

de la carta ha usado el verbo «arruinar», así que buscaría casos en los que alguien muriera o fuera herido de gravedad: un niño, un adulto. Podría ser incluso una mascota.

Lo que decía Isolde tenía sentido.

—Y mantendría la vigilancia constante sobre tu novia y tu hijo. No hace falta que te diga lo inestable que parece esta persona.

—Gracias por la ayuda, Isolde.

La joven se levantó y alisó su ropa.

—Dime si puedo ayudarte con algo más.



Damien recorrió la sala de conferencias con la mirada. Allí estaban sentados Drake, Kat, Gael y Hiro, estudiando los documentos de los casos.

En el centro de la enorme mesa había tres pilas —una grande e inestable todavía por revisar y dos más pequeñas: la primera, con casos que no encajaban con lo que estaban buscando, ya fuera porque nadie había resultado herido o porque Damien no se había visto involucrado de forma directa; y la segunda, con documentos que merecían ser analizados con más detenimiento.

Habían recibido ofertas de ayuda de otros equipos, pero Damien pensaba que era mejor limitarse a su propia gente por el momento. Aunque Kat y Gael no habían formado parte de su grupo hacía cinco años, estaban acostumbrados al trabajo que llevaban a cabo en el equipo de búsqueda y rescate. Al contrario que el resto del personal, estaban familiarizados con sus casos y sabían cuáles suponían mayor o menor riesgo.

Damien dejó el documento que había estado mirando en la pila de descartados y se paseó por la sala de conferencias. Él era teniente cinco años atrás. Trabajaba codo con codo con Drake, Jens y otros compañeros que, desde entonces, habían dejado el departamento de policía o se habían convertido en instructores del PGHM, como su viejo comandante. Miró a Bailey, que estaba tumbada a los pies de Hiro. Hacía cinco años ni siquiera había nacido.

Apretó los puños. Era como buscar una aguja en un pajar. El PGHM de Chamonix realizaba más de mil doscientas actuaciones al año. Su propio equipo se encargaba de más de cuatrocientas.

—*Commandant?* —dijo una voz. Damien alzó la vista y vio al coronel Pelegrin asomando la cabeza a través de la puerta. Abandonó la sala para hablar con su jefe.

—Coronel —lo saludó con formalidad.

—¿Necesitas algo, Damien? —preguntó su superior. Eso le recordó

lo afortunado que era por estar tan bien acompañado en su trabajo.

—Aún estamos revisando los archivos. Le informaré de lo que hayamos encontrado, coronel.

—¿Y hay alguien con tu hijo?

—Jens Melkopf está con él —respondió Damien. Había hablado varias veces con Jens desde que había llegado a su casa; no iba a correr ningún riesgo.

—Bien, bien. Si podemos hacer algo para ayudar, dínoslo. Por favor, concéntrate en este asunto. Los otros dos equipos están informados de la situación y se encargarán de cualquier labor de rescate que surja hasta nuevo aviso.

—Gracias, señor —dijo Damien.

Volvió a la sala de conferencias, donde ahora era Kat la que daba vueltas por la habitación. Había palidecido.

—¿Kat? —preguntó Damien con preocupación—. ¿Te encuentras bien?

—Lo siento —contestó, mirándolo a los ojos—. Es que… Es difícil pensar en todas las veces que hemos perdido a alguien. Intentas dejarlo a un lado en tu día a día, pero enfrentarte de pronto a ellos ahora, a todas esas personas a las que hemos fallado…

Damien la agarró del brazo.

—Oye. Hemos salvado a cientos de personas cada año. Es duro perder a algunas, pero piensa en toda la gente que hoy no estaría aquí si no fuera por nosotros. —Señaló la pila de rescates que habían culminado con éxito.

Un instante después, Bailey también se levantó y se puso a lamer la mano que Kat tenía libre. La perra era perspicaz. Kat sonrió y le acarició el pelo con afecto.

—Seguiré trabajando. Solo necesito un minuto —comentó, librándose con delicadeza de su mano.

—Tómate tu tiempo, Kat —dijo Damien.

Se dio cuenta de que Drake lo estaba mirando desde el otro extremo de la sala con la mandíbula apretada.

—¿Qué has encontrado, Drake?

—Aún nada. Hay demasiados casos. Necesitamos reducir la búsqueda.

Cinco horas más tarde, la pila de casos apartados para estudiar con más detalle se había vuelto sustancialmente más grande.

Kat tiró de su coleta, que llevaba recogida en una cola de caballo.

—Estos son casos en los que hay mujeres o niños involucrados —dijo, y tragó saliva con fuerza—. En todos ellos un padre o un marido siguió con vida.

Damien se frotó el pelo. Tenía que volver a casa con Jamie y Tess, pero no quería dejar las cosas así, sin expectativas de resolverse. De

pronto, tuvo una idea.

—¿Cuántos de esos rescates involucraron víctimas locales?

—¿Víctimas locales? —repitió Hiro. A sus pies, Bailey sesteaba.

—La matrícula del coche tenía el código del departamento de Alta Saboya. El secuestrador pudo alquilarlo o robarlo, pero supongamos que fuera suyo. Si es de aquí, podemos ignorar todos los rescates que involucren visitantes y turistas.

Hiro tomó la pila de documentos y se sentó en el suelo. Bailey lo siguió con la mirada durante un momento y luego volvió a cerrar los ojos.

—Vale la pena intentarlo.

Abrió un caso tras otro, esta vez fijándose en la dirección de la víctima. Recorrió la montaña mecánicamente y, tras diez minutos, la había reducido a solo nueve casos.

—Podría ser uno de estos. Son locales y las víctimas fueron mujeres o niños. —Tragó saliva con fuerza—. En todos hubo al menos una persona a la que no pudimos salvar.

—Vamos a revisarlos, Hiro, por favor. —Damien miró a Kat, Gael y Drake—. Quizá deberíais dar una vuelta.

—No vamos a ir a ninguna parte, Damien —Drake gruñó. Todos se acercaron más.

Hiro se estiró y apoyó la espalda contra la pared. Cogió el primer caso con ambas manos, con cuidado y mucho respeto.

—Junio, hace cinco años —empezó—. Hubo un incendio en una zona de acampada. Otro campista pidió ayuda por móvil, pero cuando llegaron los bomberos, la tienda había sido pasto de las llamas. Una madre murió junto con sus dos hijos.

—Recuerdo esa noche —comentó Damien. Cerró los puños con fuerza—. No había mucho que pudiéramos hacer, excepto mantener a los mirones a raya y esperar a que los médicos certificaran las defunciones.

—¿Estaba el padre allí? —preguntó Kat.

—No recuerdo ningún padre.

Hiro hojeó el resto del caso.

—No se menciona al padre en ningún momento.

—Una familia entera murió esa noche… —Damien sintió que se mareaba. Se apoyó en la mesa para estabilizarse. Odiaba perder a cualquier persona, pero, desde que se había convertido en padre, la muerte de un niño lo afectaba más de lo que podía expresar con palabras.

—Tenemos que descubrir si había un padre y dónde vive ahora —dijo Damien.

Hiro dejó la carpeta en el suelo con suavidad y cogió la siguiente.

—Un accidente de helicóptero. Una familia de cuatro fallecida

junto con el piloto.

Damien sacudió la cabeza.

—Recuperamos el aparato, pero no pudimos hacer nada por las personas que había dentro. Murieron en el impacto.

—Tenemos que buscar algo más personal —dijo Gael, enseñando los dientes—. Un rescate en el que tú estuvieras involucrado personalmente, «jefe».

Hiro cogió el siguiente caso. Su nuez subió y bajó antes de empezar a hablar. Damien no estaba seguro de querer oírlo.

—Marzo, hace cinco años. Un niño se perdió en las montañas. La búsqueda se prolongó durante varios días. El chico estaba muerto cuando lo encontramos.

Damien asintió. Recordaba bien aquel caso. El helicóptero había encontrado una cazadora, pero no era del color correcto, así que la habían ignorado en las primeras pasadas. Solo más tarde, cuando volvieron, se dieron cuenta de que la cazadora estaba dada la vuelta; lo que habían visto desde el helicóptero era el forro naranja. Buscaron por la zona concienzudamente, pero ya era demasiado tarde.

Damien trató de bloquear el sentimiento de culpa. Todos lo pasaron mal con aquello. Incluso ahora, tras varios años, recordarlo lo hacía experimentar de nuevo el dolor. Todos estaban exhaustos y encontrar al niño muerto por congelación había sido uno de los peores momentos de su vida. Uno que había amenazado con destrozarlo, tanto a él como al resto del equipo.

—Tenemos que hablar con sus padres —afirmó, tomando nota.

—Lo siento. Tengo que estirar las piernas antes de seguir —dijo Kat, abandonando la sala. Todos vieron las lágrimas en sus ojos e hicieron esfuerzos por ignorarlas.

—Necesitamos un descanso —coincidió Gael. Le ofreció la mano a Hiro para ayudarlo a incorporarse.

—Haré que un agente se ponga en contacto con estas familias —dijo Hiro. Llevaba en la mano los casos que habían separado.

—Por favor, asegúrate de que la doctora Durant también tiene una copia. Me gustaría oír su opinión.

—Iré a preguntarle ahora mismo —aseguró Drake, asintiendo con rigidez. Luego, en voz más baja, añadió—: Damien, vamos a encontrarlo.

No había otra opción; Damien tenía que encontrar a ese hombre para que su familia estuviera a salvo.

19



Tess

«Doscientas cuarenta y ocho».

Ese era el total de palabras que Tess había escrito tras pasarse todo el día frente al escritorio.

«A este ritmo, terminaré la novela en algún momento de la próxima década».

A primera hora de la tarde se dio por vencida y fue a buscar a Jamie y a John al edificio principal.

Atravesó la puerta corredera y se sorprendió al ver a un hombre corpulento junto a la pila de la cocina; se relajó al ver que era Jens, el compañero de trabajo de Damien. El vaso que sostenía parecía pequeño en sus enormes manos.

No conocía bien a aquel hombre, solo sabía que era el médico del equipo, además de un especialista en rescates.

—Hola, Jens. —Su voz sonó temblorosa y se odió por ello.

Su enorme cuerpo se relajó mientras se apoyaba en la encimera de la cocina. La cara de Jens estaba compuesta por líneas fuertes y elegantes, desde su nariz aguileña a su bien formado mentón, pero sus ojos castaños eran cálidos y amables. Parecía comprender que, para Tess, su presencia allí era un recordatorio de que no estaba a salvo.

«Tengo miedo».

Admitirlo le hizo sentir alivio. Llevaba luchando contra ello desde la noche anterior, tratando de escribir como si tal cosa, pero quizá estaba bien tener miedo. No pasaba nada por no poder encadenar dos palabras juntas o por no poder pensar siquiera en el trabajo. Alguien había intentado matarla.

Rodeó la pila y se quedó junto a Jens mientras se servía su propio vaso de agua. Una de las cosas que le encantaba de vivir en Chamonix era que el agua del grifo estaba siempre fría y sabía bien durante todo el año. Bebió un par de sorbos de prueba; cuando confirmó que su estómago no se contraía, apuró el resto del vaso.

Se percató de que Jens la estaba mirando.

—¿Cómo lo llevas? ¿Quieres que te cambie las vendas del brazo? —preguntó.

«Así que también sabe lo que ha pasado».

—Damien me las cambió esta mañana. Tenía buena pinta. Pero gracias. No puedo salir, ¿no?

Jens sacudió la cabeza, disculpándose.

—Lo siento, no. A menos que alguien vaya contigo, y no puedo estar en dos lugares al mismo tiempo.

—Lo entiendo, no pasa nada.

Solo que sí pasaba. No era algo que Tess pudiera explicar; era escritora, había pasado varios días sin salir de su cuarto antes. Pero desde hacía unos meses se había acostumbrado a ir a dar un paseo, nadar o correr cada mañana, y no poder salir de casa le parecía… agobiante.

—Podemos hablar con Damien cuando vuelva. Ha llamado hace unos minutos para decirme que estaba saliendo de la oficina. Debería llegar pronto.

—Tienes que estar deseándolo. Se acabó el hacer de niñera.

Jens frunció el ceño.

—Manteneros a Jamie y a ti a salvo no es hacer de niñera.

«¿Por qué he dicho algo así?».

—Lo siento —murmuró sin convicción—. No sé por qué he dicho eso.

Jens dejó de fruncir el ceño.

—No pasa nada.

Antes de que pudiera seguir avergonzándose a sí misma, se acercó al niño y a su abuelo. Ambos estaban en el suelo, rodeados de piezas de Lego de todas las formas y colores.

Jamie mantenía una expresión de intensa concentración, como siempre que estaba inmerso construyendo algo. Ni siquiera se dio cuenta de que Tess estaba allí.

Al principio, cuando llegó a Chamonix, había pasado horas *googleando* los mejores métodos para organizar las piezas, buscando un sistema para que no estuvieran tiradas por el suelo, pero que permitiera a Jamie encontrarlas cuando quisiera.

Nada había funcionado. Jamie prefería tenerlas en un cubo grande y le daba la vuelta cuando empezaba a jugar. Tess encontraba fascinantes las complejas creaciones que era capaz de construir con solo cinco años.

Lo había observado mientras trabajaba: pasaba varios segundos, a veces hasta un minuto entero, tratando de encontrar la pieza idónea. Ahora comprendía que no era tiempo perdido; mientras buscaba, su mente iba planeando los siguientes pasos de la construcción. Ella hacía exactamente lo mismo cuando se sentaba a escribir: tenía una vaga idea de a dónde se dirigía, pero los detalles solo tomaban forma cuando estaba inmersa en el libro.

Así pues, había renunciado a arreglar el sistema que seguía Jamie; no había nada que arreglar, en realidad, y las piezas de Lego eran bastante sencillas de ordenar en los cubos cuando terminaba de jugar.

—Hola, Jamie. Hola, John —saludó. Ambos apartaron la mirada de los Lego.

John le guiñó un ojo.

—Vas a tener que ayudarme a levantarme —dijo con su voz

cascada.

—Claro. Solo tienes que avisarme cuando quieras levantarte —replicó Tess riendo.

El hombre la miró durante un momento demasiado largo; a Tess le pareció que la estaba evaluando. Le caía bien el padre de Damien. Sabía que ambos habían tenido una relación complicada, pero John siempre la había tratado con amabilidad y era obvio que adoraba a Jamie.

Sin embargo, de un tiempo a esta parte, se sentía incómoda en compañía del hombre; le parecía que le ocultaba un secreto.

«Ha sido desde que has empezado a dormir con su hijo».

Por supuesto, la cosa no iba con John. Tenía que ver con ella y con la incertidumbre que rodeaba su relación con Damien.

«Me ha pedido que me mude a la casa principal».

«Se podría decir que le ha confesado a su hijo nuestra relación».

«¿Eso significa que ahora soy su novia?».

Era una conversación que tendrían que mantener, pero creía que era ridículo pensar en esas cosas cuando había alguien ahí fuera intentando matarlos.

—Yo también ayudaré, abuelo —dijo Jamie con seriedad—. Pero antes mira la cola del camaleón. Tiene una luz para ver por dónde va.

Tess oyó el ruido de un coche y se acercó a la ventana.

—Por favor, Tess, aléjate de ahí —la aconsejó Jens, cortante. De pronto, estaba a su lado. Ni siquiera lo había oído moverse—. No pasa nada, es Damien. Ya ha llegado.

20



Damien

En cuanto posó la mirada sobre Tess, supo por su expresión tensa que no lo estaba llevando bien.

Físicamente, no había motivo de preocupación. Las heridas que se había hecho el día anterior no eran graves y se estaban curando bien. Jens le había dicho que todo había permanecido tranquilo durante el día.

Damien le habría confiado su vida a su compañero. Puede que fuera la persona más sobrecualificada de todo su equipo: era médico y, además, había formado parte de las fuerzas especiales alemanas durante diez años antes de unirse al PGHM. Sabía que cualquiera que intentara hacer daño a Jamie o a Tess, mientras Jens estuviera con ellos, lo pagaría muy caro; igual que sabía que, de ser necesario, sacrificaría su vida para protegerlos.

Emocionalmente, sin embargo, podía entrever que Tess estaba exhausta. Por la forma en que miraba la puerta, supo que necesitaba salir.

Antes de que su padre se marchara a casa, le preguntó si le importaría quedarse con Jamie la mañana siguiente sabiendo que accedería. Jens se había ofrecido a volver también, pese a que era sábado y tenía el día libre.

El propio Damien había pasado media noche revisando con cuidado más casos antiguos con la esperanza de que alguno refrescara su memoria.

Nunca había visto a Tess sonreír tanto como cuando le dijo que tendrían la mañana para ellos solos.

—Es genial, Damien —dijo, mirando las paredes de la cueva de hielo de Mer de Glace. Eran los únicos allí dentro; habían cogido el primer tren, pues Damien sabía que más tarde el lugar estaría a rebosar de gente—. Había leído sobre ello, pero no me imaginaba que fuera un lugar tan tranquilo —admitió.

A pesar de que había estado muchas veces en la cueva, ahora la veía a través de sus ojos: las espesas capas de hielo, tan denso que parecía azul, y el silencio plomizo del glaciar. Incluso las esculturas horteras de animales y objetos que rehacían todos los años ahora le parecían casi adorables.

Aunque sonara muy cursi y no fuera algo que estuviera dispuesto a decir en voz alta, Tess era sin asomo de duda la cosa más bonita de toda la cueva.

—Lo primero que hacen casi todos los visitantes al llegar a Chamonix es subir aquí. En cambio, la mitad de la gente que vive en

la ciudad nunca ha venido —le dijo sonriendo.

—Tendré que decírselo cuando bajemos —respondió Tess mientras se calaba el gorro de lana por encima de las orejas—. Brrr… Hace mucho frío aquí. Pensé que estabas loco cuando sugeriste que trajera guantes y gorro, pero me alegro de haberte hecho caso.

Poco después, salieron de la cueva y ascendieron las escaleras que los llevarían de vuelta a la estación del teleférico.

Damien tomó la mano enguantada de la muchacha, la atrajo hasta su rostro, la besó con delicadeza y sopló sobre sus dedos para que entraran en calor. Tess se fundió con él en un abrazo.

—Oye, guárdatelo para más tarde o no podré subir todos esos peldaños. ¡A ver si puedo ganarte en una carrera hasta arriba!

Ella subió las escaleras de tres en tres y Damien se detuvo un momento para disfrutar de la vista. Su abrigo corto y sus *leggings* negros resaltaban la forma de su culo. Juntos atravesaron el escalón que marcaba el nivel donde nacía el glaciar en 1990 y prosiguieron el ascenso. Casi habían llegado arriba cuando sonó el teléfono de Damien. Era Drake.

—Gray —contestó Damien.

—Solo quería ponerte al día con respecto a los casos que separamos ayer. Tres de las familias se mudaron tras el incidente; dicen que no han vuelto desde entonces. Lo estamos comprobando con la policía local, pero hasta ahora dicen la verdad.

—¿Y qué hay de los otros?

—El agente localizó a una familia en el hospital. La madre acababa de dar a luz a un niño.

—Así que no son ellos.

—Aún estamos tratando de encontrar a los otros dos, y también a los de los casos que nos entregaste anoche. No parece que hayas dormido mucho, jefe.

Damien tuvo que darle la razón. Estaba agotado. Su mente se quedó en blanco durante un instante. Luego, se obligó a concentrarse en lo que le estaba diciendo Drake.

—… reunión con la doctora Durant en una hora para revisarlos juntos.

—Gracias, Drake. Iré a la oficina después de comer.

—Entonces te informaremos cuando vengas.

Damien cortó la llamada. Cuando se giró, se encontró con Tess, que lo miraba con expresión cansada.

—¿Va todo bien?

Él sacudió la cabeza.

—No hay novedades de momento, Tess, pero te aseguro que vamos a arreglar esto.

Ella asintió.

—Me lo creo, Damien, de verdad. Es solo que… nunca antes me había sentido así. Es como tener la espada de Damocles pendiendo sobre mi cabeza. Sobre la cabeza de Jamie. ¿Podemos irnos a casa, por favor? —le preguntó, temblando.

—Podemos coger el tren y estar en casa en…

El teléfono sonó otra vez y volvió a contestar creyendo que sería su compañero de nuevo, que había olvidado algo, pero escuchó la voz de su padre.

—¿Damien? —Sonaba dubitativo y sin resuello. El estómago de Damien se encogió. John nunca dudaba de nada.

—¿Papá? ¿Qué ha pasado? ¿Está bien Jamie?

—Jamie no está —respondió. Su voz se quebró en un sollozo—. Había una moto fuera… Un hombre… lanzó algo a través de la ventana. La habitación se llenó de gas… Es lo último que recuerdo. Cuando me desperté, Jamie ya no estaba.

Damien se agarró con fuerza a la barandilla. Sintió que le faltaba el aire.

«Otra vez no».

«Por favor, otra vez no».

Sabía que debía mantener la compostura, pues la vida de su hijo dependía de que ahora tomaran las decisiones correctas.

—Papá, pon a Jens al teléfono.

—Él… todavía está inconsciente —explicó su padre con voz grave—. Tiene pulso, pero era el que estaba más cerca de la ventana. Necesito sacarlo…

—Conseguiré ayuda, papá. Deja libre la línea.

Damien se giró para mirar a Tess. Su rostro estaba blanco como el papel y las pecas del puente de su nariz destacaban como faros en su rostro. Era obvio que había escuchado buena parte de la conversación.

—Oh, Dios —gimió—. ¿Se han llevado a Jamie?

Damien asintió, sombrío.

Ella se llevó la mano a la boca. Su aspecto reflejaba a la perfección sus propias sensaciones: parecía a punto de vomitar.

—Se lo han llevado porque nosotros no estábamos con él —susurró.

«Se lo han llevado porque yo no estaba allí para protegerlo».

En el fondo, sabía que nada de eso era cierto. Si Jens no había podido hacer nada, Tess o él tampoco. Lo sabía. Y, aun así, la sensación de haberle fallado a su hijo era fuerte y llenaba su boca con un sabor amargo. Él era el que tenía la culpa de todo, no Tess.

Damien golpeó la barandilla con la mano. El dolor agudo que siguió le sirvió para aclarar sus ideas.

«Empieza a pensar, Damien. Empieza a pensar».

—No sabemos cuánto tiempo lleva mi padre inconsciente. Tenemos

que llamar a Drake.

Damien pudo ver que Tess se estaba aguantando las lágrimas con todas sus fuerzas, pero ahora no podía reconfortarla. Si lo hacía, se vendría abajo y perdería a Jamie para siempre. Se giró hacia el glaciar y sacó otra vez el teléfono.



Tess

Tess se mordió el labio para no gritar. Damien no necesitaba distracciones en aquel momento. Aun así, cuando le dio la espalda, se sintió dolida.

«Esto es culpa mía».

«Damien ha venido hoy aquí por mí, y ahora Jamie no está».

«Es culpa mía».

Otra voz en su interior trató de acallar la primera, diciéndole que todo estaba en su cabeza y que la culpa era del secuestrador.

«Jamie debe de estar muy asustado».

«Al menos la otra vez yo estaba con él».

Tess se cubrió la boca con la mano para ahogar un sollozo.

La mano libre de Damien agarraba la barandilla. Estaba blanca.

Lo oyó hablar con Drake durante un segundo, pero el rumor de sus oídos dificultaba entender las palabras. Interpretó que estaba enviando a alguien para evaluar el estado de Jens y de su padre.

«Jamie no está».

«¿Y si esta vez se ha ido para siempre?».

De pronto, Damien exclamó:

—Tengo una llamada de un número desconocido, Drake. Voy a ponerte en espera. —Un segundo después, volvió a hablar con sequedad—. Gray.

—Damien Gray. Por fin podemos hablar.

Tess estaba lo bastante cerca para escuchar la profunda voz que provenía del otro lado de la línea; tan claramente como la había oído semanas atrás, cuando el hombre la había parado junto a la cascada y le había pedido la hora, si bien en aquella ocasión había hablado en inglés.

Aunque estaban parados, sintió que el suelo daba vueltas a su alrededor.

—Esa voz. Es el mismo hombre —susurró mientras agarraba la manga de Damien.

La voz de Damien se endureció.

—¿Quién eres? ¿Dónde está mi hijo?

—Olvidemos la primera pregunta por ahora. Ya sabes que tu hijo está conmigo.

—¿Se encuentra bien? —preguntó. La angustia quebró su voz—. Déjame hablar con él, por favor.

—El chico está bien. Ahora escúchame, vas a ir a Aiguille du Midi.

Los labios de Damien se tensaron todavía más.

—Voy a tardar horas en llegar hasta allí —mintió.

El hombre rugió. Por un momento, Tess pensó que iba a colgar.

Luego, volvió a hablar.

—Miénteme otra vez, Gray, y la próxima vez que tengas noticias de Jamie será cuando recibas un pedazo suyo en el correo.

—Por favor, no le hagas daño —suplicó Damien.

—Sé que la mujer y tú estáis en las montañas. Tráemela ahora y te permitiré elegir cuál de los dos vive. Tienes dos horas.

—Necesito más tiempo.

—Dos horas, Gray. Solo tú y la mujer. Si veo aunque sea un senderista perdido por la zona, tu hijo muere.

—Por favor… —empezó Damien—. Joder. Ha colgado.

Tess empezó a temblar. Se obligó a soltar el brazo de Damien; lo estaba apretando con mucha fuerza. Lo último que necesitaba ahora era tener que preocuparse también de ella. Pero los temblores empeoraron y sintió que no había suficiente aire en las montañas para respirar. Estaba sufriendo un ataque de pánico.

—Respira, Tess, respira —dijo Damien en su oreja. Sonaba preocupado. De pronto, la había alzado entre sus brazos, la había bajado al suelo y había conseguido que hundiera la cabeza entre las piernas.

En cuanto empezó a respirar, notó que su mente se aclaraba.

—Tenemos que irnos ya —le apresuró, tirándole del brazo. Había visto las señales que indicaban la dirección a Aiguille du Midi y era una caminata larga.

—No te levantes, Tess. Respira —pidió Damien, esta vez con más suavidad. Unos segundos después estaba hablando de nuevo por teléfono—. Necesito tu ayuda. He recibido una llamada del secuestrador. Tiene a Jamie. Quiere que vaya hasta Aiguille du Midi para que también le entregue a Tess.

La conversación se prolongó durante un par de minutos, pero ella fue incapaz de escuchar la voz al otro lado. Luego, Damien se arrodilló junto a ella.

—¿Tess? ¿Cariño? ¿Estás bien?

Aquel tono amable la hizo llorar. Alzó la mirada y la clavó en sus penetrantes ojos azules. Aún estaban llenos de preocupación, pero había algo más brillando en ellos. Algo que parecía esperanza.

—Tess, escúchame. Ese hombre está esperando algo. Mantendrá a Jamie con vida hasta entonces. Vamos a recuperarlo.

Tess quería creerle, pero le costaba asimilar todo lo que estaba pasando.

—¿Entonces qué hacemos?

—Kat y Drake ya estaban en la comisaría. Cogerán un helicóptero y vendrán aquí a recogernos. Kat nos dejará en Aiguille du Midi y luego te llevará de vuelta…

—¿Qué?

Con paciencia, Damien se lo repitió. Sus ojos reflejaban preocupación otra vez.

—He dicho que Kat te llevará de vuelta a la ciudad y…

—No.

—Sí —replicó Damien, tajante.

Tess sacudió la cabeza. Sentía que recuperaba las fuerzas.

—Dijo que yo tenía que estar allí.

Las palabras de aquel loco resonaban en su cabeza.

«Va a hacer a Damien decidir».

Él soltó el aire que había estado conteniendo.

—No podemos seguir las órdenes de un chiflado. Y nunca me perdonaría que te pasara algo, Tess —explicó.

—Dijo que me llevaras —repitió Tess con cabezonería—. Tú y tu equipo haced lo que tengáis que hacer, pero yo tengo que estar allí. No vamos a poner en riesgo la vida de Jamie.

—No me gusta.

—No tiene por qué gustarte, Damien, pero no tenemos elección.

Él consideró con cuidado sus palabras. Tess vio cómo sacudía ligeramente la cabeza y comprendió que había ganado.

—¿Y qué hay de tu padre y de Jens?

—Gael ya está de camino con una ambulancia. Se encargarán de ellos y buscarán pistas. —Damien la cogió de la mano—. Vamos, tenemos que ir a un sitio desde donde nos pueda recoger el helicóptero.

21



Damien

Cada vez que participaba en un rescate con un novato, Damien se aseguraba de que estos tuvieran algo que hacer; era la mejor forma de mantener el pánico a raya.

Ahora estaba empleando el mismo truco consigo mismo. Podía mantener la calma mientras tuviera algo que hacer, pero, como les ocurría a los tiburones, si dejaba de nadar, perdería el control. Y tenía que seguir siendo fuerte. En las labores de búsqueda y rescate no siempre se obtenían resultados inmediatos. A veces había que resistir y mantener la fe cuando todas las apuestas estaban en contra.

Miró las montañas a través de la ventana del helicóptero, y luego volvió la vista hacia Tess, que estaba sentada frente a él con el gorro entre las manos. Estaba pálida, pero seguía manteniendo el control. Damien sabía que tenía que tranquilizarla, pero su cuerpo y su cerebro estaban adormecidos; no podía moverse.

Drake se levantó del asiento del copiloto y se acercó a ellos.

—Kat va a abrir una conexión con Hiro. Cree que ha encontrado algo.

Damien asintió. Cogió los auriculares que tenía sobre las rodillas y se los puso. Tess hizo lo mismo mientras lo miraba con expresión casi desafiante.

—¿Qué has descubierto, Hiro?

—Volví a revisar los casos originales para buscar a alguien que encajara con la descripción del tipo que Jens vio fuera de tu casa esta mañana.

Se obligó a mantener la boca cerrada y esperó a que Hiro prosiguiera.

—Me he centrado en incidentes cercanos a la zona en la que estás, y creo que he encontrado algo. Hubo un accidente hace casi cinco años, cerca de Aiguille du Midi.

No era extraño. En Aiguille du Midi los esquiadores y los montañistas sufrían accidentes con frecuencia. El PGHM recibía muchos avisos por temporada.

—¿Qué ocurrió?

—Un hombre y su hijo estaban escalando la cara norte de Aiguille du Midi. El chico era demasiado joven y el ascenso, demasiado técnico. Ambos estaban exhaustos, pero aún aguantaban cuando llamaron para pedir ayuda. Sin embargo, cuando llegamos, el chico se había despeñado y había muerto.

—¿Por qué no marcamos este caso la primera vez?

—La víctima acababa de cumplir dieciocho. Técnicamente, ya no

era un niño.

De pronto, Damien recordó el caso al que se refería.

Se encontraba por la zona cuando recibió el aviso y por eso fue el primero en llegar, antes que su comandante o los otros miembros de su equipo. También fue el responsable de comunicarle al padre que su hijo estaba muerto.

El chico se había precipitado por el risco a ochocientos metros de altura y solo habían podido certificar la muerte. Damien recordaba el cuerpo destrozado del joven; en aquel momento, había pensado que se trataba de una tragedia.

La imagen del padre acudió a su mente; un hombre grande, de aspecto tosco, superado por el horror de la situación. Había tratado de darle un puñetazo a Damien tras gritarle que habría podido salvar a su hijo si hubieran llegado antes. Había mantenido al hombre a raya hasta que el médico le administró una inyección.

Ambos habían sido evacuados en el mismo helicóptero: el padre, inconsciente, y el hijo, muerto.

—El padre se llama Roger Dubois —añadió Hiro—. Es un granjero que posee bastantes tierras.

—¿Todo eso pasó hace cinco años? —La voz de Kat, sentada en el asiento del piloto, sonó a través de los auriculares.

—Sí. Debió de ocurrir poco antes de que te unieras al equipo. Ni siquiera teníamos nuestro propio piloto en aquellos tiempos, compartíamos uno con la unidad de Annecy.

—Lo que no entiendo —prosiguió Damien— es ¿por qué ahora? Han pasado cinco años. Hiro, necesito que vayas ahora mismo a casa de Dubois, a ver qué puedes descubrir. Llámame cuando sepas algo.

—Pero, Damien, deberíamos reunir al equipo e ir a buscarte.

—No. La vida de Jamie depende de que hagamos lo que nos pide ese hombre, y quiere que vayamos solos. Ya estamos arriesgándonos demasiado trayendo a Kat y a Drake hasta aquí.

—Si estás seguro, *commandant*…

—Lo estoy. Mira a ver qué puedes encontrar sobre Roger Dubois y llámame otra vez, Hiro.

Drake desconectó la llamada.

—¿Cuánto falta, Kat? —preguntó Damien a través del micrófono de los auriculares.

—Puedo dejaros en la cara oeste, donde me pediste, para que recorráis el resto del camino andando. También puedo acercaros un poco más.

—Déjanos aquí. No quiero que escuche el ruido del helicóptero y se asuste. Iré caminando. —Miró su reloj. Iba a ser muy justo, pero podía hacerlo.

—¿De qué estás hablando? ¿Vamos a empezar otra vez con lo

mismo? —preguntó Tess al percatarse del uso que había hecho Damien del pronombre de primera persona.

Suspiró para sus adentros. Estiró sus largas piernas y se quitó los auriculares, indicándole después que hiciera lo mismo para poder mantener una conversación privada.

—Sigo pensando que deberías quedarte en el helicóptero —empezó.

—Soy más que consciente de lo que piensas, Damien. Pero voy a ir contigo.

—Kat y yo podemos ir…

—Sí, porque el pelo rojo intenso de Kat es idéntico al mío —replicó, contrariada.

Damien tomó una profunda bocanada de aire.

—No quiero que vayas, Tess.

Los ojos verdes de la mujer se encendieron.

—No me importa lo que quieras. Tenemos que rescatar a Jamie y no vamos a darle a ese capullo ninguna excusa para hacerle daño.

Damien apretó las manos. En el fondo, sabía que ella tenía razón.

—¿Harás lo que te diga?

—Haré lo que me digas, siempre y cuando eso no ponga en riesgo la vida de Jamie. —De nuevo, los ojos de Damien se llenaron de lágrimas—. Yo también le quiero, ¿sabes?

—Lo sé, Tess. Lo sé.

Se giró para hablar con Drake.

—Tess y yo bajaremos e iremos caminando hasta la cabaña. Quiero que Kat mantenga el helicóptero fuera del campo de visión pero sin alejarse demasiado.

Drake asintió con rigidez.

—¿Dónde quieres que esté yo?

—¿Has traído el equipo de escalada?

—Ya sabes que sí, Damien.

—Me gustaría que ascendieras por la cara norte. Llevaremos los pinganillos, así que podrás oírlo todo.

Le estaba pidiendo mucho. Aunque Drake era un escalador competente, el alpinismo no era una de sus mayores aficiones.

Drake no dudó.

—Puedo hacerlo.



Tess

—¿Seguro que quieres hacer esto, Tess? —preguntó Damien. La agarró de la mano con tanta fuerza que pensó que iba a hacerle daño. Era lo único que sugería que no tenía del todo control de sí mismo.

Era irónico que ella —que se encontraba tan fuera de su elemento — fuera la que tuviera que tranquilizarlo, pero lo conocía lo bastante como para saber lo que estaba pensando en aquellos momentos.

Damien era un protector. Estaba en su naturaleza y también era su trabajo; se había estado preparando para eso toda la vida. No dudaría en sacrificarse por Tess o por Jamie, pero no era eso lo que ahora se requería de él.

Tess se esforzó por controlar su respiración. Aunque Damien parecía que hubiera salido a dar un paseo a media tarde, para ella, el trayecto hasta la cabaña abandonada le había supuesto un gran esfuerzo.

—Damien, confío en ti. Sé que harás todo lo posible por llevarnos a casa sanos y salvos. No querría a ningún otro hombre a mi lado —dijo con tacto. Si las cosas no salían como planeaban, no quería decirle nada que le hiciera más difícil seguir con su vida.

Las fosas nasales de Damien se dilataron cuando inspiró con fuerza. Estaba a punto de añadir algo más cuando su teléfono sonó otra vez.

Cuando oyó la voz del hombre al otro lado, sus rodillas comenzaron a temblar. Había utilizado la expresión «rodillas temblorosas» en su escritura, pero nunca lo había experimentado antes en la vida real. Sus manos también temblaban; las apretó con fuerza contra sus muslos. Si Damien descubría lo mucho que aquello la aterrorizaba, no dejaría que lo acompañase.

Tess imprimió más velocidad a sus pasos para acercarse a Damien. Quería oír lo que decía la otra parte de la conversación.

—… en la cabaña. Tú quédate fuera.

—Ella no va a ir a ninguna parte hasta que veamos a Jamie —dijo Damien con firmeza—. Tenemos que asegurarnos de que está bien.

El hombre no habló, pero momentos más tarde Jamie chilló.

—¡Papá!

—Para, no le hagas daño —suplicó Damien. Tess apoyó el peso sobre su cadera, estabilizándolo y prestándole su fuerza.

—O ella entra en sesenta segundos, o el chico muere —amenazó el hombre sin miramientos, y colgó la llamada.

—Jamie está dentro —dijo Damien.

—Prometo que haré todo lo que pueda para que esté a salvo, Damien —susurró.

—Necesito que ambos lo estéis —confesó mientras la abrazaba. Tenía una expresión agónica.

De pronto, a Tess la embargó la calma. Sus rodillas dejaron de temblar. Incluso su respiración se normalizó y se concentró en su vientre.

Era hora de recuperar el control de la situación.

—¿Hay algo más que deba saber? —preguntó. Hablaba con un tono casi casual que la sorprendió.

Damien sacudió la cabeza. Tomó su mano y la acarició con delicadeza.

—No quiero que lleves ningún arma. Solo intenta que siga hablando y recuerda que iré a buscarte.

Tuvo el impulso de besarlo, juntar sus labios con los de Damien y sentir su fuerza, pero no quería arriesgarse a perder su recién encontrado coraje. Se dio la vuelta y caminó hacia la cabaña.

«¿Debería levantar las manos?».

«No quiero que me disparen si puedo evitarlo».

Separó los brazos del cuerpo y los alzó ligeramente para que ambas manos fueran visibles.

Mientras se acercaba a la casa, una voz ronca surgió del interior; pertenecía al mismo hombre que había estado hablando por teléfono con Damien, el mismo que los había secuestrado aquel día junto a la cascada.

—No te acerques más.

Tess se paró en seco.

—Quítate la cazadora.

Sus dedos temblaron un poco mientras deslizaba la cremallera de su cazadora y se la quitaba. Se había deshecho del jersey antes, mientras caminaban, así que se quedó solo vestida con una camiseta de tirantes azul claro. Se sentía desnuda, pero resistió la necesidad de cruzar los brazos sobre el pecho. No era el momento de mostrar debilidad.

La puerta de madera gimió al abrirse una rendija. Tras ella había un hombre grande y corpulento. En esta ocasión no llevaba gorra, así que Tess se tomó su tiempo para estudiar su rostro. Era mayor de lo que había supuesto cuando lo vio junto a la cascada; probablemente, anduviera cerca de los cincuenta. Aun así, parecía fuerte como un toro. Tenía las manos grandes y cuadradas, las uñas mordisqueadas hasta hacerse sangre.

—Deja eso en el suelo —le ordenó—. Ahora date la vuelta.

Tess se estremeció con aquella última orden, pero se giró despacio. Al vestirse aquella mañana, no se había dado cuenta de su excelente elección: ni los *leggings* ni la camiseta de tirantes podían esconder armas de ningún tipo.

—Entra —exigió con rudeza.

—Primero quiero ver a Jamie —replicó, deseando que su voz sonara con más fuerza.

Tess dio un rápido paso atrás mientras la puerta se abría por completo; no esperaba que fuera a hacerle caso. Detrás del hombre había una pequeña figura acurrucada en una esquina, observándolos.

—¡Jamie! —gritó Tess. Echó a correr hacia la cabaña y pasó por delante del hombre, que se apartó con mucha rapidez para alguien de su tamaño.

Se lanzó de cabeza hacia la esquina donde Jamie estaba sentado. Fue solo vagamente consciente de que la puerta de madera se cerraba tras ella. El niño estaba sentado con sus pequeñas rodillas contra el pecho y el rostro congestionado; ahora no estaba llorando, pero sus ojos estaban ribeteados de rojo y sus redondas gafas azules estaban manchadas de lágrimas secas.

Al principio, Jamie no se movió; era como si no pudiera creer lo que veían sus ojos. Pero luego se lanzó hacia ella, abrazándola con tanta fuerza que Tess habría perdido el equilibrio si no hubiera estado ya arrodillándose a su lado.

—Jamie, ¿estás bien? —le preguntó, haciendo esfuerzos para no llorar. Tenía que seguir siendo fuerte. Debía serlo por los dos.

—¡Tess! —Jamie resopló y hundió la cara en su pecho. Mientras abrazaba al niño tembloroso, lanzó una mirada furiosa al hombre que había osado asustarlo de aquella manera. No era una persona violenta por naturaleza —siempre había defendido que la pluma era más fuerte que la espada—, pero lo único que quería ahora era hacerle daño a aquel hombre.

Sin embargo, también era realista. Nunca le ganaría en una pelea. Debía esperar, confiar en Damien y en su equipo y, cuando llegara la ocasión, estar lista para proteger a Jamie.

—¿Dónde está mi papá?

—Todo va a salir bien —le dijo para consolarlo. No quería hablar de Damien en presencia de aquel loco—. Ahora yo estoy contigo y no voy a ir a ninguna parte.

Tess alzó la mirada para confrontar a aquel hombre. Seguía allí de pie, imperturbable.

—¿Y bien? —le exigió, sin tratar de ocultar el desdén de su voz—. ¿Ahora qué?

—Dame las manos —respondió, lacónico. Sacó una cuerda del bolsillo y la ató con pericia alrededor de sus muñecas. La joven tuvo que tragarse una oleada de repulsión cuando sus dedos callosos tocaron su piel, pero no hizo ademán de detenerlo.

«Al menos no me está atando las manos a la espalda».

El hombre murmuró algo para sus adentros que no fue capaz de

entender. Sostenía el extremo libre de la cuerda y tiró de sus muñecas con tanta fuerza que Tess tuvo que echarse hacia adelante para no perder el equilibrio.

—Fuera. Ahora.

—¡Eres un hombre malo! —gritó Jamie, enseñándole los dientes. Parecía dispuesto a luchar y Tess nunca había estado tan orgullosa de él como en ese momento; se parecía mucho a su padre.

—Hagamos lo que nos dice, Jamie. Ven conmigo —le pidió con suavidad, guiando al chico para que caminara por delante de ella. Miró otra vez la puerta cerrada por la que había entrado. Damien estaba al otro lado, pero no se dirigían hacia allí: iban hacia otra puerta que daba a la montaña.

Tess salió y se encontró en una terraza del tamaño de una piscina grande, pero con forma de media luna. Y, más allá, el vacío.

«Mierda».

Era una vista hermosa y espectacular, pero también absolutamente aterradora. Por fortuna, Jamie no parecía ser consciente de lo cerca que estaban del borde del precipicio.

22



Damien

Damien tuvo que hacer un esfuerzo hercúleo para no echar a correr detrás de Tess cuando desapareció en el interior de la cabaña.

«¿Y si ese loco la mata? ¿Y si él…?».

Su teléfono vibró en el bolsillo interrumpiendo aquellos aciagos pensamientos. Recordó que lo había puesto en silencio.

—Estoy a dos largos de llegar arriba —dijo Drake. Damien sabía, por la voz entrecortada de su amigo, el esfuerzo que le estaba costando hacer ese ascenso solo.

—Tess y Jamie están dentro con Dubois. Voy a rodear la cabaña para ver si hay otra forma de entrar.

—Espérame —le advirtió Drake—. Kat ha vuelto para recoger a Hiro y a Gael y estarán de vuelta pronto.

—Esperaré todo lo que pueda —le dijo Damien a su amigo. No quería hacer una promesa que no pudiera mantener. Cuando Dubois lo llamara, iba a entrar sin importarle nada más.

—Una agente ha estado preguntando a los vecinos de Dubois. Parece que su mujer estuvo enferma de cáncer durante mucho tiempo. Murió a finales del año pasado.

«Mierda».

«Primero, un hijo muerto; y ahora, la mujer».

«Es un hombre sin nada que perder».

—Eso no es bueno —reflexionó Damien—. ¿Queda algún miembro de esa familia con vida?

—La agente lo está comprobando —dijo Drake mientras resoplaba.

En cuanto cortó la llamada, Damien agarró el liviano revólver Smith & Wesson J-frame que había cogido del helicóptero. Comprobó que lo había fijado con seguridad a la parte trasera de su cinturón y que la camisa abierta que llevaba sobre la camiseta negra lo ocultaba. No era su forma favorita de llevarlo, pero esta vez tendría que bastar.

Sonó el teléfono. Era el número de Dubois.

—¿Dónde diablos estás? A estas alturas esperaba que hubierais asaltado la cabaña.

—He venido solo, Dubois, como me pediste.

—Así que sabes cómo me llamo —dijo el hombre, y soltó una risa aguda—. Apuesto a que en realidad no te acuerdas ni de mí ni de mi hijo.

Damien hizo esfuerzos por mantener la calma. No podía permitir que la tensión de la situación se incrementara.

—Me acuerdo de tu hijo, Roger. Lo que ocurrió fue un desafortunado accidente. Nadie tuvo la culpa. Ni tú ni…

El hombre gruñó con desagrado, un sonido animal que le heló la sangre.

—Sé muy bien quién tiene la culpa, y eres tú, Gray. Te he estado observando durante años, confiando en que el universo pusiera las cosas en su sitio, pero la vida te ha estado yendo mejor y mejor. Tienes tu trabajo, a tu hijo, tienes una mujer…, ¿y qué tengo yo? —El tono de su voz subió.

—Vamos a sentarnos a discutir esto, Roger. Cara a cara. Si aquel día hice algo que piensas que…

—No me trates como a un crío, cabrón —masculló Dubois—. Ahora tengo a tu mujer y a tu hijo. Vas a hacer exactamente lo que te diga. Entra en casa y sal a la terraza. Creo que te gustarán las vistas.

Damien dio una patada a una roca, furioso consigo mismo por no haber sido capaz de mantenerlo más tiempo al teléfono.

Envió un mensaje a su equipo con su localización exacta.

«Dubois quiere que me reúna con él en la terraza. Creo que Tess y Jamie ya están allí».

La respuesta de Kat fue casi instantánea: «Nuestro ETA es de veinte minutos».

En veinte minutos podían pasar un montón de cosas.

«Mantente a la espera. Que nadie se acerque sin mi permiso».

«Estamos aquí para lo que necesites, jefe».

Damien guardó el móvil en el bolsillo y caminó a grandes zancadas hacia la casa, esperando recibir un disparo en cualquier momento. Pero Dubois se había tomado muchas molestias. Quería algo de Damien y no iba a conseguirlo si se limitaba a dispararle ahora.

La puerta de la cabaña no estaba cerrada con llave. Cruzó el umbral. Aunque intuía que el edificio estaba vacío, siguió alerta mientras esperaba a que sus ojos se adaptaran a la penumbra del interior.

Atravesó el salón, amueblado con un sofá destrozado y unas cuantas sillas, y llegó a lo que en el pasado debió de ser una cocina, a juzgar por la pila que había en un rincón.

Oyó un ruido proveniente del exterior. Su mirada se dirigió hacia la puerta que había al otro extremo de la cocina.

«Jamie y Tess están ahí fuera».

Damien miró el teléfono. Su equipo aún estaba a quince minutos, un poco más en el caso de Drake.

«No puedo esperar».

Damien no tenía ningún plan. En su trabajo, quizá eso era lo peor que uno podía hacer. Todos sabían que las cosas podían cambiar en un segundo, pero arramblar sin más, sin tener un plan, era algo que, simplemente, no se hacía.

«Voy a salir».

Antes de poder replanteárselo, abrió la puerta. Se enfrentó a la brillante luz del sol y alzó una mano para cubrirse los ojos.

Su corazón se heló cuando se acostumbró a la claridad y vio lo que tenía delante.



Tess

Tess sentía un sabor amargo en la boca. Un horror como nunca había experimentado antes recorría sus venas mientras veía a Jamie colgando sobre el abismo.

El niño estaba sujeto solo por un arnés y aquel loco sostenía con debilidad el otro extremo de la cuerda. En cuanto habían salido a la terraza, Dubois la había obligado a ponerse de rodillas y había colocado a Jamie aquel arnés de cuerda artesanal que había preparado de antemano.

Esa premeditación la asustó más que cualquier otra cosa. Dubois podía estar loco, pero lo había planeado todo meticulosamente y no pensaba dejarlos marchar.

Cada vez que agitaba la pistola en su dirección, el movimiento acababa haciendo que el cuerpo de Jamie se balanceara. El niño tenía los ojos cerrados y la cara congestionada por el pánico. Estaba a menos de tres metros de Tess, pero podrían haber sido tres kilómetros.

El enrejado de metal se clavaba en sus rodillas, pero tenía tanto miedo que apenas podía sentirlo.

—Por favor, por favor, súbelo otra vez —le suplicó Tess—. Podemos hablar de lo que quieras. Damien…

Dubois se giró para mirarla.

—Pronuncia otra vez su nombre y lo dejaré caer —la amenazó—. A ver cuánto tarda en llegar al fondo.

Oyeron un ruido proveniente del interior de la casa.

—Ah, aquí está. Me alegro, ya se me estaba cansando la mano.

La puerta se abrió y apareció Damien. Su expresión al ver la escena fue de completo y absoluto terror. Tess sabía lo que estaba viendo: a su hijo colgando del precipicio y a ella misma arrodillada cerca del borde.

Damien apretó la mandíbula.

—Dubois, por favor. Sea lo que sea lo que piensas que ocurrió, mi hijo no tiene la culpa.

—Cállate y tira el arma, Gray —masculló el hombre—. Con cuidado, o abriré la mano.

Damien asintió. Despacio, se llevó la mano a la espalda.

—Por favor, estoy haciendo lo que me has pedido. —Sacó una pistola, la sostuvo con dos dedos y la dejó caer frente a él.

—Dale una patada en mi dirección. Lejos de ella —le ordenó Dubois.

Hizo lo que le pedía con rapidez. Durante un momento, el único sonido que pudo escuchar fue el de la pistola deslizándose sobre el enrejado de metal que cubría el suelo de cemento de la terraza.

Damien se pasó la lengua por los labios.

—Sé que no quieres hacer daño a personas inocentes, Dubois. Déjalos marchar y tú y yo podemos quedarnos y hablar.

«¡No!».

Nadie estaba prestando atención a Tess, así que recolocó las piernas para pasar un pie por debajo.

«Si pudiera alcanzar a Jamie, entonces…».

—¿Qué diablos crees que estás haciendo? —gruñó Dubois, apuntándola con el arma—. Quédate quieta o te dispararé en la cabeza. Tengo una puntería excelente. He matado un montón de terneros.

—¿Por qué estamos aquí, Dubois? ¿Qué es lo que quieres? —preguntó Damien. Gracias a su voz grave consiguió que el hombre volviera a centrar su atención en él.

Damien ya no los miraba a ellos. Tess sabía que por dentro debía de estar experimentando una extrema confusión, pero por fuera parecía concentrado en la situación.

Dubois se acarició la barba gris y desaliñada.

—Gracias a ti he perdido a dos de las personas que más quería en este mundo: mi hijo y mi esposa.

—Siento lo de tu esposa —dijo Damien—. Sé que tenía cáncer.

—Provocado por la tristeza de perder a su hijo, cabrón —escupió Dubois—. Voy a darte la elección que yo nunca tuve. Te voy a permitir elegir cuál de los dos crees que debe vivir.

Damien estaba rígido. Tess dedujo, basándose en las líneas de tensión de su cuerpo, que estaba a punto de abalanzarse sobre aquel hombre.

Dubois también podía verlo.

—Si mueves un solo músculo, soltaré la cuerda. Será como si ya hubieras tomado la decisión —gruñó—. Tienes cinco segundos para hacerlo antes de que mis manos se cansen. Si la eliges a ella, soltaré la cuerda. Si lo eliges a él, le dispararé mientras está ahí arrodillada.

—¡Papá! —gritó Jamie. Tess se dio cuenta de los esfuerzos que estaba haciendo el niño para comportarse con valentía.

—Todo va a ir bien, hijo —le dijo Damien con voz tranquila—. Déjalos marchar, Dubois. Esto es algo entre nosotros. Es conmigo con quien estás enfadado.

En el suelo, Tess se estremeció. Comprendía lo que Damien intentaba hacer. Quería convertirse en el objetivo de Dubois, pero este no iba a permitirlo.

—Te quedan tres segundos. Estás perdiendo el tiempo.

Damien lo miró con sus ojos azules y una expresión atormentada. Si Tess vivía para cumplir los cien años —lo que en aquel momento parecía altamente improbable—, no creía que volviera a ver tanto

dolor en la mirada de alguien.

Las palabras brotaron de su boca antes de que pudiera reconsiderar su decisión.

—¡A su hijo! ¡Elige a su hijo! ¡Por favor!

Dubois lanzó una carcajada estruendosa.

—¿Le hago caso, Gray? ¿Eso es lo que quieres? —Dirigió la pistola hacia ella.

Tess mantuvo la mirada clavada en Dubois, ignorando el sonido estrangulado que emitía Damien. Sentía una extraña calma. Si podía salvar la vida de Jamie, entonces esto —todo— habría merecido la pena.

—Es lo que quiere. Díselo, Damien, díselo ya. Por favor.



Damien

Las palabras de Tess eran como una daga clavándose en su corazón.

Toda su vida, todo su adiestramiento, y ahora no era capaz de ayudar a las dos personas que más le importaban en el mundo.

«Tiene que haber algo que puedas hacer».

Damien se concentró en la pistola que el loco llevaba en la mano. Era vieja, del tipo que usaban los granjeros cuando tenían que rematar a un animal herido. Puede que no fuera el arma más fiable del mundo, pero Dubois la sujetaba con firmeza. No era la primera vez que lo hacía.

Bloqueado por el pánico, Damien vio cómo este alzaba la pistola para apuntar a Tess.

—Quizá deberías aprender lo que es vivir sin ninguno de los dos.

Las palabras de Dubois sacaron a Damien de su estupor. Aunque sabía que nunca llegaría a tiempo para salvarlos a ambos, dio un salto hacia él. Lo golpeó en el brazo que sostenía la pistola y esta se disparó; el sonido reverberó, alto y contundente, en las montañas.

Damien no se paró a comprobar si la bala había alcanzado su objetivo; todo su ser estaba concentrado en la cuerda que se deslizaba por la palma de aquel hombre.

Oyó el grito de su hijo mientras caía. Sabía que su vida dependía de que fuera capaz de agarrar esa cuerda. Tenía el estómago apoyado contra el suelo y desde esa posición sería muy difícil sujetarlo, pero lo atrapó y sintió como se quemaba mientras la cuerda se deslizaba entre las palmas de sus manos. Apretó los dientes y logró agarrarlo con más fuerza, clavando los codos sobre el enrejado metálico que tenía debajo.

La cuerda se detuvo. Damien pudo sentir, con alivio, el peso de su hijo en el otro extremo.

—¡Papá!

«Te tengo, hijo. Y no pienso soltarte».

Un segundo después, Damien oyó un ruido tras él y comprendió su error. Comportándose como un novato, había pateado a Dubois, lo había apartado a un lado, pero no lo había dejado fuera de combate.

«Puto imbécil».

Aquel error podía costarle la vida a su hijo.

Damien miró a su alrededor buscando algo a lo que anudar la cuerda justo cuando la pistola lo golpeó en la sien.

Vio las estrellas. Apretó la cuerda con más fuerza; sabía que eso era lo único que importaba. El segundo golpe impactó en su nuca. Damien se desplomó sobre su estómago.

Reuniendo las fuerzas que le quedaban, giró la muñeca y le dio

vueltas a la cuerda. Daba igual lo que ocurriera, no pensaba soltarla.

El tercer golpe le produjo un corte en la frente. La sangre manó sobre su ojo y oscureció su visión. Aun así, apretó los dientes y prosiguió.

Por el rabillo del ojo, vio una pequeña sombra que se arrastraba hacia la cuerda.

«Tess está viva».

—¡Muere, muere! —gritaba Dubois con la voz ronca por la ira.

A través de la cortina de sangre, Damien vio cómo el loco se inclinaba para coger algo. Su corazón se congeló cuando vio que empuñaba una navaja.

«Lo bastante afilada como para cortar la cuerda».

Mientras Dubois acercaba la navaja, Damien deslizó la mano libre hacia arriba. Sintió la punta del arma clavándose detrás de su mano y un intenso calor cuando chocó contra algo que solo podía ser hueso. Apenas percibió el dolor agónico; había logrado impedir que cortara la cuerda y cada segundo que pudiera aguantar sosteniéndola, sujetando a su hijo, bien merecía el peor dolor del mundo.

Pero Dubois era fuerte. Con un tirón que lo hizo llorar, liberó la navaja. Una sangre muy roja brotó de la mano de Damien. Tuvo que hacer esfuerzos para mantenerse consciente. Alzó la mano formando un arco para seguir el recorrido de la navaja, pero sus movimientos eran torpes y Dubois fue más rápido.

Esta vez, el arma alcanzó la cuerda y comenzó a moverse de lado a lado: una, dos, tres veces, hasta serrarla.

—¡Nooooo! —aulló Damien mientras veía cómo la cuerda a la que se sujetaba su hijo se deslizaba de forma inexorable hacia el borde.

23



Tess

—¡A su hijo! ¡Elige a su hijo! ¡Por favor!

En cuanto las palabras brotaron de su boca, Tess se dio cuenta de lo inútiles que resultaban. Dubois estaba jugando con Damien. No pensaba dejar a ninguno con vida. Quería que aquel hombre sufriera lo mismo que él y eso implicaba quitarle todo lo que le importaba.

Con movimientos torpes y descoordinados —llevaba tanto tiempo arrodillada que se le habían dormido los pies—, se lanzó hacia Jamie. Por el rabillo del ojo vio que Damien se movía también hacia Dubois.

La bala la detuvo en seco. Impactó en su hombro. Su cuerpo giró en el aire y chocó contra el suelo. Se golpeó la espalda con fuerza, pero gracias al calor abrasador de su hombro, apenas lo sintió. Aquel ardor le impedía concentrarse en nada más; aunque al principio ni siquiera podía considerarse dolor, fue creciendo hasta convertirse en una sensación que nunca había experimentado antes.

Su mente de escritora registró todo lo que estaba pasando —cada sentimiento, cada sensación—, tratando de expresarlo con palabras. No podía evitarlo, ella era así.

Se tocó la zona ardiente de su hombro derecho con la mano izquierda y, cuando la retiró, comprobó que estaba manchada de sangre. Miró hacia abajo. Sangre de color rojo oscuro manaba a chorro de la herida.

Cuando alguien recibía un balazo en la televisión, solían contener el sangrado apretando la zona con la mano. A veces un par de gotas escarlatas se deslizaba entre sus dedos.

La realidad, como estaba comprobando, era mucho más espantosa. La sangre se acumulaba alrededor de su mano, volviéndolo todo resbaladizo, y hacía imposible presionar la herida.

Tomó una bocanada de aire. Con el pánico, le costaba respirar. Se preguntó si la bala habría rozado su pulmón.

«No seas idiota, tus pulmones no están ahí arriba».

Aquel pensamiento la tranquilizó un poco. Inhaló profundamente una vez, y otra, mientras la sensación de quemazón crecía hasta convertirse en algo que solo podía describirse como una agonía al rojo vivo.

«Si duele tanto, significa que no estoy entrando en *shock*».

«¿Por qué no estoy entrando en *shock*?».

—¡Papá!

Aquel grito le recordó por qué no podía permitírselo. Tenía que salvar a Jamie. Se incorporó, ayudándose de su mano izquierda, y dejó una marca ensangrentada en la rejilla de metal. Utilizó el impulso

para ponerse de rodillas. Se mareó un poco, pero ignoró la sensación y se concentró en la cuerda.

Estaba tensa. Sus ojos la recorrieron hasta llegar al punto en el que Damien la estaba sosteniendo. Estaba de rodillas y la cuerda rodeaba una de sus muñecas. Mientras miraba, Dubois lo golpeó con la pistola en la sien.

Tess vio la escena como si estuviera atrapada en una de esas pesadillas en las que tu cuerpo se niega a moverse.

«No puedes ayudar a Damien».

«Además, él no querría que lo hicieras».

«Concéntrate en Jamie».

Pronunciar el nombre de Jamie la ayudó a mantener el pánico a raya. Jamie era el que importaba aquí. Se arrastró tambaleándose hacia la cuerda. Sabía que, si Damien perdía la pelea, ella sería la única que podría evitar que el niño se precipitara hacia una muerte segura.

Y de pronto la cuerda se estaba moviendo —a toda velocidad— hacia el borde. Tess se lanzó hacia ella como un gato sobre un ratón.

«Por favor, Dios, no permitas que falle».

De pronto, la cuerda se estaba deslizando entre sus manos. Su brazo derecho estaba casi inutilizado, pero apretó las palmas y apagó la parte de su cerebro que protestaba por el dolor abrasador. Daba igual lo que ocurriera, no podía dejarlo ir; no iba a dejarlo ir.

—Te tengo —jadeó.

Pero el peso del chico al otro extremo de la cuerda era demasiado para ella y, rápidamente, se deslizó hacia el borde. Nada podía evitar que cayera.

—¡No! —chilló. Sus ojos se llenaron de lágrimas mientras buscaba algo a lo que agarrarse, pero no había nada.

—Déjalo ir, Tess —dijo alguien desde abajo.

La boca de Tess se abrió por la sorpresa. ¿Se estaba volviendo loca? No había nada bajo ellos salvo el vacío. De pronto, vio una figura grande asomándose por el borde. Un hombre colgaba de una cuerda en lo que parecía una posición imposible, encaramado solo gracias a la fuerza de sus dedos. Con la otra mano, enganchó un mosquetón en torno al arnés improvisado de Jamie.

El hombre alzó la mirada hacia ella; aunque su frente goteaba de sudor, sus ojos grises parecían tranquilos y firmes.

«Drake».

«¿Cómo demonios ha conseguido llegar hasta aquí?».

—Bien hecho, hombrecito. Vamos allá. Ahora estás colgado de mí, así que puedes soltar la cuerda —le explicó. Drake solía emplear un tono áspero, pero ahora estaba usando la voz más suave que Tess le había escuchado nunca.

Se fijó en los deditos de Jamie, que estaban blancos de agarrar con fuerza la cuerda.

—¿Drake? —preguntó Tess, dubitativa.

—Puedes soltar la cuerda, Tess. —Entrecerró sus ojos grises y ella dedujo que estaba mirando la sangre que manaba de su brazo herido.

Se obligó a soltar la cuerda que estaba sujetando, y la vio caer.

—¿Dónde está Damien? ¿Se encuentra bien? —preguntó Drake con voz entrecortada, decidiendo qué hacer a continuación—. Puedo subir arriba y…

Tess miró hacia atrás y vio a Damien forcejeando con el loco al fondo de la terraza. No era seguro.

—Llévate a Jamie de aquí, por favor —le suplicó.

Drake asintió y empezó a aflojar la cuerda que lo sostenía, descendiendo junto con el chico.

—¿Has hecho rápel alguna vez, amiguito? —le preguntó Drake a Jamie con voz suave—. Va ser divertido, ya lo verás.

Tess se dio la vuelta. Tenía que ayudar a Damien.



Damien

Había perdido a Jamie; le había fallado a su hijo. Durante un instante, no pudo moverse. Incluso respirar costaba demasiado. Imaginó el miedo en los últimos momentos de la vida de su hijo; el dolor al descubrir que su padre, el hombre que debería haberlo protegido, le había fallado.

Así que Damien, que siempre decía a las personas que rescataba que nunca se rindieran, que siempre había creído que mientras hubiera vida había esperanza, simplemente, se rindió y esperó a que Dubois le asestara el siguiente golpe.

Nunca llegó.

El loco estaba embelesado regocijándose con el dolor de Damien y no parecía tener ninguna prisa por acabar con su vida.

La cabeza de Damien palpitaba. Podía sentir el pesado pulso de su corazón latiendo allí arriba; no era que le importara, pero era un claro indicio de una conmoción cerebral. Su mano se deslizó hacia el suelo.

Un grito lo hizo alzar la cabeza.

«Tess».

Se estaba arrastrando con torpeza hacia él mientras apoyaba en el hombro una mano ensangrentada. Movía la boca, pero su voz era demasiado débil para comprender sus palabras o quizá Damien había perdido la capacidad de escuchar.

Tras él, Dubois manifestó su insatisfacción con un gruñido.

—¿Por qué estás todavía viva? —le preguntó a Tess.

«Ayúdala».

Damien sabía que más tarde habría tiempo de sobra para sumirse en la autoconmiseración, pero no podía fallarle también a Tess.

Ignorando la horrible agonía que experimentaba, giró la cabeza para localizar a Dubois, que estaba buscando algo por el suelo.

«Su pistola. Está buscando su pistola».

Se puso en pie a trompicones.

«Tengo que protegerla».

«No puedo dejar que se haga con la pistola».

Damien se plantó entre Tess y aquel loco y logró asestar una certera patada en la rodilla de Dubois. El hombretón cayó al suelo, pero un instante después volvía a estar en pie. Con su mano buena, lanzó un gancho que habría derribado un árbol. Sin embargo, no produjo ningún efecto en Dubois, que solo se tambaleó hacia atrás. Después, lo empujó y Damien cayó de culo al suelo.

«Es más fuerte que yo».

Aquella conclusión fue tan dolorosa como inesperada; estaba acostumbrado a ser el más fuerte. La gente acudía a él para que les

prestara ayuda, pero ahora se sentía débil como un recién nacido.

—¿Qué tal sienta, Gray? Saber que le has fallado a tu hijo y que también voy a matar a tu chica.

Damien recurrió a todo su entrenamiento para ponerse en pie y enfrentarse a Dubois. Ya habría tiempo de sobra para llorar la pérdida de Jamie. Ahora tenía que asegurarse de que Tess no corriera el mismo destino.

—¡Sal de ahí, Tess! —gritó. No sabía si su herida era grave o si podría seguir sus instrucciones, pero apartó aquellas preocupaciones de su cabeza mientras se lanzaba contra Dubois; aquel hombre podía ser fuerte, pero no tenía la experiencia de Damien en el combate sin armas. Le lanzó un gancho de derecha, que impactó en su mandíbula y lo hizo recular.

Dubois no esperaba que empleara su mano herida en la pelea, pero el dolor ya no significaba nada para Damien.

Formó un puño con la mano ensangrentada y golpeó a Dubois con suficiente intensidad como para saber que le había roto un par de costillas. Dubois se inclinó hacia adelante, soltó el aire y trató de conseguir que este fluyera de nuevo por sus pulmones. Damien lo golpeó con los codos en la espalda, obligándolo a caer de rodillas.

Y durante todo ese tiempo, una frase se repetía una y otra vez en su cabeza.

«Mataste a mi hijo».

Damien aprovechó la ventaja y siguió golpeando a Dubois con todas sus fuerzas hasta que el hombretón se derrumbó sobre su estómago. Lo agarró de la cabeza y la hizo chocar contra el enrejado del suelo en una demostración de violencia que lo dejó aturdido. Pero podía sentir cómo se debilitaba más a cada segundo y necesitaba dejar a Dubois fuera de combate antes de que las fuerzas lo abandonaran. No podía permitir que matara también a Tess.

Por fin, el hombre se quedó inmóvil.

La mano herida de Damien se contrajo en un espasmo. Su campo de visión se volvió más tenue, estrechándose en un túnel de luz. Sentía un dolor lacerante tras los ojos que se convertía en un estallido agónico cuando movía la cabeza. Damien lo ignoró y avanzó tambaleante hacia el lugar donde había visto a Tess por última vez.

Estaba hecha un ovillo en el suelo con el brazo extendido. Damien agarró aquel brazo con la mano buena y buscó su muñeca, pero su propia mano temblaba demasiado para encontrarle el pulso allí, así que recorrió su brazo hasta llegar al cuello.

Había sangre por todas partes; casi toda parecía provenir de su hombro.

«Por favor, no estés muerta».

Detectó el pulso con los dedos, rápido y tenue. Entonces los

párpados de Tess aletearon y sus ojos se abrieron. Estaban nublados por el dolor.

—No te muevas, Tess —le dijo, trasteando con su teléfono móvil. Tenía que conseguir que llegara su equipo y también una ambulancia. Ya habría tiempo para el duelo. Damien sintió en el rostro el calor de las lágrimas deslizándose. Sabía que nunca volvería a estar completo, no importaba lo que ocurriera.

—… bien… —gimió Tess con urgencia, tirando de su manga con la mano.

Ignorando el dolor de su cabeza, Damien acercó la oreja a su boca para escucharla.

—Jamie está bien…

Por un momento se preguntó si estaría entrando en *shock*, pero sus ojos verdes parecían serenos.

—Jamie está bien. Se lo ha llevado Drake —susurró.

Damien miró hacia el borde. ¿De verdad podía creer lo que le estaba diciendo?

Tess tosió y el movimiento hizo que la sangre brotara de su hombro. Un instante después, su cuerpo quedó inerte.

Damien trató de encontrar su pulso de nuevo. Su mano se deslizaba sobre la sangre; la suya o la de ella, no estaba seguro.

«Tengo que ejercer presión sobre la herida o se va a morir delante de mis ojos».

24



Tess

Tess sabía dónde estaba incluso con los ojos cerrados. La habían operado de apendicitis hacía un par de años y el olor a desinfectante del hospital era algo que no iba a olvidar jamás.

Trató de abrir los ojos, pero sentía los párpados pegajosos.

«¿Durante cuánto tiempo he estado inconsciente?».

Por fin logró abrir el ojo izquierdo, pero el derecho se negaba a moverse. Alzó la mano para frotárselo. Apenas se había movido unos centímetros cuando su cuerpo se dobló en un espasmo de dolor insoportable.

Tess siseó y dejó caer el brazo de nuevo, combatiendo la náusea que amenazaba con hacerla expulsar los contenidos de su estómago.

Algo se movió junto a la cama y ella giró la cabeza. Esta vez pudo abrir ambos párpados justo a tiempo de ver a Damien acomodarse en un sillón. Estaba sin afeitar y con ojos somnolientos. Unas vendas de un blanco puro le cubrían la espalda y un lado de la cabeza.

—¿Tess?

—¿Estabas durmiendo?

—Puede que me haya quedado traspuesto un ratito. ¿Cómo te sientes?

Tess examinó la pequeña habitación con cuidado de no volver a mover el brazo.

—¿Dónde está Jamie? —preguntó.

—Se encuentra bien. Está con mi padre.

—¿Y John está bien?

Damien sonrió, mostrando sus dientes blancos. Parecía aliviado y Tess pensó que quizá lo preocupaba que ella lo hubiera olvidado todo. Sin embargo, se acordaba de lo que había ocurrido, al menos hasta que se había quedado inconsciente en la terraza.

—Está bien. Es muy duro. Jens y él se han recuperado por completo.

—¿Y qué hay de…? —De pronto, Tess sintió la boca seca—. ¿Qué ha sido de Dubois?

Damien apretó la mandíbula.

—También se va a recuperar. No sé si piensan llevarlo a la cárcel o a un hospital psiquiátrico.

Tess asintió. No podía decir gran cosa. Se quedó mirando la vía intravenosa de su mano izquierda.

—Tess… —empezó Damien. Acarició su muñeca con el pulgar justo sobre el lugar donde tenía la vía. Fue interesante descubrir que, pese a todo el dolor, era capaz de experimentar placer. El movimiento

era hipnótico y sintió que sus párpados se cerraban.

—¿Pasa algo si duermo un poco más? —preguntó, medio sumida ya en el sueño.

—Por supuesto. Estaré aquí cuando despiertes.

Cuando lo hizo, Damien estaba junto a la ventana, dándole la espalda. Eso le dio la oportunidad perfecta de admirar su culo firme y sus largas piernas.

«Es tan *sexy*».

La maravillaba que pudiera pensar en sexo mientras padecía tanto dolor.

«Eso quiere decir que me estoy recuperando».

Trató de mover el brazo y en esta ocasión logró alzarlo unos centímetros de la cama antes de que el dolor amenazara con superarla.

—¡Tess! No intentes mover el brazo. Tuvieron que sacarte la bala del hombro.

«Eso explica el dolor».

—¿Cuánto tiempo llevo aquí?

—Hoy es el segundo día.

—¿Y has estado aquí todo el tiempo? —preguntó tras fijarse en su aspecto desaliñado. Lucía una barba de tres días; le quedaba bien, pero era muy poco habitual en él. Trató de recordar sin éxito la ropa que llevaba la última vez que despertó.

Damien se encogió de hombros.

—Fui un rato a casa para ver a Jamie.

—¿Cómo se siente?

—Sorprendentemente bien —respondió Damien. Una pequeña sonrisa acudió a sus labios, suavizando su expresión—. Ayer pasó una hora con Isolde Durant. No es psicóloga infantil, pero conoce la clase de trauma por la que Jamie está pasando y creo que ella es lo que necesita.

De pronto, adoptó una expresión dolida.

—Jamie dice que sabía que íbamos a ir a buscarlo.

Ahora fue el turno de Tess de alargar el brazo para tomar su mano.

—Ey… Tenía razón. Fuimos a buscarlo. Sabe que habríamos hecho cualquier cosa para encontrarlo.

Decidió obviar el hecho de que todos habían estado a punto de morir.

—¿Cómo lo estás llevando tú, Damien?

—Jamie está bien. Tú estás bien. Yo… estoy agradecido —murmuró.

«Vale. Vaya forma de confesarnos nuestros sentimientos».

—Drake va a llevar a Jamie de escalada mañana.

—¿Que va a hacer qué? ¿Es que está loco? —Antes de darse cuenta, Tess se había incorporado en la cama. Aulló de dolor.

Damien se acercó a ella a toda prisa y la ayudó a apoyarse de nuevo sobre las almohadas.

—Shhh… No te muevas o se te saltarán los puntos. Van a hacerlo en un rocódromo. A Jamie lo entusiasma la idea, y creo que es bueno para él hacer cosas que lo ayuden a recuperar la sensación de control.

Tess lo meditó durante un segundo. Sonaba bastante razonable.

—De acuerdo… Pero tú también estarás con él, ¿verdad, Damien? —Fue entonces cuando se percató de la gruesa venda de su mano y de las que llevaba en la cabeza; no iba a practicar la escalada en un futuro cercano—. ¿Estás bien?

Damien se miró la mano y la giró.

—Lo estoy. Gracias a ti y a Drake. Ambos salvasteis a Jamie y nunca voy a ser capaz de agradecéroslo lo suficiente.

Tess estuvo a punto de encogerse de hombros, pero se contuvo. Como buena británica, era uno de sus gestos favoritos, pero iba a pasar algo de tiempo antes de que pudiera repetirlo.

—Llamé a tu familia —dijo Damien.

—Argg. Dime que no están de camino.

Damien sacudió la cabeza.

—¿Quieres que vengan? Los aplaqué temporalmente con la información que me dio el médico. Les dije que te ibas a recuperar por completo, pero cogerán el primer avión hacia aquí si no hablas con ellos esta mañana.

—Pásame el teléfono —bromeó. Por mucho que quisiera a su familia, prefería que no vinieran. Acabaría teniendo que cuidar de ellos y estaba demasiado cansada. Necesitaba tiempo y…

—Eh, Tess —empezó Damien. Su rostro se había transformado en una máscara de incertidumbre muy poco habitual en él. Bajó la mirada hasta que ella fue incapaz de ver sus ojos—. Tenemos que hablar.

Su estómago se encogió. Después de esa frase nunca venían buenas noticias.

«¿Va a mandarme de vuelta?».

—Te quiero, Tess —dijo Damien.

«Yo también te quiero».

Antes de que pudiera mover los labios él prosiguió con una expresión de infinita ternura, pero también con tristeza.

—Si has cambiado de parecer, lo entiendo. Dios sabe que yo…

Tess se sintió como si la estuvieran transportando a otro universo.

—¿Por qué…? —Tragó saliva, pero su boca estaba seca como el papel de lija. Damien se acercó y le ofreció un vaso con una pajita. Dio un sorbo de agua tibia y le supo a gloria.

Intentó hablar de nuevo, tratando de que su tono sonara tranquilo y no acusador.

—¿Por qué piensas que he cambiado de parecer?

Su labio superior tembló.

—Iba a escoger a Jamie. Iba a…

«¿O sea que ese es el problema?».

Quería soltar una carcajada, pero sabía que eso le produciría un tremendo dolor en el hombro.

—Pues claro —dijo, tratando de ser realista.

Damien era un protector de tomo y lomo. Recordaba su expresión torturada cuando había llegado a la terraza. Seguro que le resultó terrible pensar que podría no haberlos salvado a ambos. Pero si eso era lo que lo preocupaba, podían tratar de solucionarlo juntos.

—Por supuesto que ibas a escogerlo, Damien. Yo habría hecho exactamente lo mismo.

—¿Ah, sí? —Ahora parecía confuso.

«Tengo que grabar en mi cabeza todas estas expresiones nuevas en su rostro».

—Claro —le confirmó—. Porque Jamie siempre irá primero… Sé que, en caso contrario, ninguno de los dos podríamos vivir con ello.

Grandes lagrimones se derramaron por las mejillas de Damien, ni siquiera trató de limpiárselas.

Tess sostuvo su mano y la apretó, ofreciéndole su apoyo y su fuerza. Estuvieron sentados juntos durante mucho tiempo, cogidos de la mano.

—Cásate conmigo, Tess.

Lo dijo con tanta calma que Tess pensó que lo había escuchado mal.

«¿De verdad me está pidiendo que me case con él?».

«¿Ahora mismo, en el hospital, cuando no me he duchado en varios días?».

—No hoy —aclaró, sonriendo un poco—. En otoño, cuando estés mejor.

Ella se quedó con la boca abierta.

—Sé que eres joven —prosiguió—. Sé que tienes elecciones que tomar, pero Jamie y yo…

—Para, Damien —lo interrumpió. Ignorando el dolor ardiente del hombro, se incorporó para besarlo. Él la sujetó por la espalda con facilidad.

Cuando sus labios se tocaron, se produjo un instante de pura magia; Tess lo olvidó todo —el dolor, el miedo— y se limitó a concentrarse en la sensación de los labios de Damien sobre los suyos. Pero recordó que todavía tenía algo que hacer.

Él estaba esperando una respuesta.

—Sí —dijo, respirando junto a su boca—. Me casaré contigo.

25



Damien

Damien se preparó antes de girar la llave y empujar la puerta. El interior estaba oscuro, pero no alargó la mano para encender las luces. Dio un paso al frente y el mundo estalló en una explosión de luz, sonido y color.

—¡Feliz cumpleaños! —gritaron un montón de voces a coro.

Confeti de colores cayó sobre su cabeza.

La gente vino desde la cocina y surgió de detrás del sofá. Damien estaba bastante seguro de que en aquella casa nunca había habido tantas personas.

Reconoció a su equipo, a sus vecinos, a todos sus amigos. Y allí, en mitad del grupo, estaban Jamie y Tess.

Damien imprimió a su rostro lo que esperaba que fuera una expresión de sorpresa.

—¿Qué es todo esto? —exclamó.

—¡Feliz cumpleaños, papá! —dijo Jamie, saltando sobre él.

Cogió al chico, lo levantó con facilidad y lo envolvió en un abrazo de oso. Su cabello despedía el aroma que tenían los niños pequeños.

La sorpresa de Damien era fingida —sabía desde hacía tiempo que Tess y Jamie planeaban algo—, pero el placer de sostener a su hijo entre sus brazos era real y nunca más iba a darlo por sentado.

Alzó la mirada y se encontró con los ojos verdes de Tess; ambos compartieron una expresión divertida.

Atravesó la casa y salió al patio. De camino, intercambió algunas palabras con los invitados. En el patio había dispuestas una serie de sillas y mesas. En una de ellas, su padre charlaba animadamente con sus colegas de póker. Sonrió. Al parecer, Tess y Jamie habían entregado invitaciones a la mitad de Chamonix.

Sostuvo una botella de cerveza en su mano izquierda; la derecha la tenía vendada por completo. Por lo visto, las manos eran una parte del cuerpo muy delicada y ser apuñalado con una navaja sucia no era lo más recomendable del mundo.

Los médicos habían tenido que hurgar en su mano dos veces para limpiar la suciedad y prevenir una infección; no había sido una experiencia agradable. Confiaban en que pudiera recuperar por completo el uso de la mano, pero debían esperar a que se curase para empezar con la terapia física y poder garantizarlo.

Damien se obligó a relajarse. En aquel momento la rehabilitación de su mano escapaba a su control y, además, nunca lamentaría esa herida. De no haber contenido a Dubois unos segundos, Drake podría no haber llegado a tiempo de salvar a su hijo.

Paseó la mirada por el patio, disfrutando de la tibia tarde de finales de verano, muy agradecido de que todos estuvieran a salvo.

Sintió que alguien se acercaba por detrás y reconoció a Isolde Durant a pesar de que había sustituido el traje de chaqueta y pantalón que solía llevar en la oficina por un vestido de verano largo y holgado de color azul oscuro.

—Así que… dijo que sí —dijo la voluptuosa psicóloga. Damien siguió la dirección de su mirada hasta el diamante que relucía en la mano de Tess. Había esperado dos semanas para recuperarse del disparo antes de conducir con ella hasta Annecy y ponerle el anillo en el dedo.

Tess había dicho que no necesitaba un anillo. Sin embargo, al verlo brillando a la luz de la tarde, Damien se alegró de haber insistido.

—¿Aún crees que Jamie está de acuerdo con todo esto? —le preguntó.

Isolde lo miró. Parecía estar decidiendo cuánto podía compartir con él, pues siempre la había preocupado la confidencialidad del paciente; y eso que Jamie no era, al menos, formalmente, un paciente suyo. Isolde no se dedicaba a la psicología infantil.

—Estabas allí cuando lo hablamos, Damien. —Habían tenido una charla los tres juntos en la que Damien le había preguntado a Jamie qué le parecía si se casaban—. Jamie adora a Tess. Ya está planeando la lista de personas que va a invitar a la boda.

Damien gimió. No quería una gran ceremonia. Tess, Jamie y él, en el juzgado; eso bastaba. Pero si esta fiesta sorpresa era indicativo de algo, las cosas no ocurrirían así.

—Relájate, Damien. Todo va a ir bien. Jamie va a estar bien.

—¿Esa es tu opinión profesional?

Isolde sacudió la cabeza.

—Solo la opinión de una amiga —respondió.

Damien advirtió que, a unos metros de distancia, Drake los miraba con intensidad.

—Drake —lo llamó Damien.

—Una gran fiesta, Damien. Doctora Durant —dijo Drake, inclinando la cabeza hacia la psicóloga.

Una expresión tensa atravesó el rostro de Isolde, pero luego sus facciones se suavizaron.

—Gracias por sugerir que lleváramos a Jamie de escalada, Isolde —dijo Damien—. Drake y él han estado en Medonnet unas cuantas veces y creo que lo está disfrutando.

—Jamie es un crío estupendo —dijo Drake.

Los labios rojo oscuro de Isolde se relajaron y formaron una sonrisa.

—Me alegro. No necesita que lo mimen, Damien. Necesita que

estés a su lado y ganar confianza para descubrir por sí mismo todo lo que es capaz de hacer.

Damien asintió. Ahora entendía, quizá mejor que antes, lo que la falta de control podía causarle a una persona.

Isolde se giró hacia Drake y le dedicó una mirada evaluadora.

—Drake ayudó a salvarle la vida. Jamie confiará en él. Es bueno que se haya involucrado también en la tarea de reconstruir la confianza del chico.

Damien trató de mantener una expresión neutra. Aún se despertaba sudando algunas noches, pensando en lo distintas que habrían sido las cosas si Drake no hubiera llegado a la terraza a tiempo. Había vuelto a la cabaña de las montañas un par de veces desde el incidente. Lo que su amigo había hecho era una auténtica proeza física; casi un milagro, dado el tiempo y el equipamiento del que disponía.

Le había dado las gracias; palabras tan ciertas como inapropiadas. Sabía que Drake ni quería ni esperaba su agradecimiento, pero incluso si Damien llegaba a vivir cien años, nunca sería capaz de recompensar a su amigo lo suficiente por lo que había hecho.

Por el rabillo del ojo, vio a Jamie jugando con un pequeño grupo de niños y niñas. Su amigo Xavier estaba allí, y también un montón de chicos del barrio. Corrían en círculos alrededor de Bailey, que esperaba con paciencia. Su pelaje negro brillaba bajo la luz suave de última hora de la tarde. Damien miró a su alrededor. Sabía que, si Bailey estaba por allí, Hiro no andaría muy lejos. Entonces lo vio, una de las pocas personas que aún no tenía una bebida en la mano.

—Parece que están poniendo a prueba su paciencia —observó Damien.

—No te preocupes, Bailey cuidará bien de ellos —dijo Hiro—. Le encantan los niños y siente debilidad por tu hijo.

—¿Qué tal tu mano, jefe? ¿Vas a volver pronto al trabajo? —preguntó Kat, que sujetaba un cóctel de aspecto afrutado.

—Está mejor. Volveré a la oficina el lunes, aunque todavía no me han dado el alta para reincorporarme al servicio activo.

—¿Dónde has conseguido eso? —preguntó Hiro, mirando el vaso de la mano de Kat.

—Me lo ha preparado Jens. Es un barman experto, ¿sabías? —Kat se dio la vuelta y lo llamó—. ¡Rémy! ¡Eh, ven con nosotros!

Él se acercó tranquilo hacia ellos; había sujetado con una goma elástica su cabello rubio, casi blanco, para apartarlo de su rostro.

—Gran fiesta, Damien. Feliz cumpleaños.

—¿Eso es agua? —preguntó Kat, simulando mirar con asco el vaso del guía de montaña.

Rémy asintió con timidez. Era conocido por ser casi obsesivo con

lo que se metía en el cuerpo.

La conversación fluía con facilidad. El instinto hizo que Damien se girara hacia las puertas correderas del patio. Allí estaba Tess con sus vaqueros y un top con brillos de manga corta. Su cabello rubio caía en suaves ondas hasta la mitad de su espalda.

Hacía calor aquella tarde. Damien sabía que el motivo por el que Tess llevaba uno de sus tops de media manga era que aún la avergonzaba un poco la cicatriz del hombro. Quería demostrarle que no importaba, que no significaba nada. Y, si lo hacía, que era un símbolo de su valor y de su amor por él y por Jamie.

Aún lo sorprendía que aquella mujer maravillosa se hubiera enamorado de él y de su hijo; a Damien le entraron ganas de arrodillarse y dar gracias por ser tan afortunado.

Y pensar que podría haberlos perdido a ambos hacía solo un par de semanas… Se frotó los ojos con rabia. No estaba dispuesto a ponerse a llorar como un bebé delante de todos sus amigos y compañeros de trabajo.

Tess se acercó a él con disimulo, como si sintiera que la necesitaba cerca.

—Y bien, ¿te gusta tu fiesta de cumpleaños sorpresa? —le preguntó con ojos brillantes. Sujetaba un vaso de agua con gas y una rodaja de lima. Damien sabía que estaba tomando calmantes para facilitar la recuperación de su hombro.

—Me encanta —respondió con sinceridad.

—Fue Jamie el que lo hizo casi todo, ¿sabes?

Damien miró de forma teatral las elaboradas decoraciones que habían transformado el aspecto del patio. Ahora que se estaba poniendo el sol, el lugar brillaba con la luz de docenas de velas dispuestas estratégicamente. Junto a una pared, había varias mesas con fuentes de comida.

—¿No lo ayudaste ni pizca? —preguntó, arqueando una ceja.

Tess rio.

—Puede que un poco. —Sus dientes delanteros asomaron para morder el labio inferior con suavidad. La polla de Damien reaccionó con aquel gesto.

«Tranquilo, chico. No va dirigido a ti».

No había nada que deseara más que llevarla a la cama.

—¿Crees que se darán cuenta si desaparecemos un rato? —preguntó sin poder evitarlo.

Las pupilas de Tess se dilataron.

—No me has tocado desde…

Sus ojos se humedecieron.

—Eh, cariño —dijo Damien, atrayéndola con cuidado de no apretar su brazo herido—. Solo te estoy dando tiempo para recuperarte. Ya

sabes lo mucho que te deseo, ¿verdad?

Alineó su cadera con la suya para que Tess pudiera comprobar hasta qué punto era cierto.

—¿De verdad piensas que…?

De pronto estaban rodeados de niños. Jamie se metió entre ellos, separando a Damien de Tess.

—Papá, quiero enseñarles a mis amigos el anillo de Tess.

Jamie agarró la muñeca izquierda de la muchacha y la levantó.

—¿Veis?

—Es muy brillante —dijo una niña. Damien la recordaba vagamente como una de las hijas de los vecinos.

—Mi papá se lo compró a Tess. Significa que se va a convertir en mi mamá.

—Ostras, qué guay —dijo un niño pequeño—. No sabía que funcionaba así.

Jamie sonrió, orgulloso.

—¡Vamos a tomar postres! —gritó otro niño.

Jamie soltó la muñeca de Tess. Los niños se fueron tan rápido como habían llegado, dejándolos solos.

—Entonces… ¿dónde estábamos? —preguntó Damien.

Tess rio de nuevo.

—Sigue soñado, Damien. Me niego a que esos niños me encuentren en la cama desnuda.

—¿Esta noche entonces? —preguntó.

—Trato hecho —susurró—. Sellémoslo con un beso.

-- -- -- -- -- -- --

Gracias por leerme, espero que hayas disfrutado del primer libro de la serie *Mont Blanc*. Si quieres un adelanto del segundo volumen, sigue leyendo.

Si has disfrutado del libro, por favor, dedícale un minuto a escribir una reseña rápida. ¡Leo todas las reseñas y las aprecio más de lo que puedo expresar!

¿Quieres saber qué viene después? Apúntate aquí a mi lista de correo.

Gracias de nuevo por leerme.

Feliz lectura,
JR

ADELANTO: LIBRO 2 DE LA SERIE MONT BLANC



Drake

Drake Jacobs apretó el manillar de la bicicleta de montaña con más fuerza. Hasta entonces había descendido la senda del bosque con suavidad, pero acababa de llegar al punto en el que la ruta se volvía más técnica… y mucho más divertida.

Separó el culo del sillín, asegurándose de que distribuía su peso de forma equilibrada entre ambos pedales mientras se incorporaba en la bicicleta con las caderas hacia atrás y la cabeza alta.

Con un metro noventa y tres de altura y más de ciento diez kilos —casi todo músculo—, Drake era un hombre grande, pero no le preocupaba su bicicleta. La había mejorado para que pudiera aguantar lo que en la tienda local llamaban una «carga pesada».

Se lanzó por la pendiente. Esta era su parte preferida del ciclismo de montaña, la abrumadora sensación de libertad mientras aceleraba tras un ascenso difícil.

Pedaleó con fuerza, pero mantuvo los dedos índices sobre las palancas de freno por si algún excursionista o un perro aparecían de pronto. En ambos casos —y lo sabía porque había tenido experiencias dolorosas— surgían de la nada y, aunque no le importaba caerse de bruces, no quería arriesgarse a golpear a nadie más.

Su rueda delantera chocó con una pequeña roca que amenazó con enviarlo al suelo. Drake corrigió el rumbo y logró mantenerse sobre la bicicleta, cometió un error de cálculo y rozó un árbol cercano con el brazo. La corteza le produjo un doloroso tatuaje.

Siseó, pero no se detuvo.

Se había propuesto completar la ruta en dos horas —siempre andaba haciendo apuestas estúpidas consigo mismo— y no lo conseguiría si se paraba a admirar las vistas.

Una voz tranquila en su interior susurró que aquel era su día libre; si quería parar y comprobar la herida de su brazo, no era como si alguien lo estuviera esperando en casa.

Algo brilló en el suelo frente a él y, aunque iba demasiado rápido para asegurarlo, creyó saber lo que era. Apretó con fuerza los frenos y se bajó de la bicicleta. Luego, retrocedió unos pasos y se paró junto al objeto brillante. En efecto, era el envoltorio de un gel energético. Lo cogió y lo sostuvo frente a él. No había nada que odiara más que la gente que tiraba basura en las sendas o en cualquier otra parte de las montañas.

Dedicó un par de pensamientos poco decorosos al capullo que había tirado el gel. Después de todo, aquel envoltorio no iba a descomponerse en, oh, quizá unos seiscientos o setecientos años.

«¿Tanto les costaba meterlo en la mochila y tirarlo luego a una

papelera?».

Drake hurgó en su propia mochila para buscar la pequeña bolsa que llevaba siempre para guardar su basura. Se concedió un último pensamiento muy poco cristiano hacia los idiotas que creyeron necesitar un gel energético nada más salir de casa. Si se hubieran preocupado por informarse un poco, sabrían que la gente tardaba mucho tiempo en…

Alzó la cabeza cuando escuchó un siseo poco familiar que procedía de arriba. Lo único que había allí era el teleférico de Brévent y no había ninguna razón para que hiciera ese ruido. A menos que…

Se quedó mirando con la boca abierta mientras una de las cabinas se desplomaba y chocaba contra el suelo. Desapareció de su vista en un segundo, pero pudo oírla derribando árboles mientras se precipitaba montaña abajo.

«Joder».

Parecía una escena sacada de sus pesadillas.

Todavía sostenía la pequeña bolsa de basura con el envoltorio. Quizá este le había salvado la vida, pues había retrasado su descenso unos cuantos minutos.

Drake arrojó sin miramientos la bolsa dentro de la mochila y hurgó en busca del teléfono móvil, rezando porque tuviera suficiente carga. No esperaba hablar con nadie. Llamó al número de emergencias local, uno de los únicos tres que se sabía de memoria.

—Señor, ¿cuál es su emergencia? —preguntó una voz femenina con tono profesional.

—Soy Drake Jacobs, miembro del PGHM —dijo alzando la voz para hacerse oír por encima del chirrido del metal. Echó a correr pendiente abajo con el teléfono en la oreja.

—Señor, ¿cuál es su emergencia? —repitió la operadora mecánicamente.

—Por favor, búsqueme. Soy Drake Jacobs —suplicó, y procedió a deletrear su apellido. Se golpeó con una roca en el pie y estuvo a punto de caer, pero logró mantenerse en pie a duras penas—. Estoy debajo del teleférico de Brévent. Ha habido un accidente.

El tono de voz al otro lado cambió de inmediato, lo que indicaba que ya estaba sonando alguna alarma por algún sitio.

—¿Está usted ahí?

Drake saltó sobre un tronco caído, siguiendo la destrucción que la cabina había causado al chocar contra los árboles. En el aire parecía pequeña, pero contaba con doce plazas y tenía el tamaño de un minibús; era evidente por dónde había pasado.

—Estaba con la bici. Una de las cabinas se estrelló contra los árboles y cayó por la montaña. Estoy corriendo ahora hacia allí —dijo entre jadeos.

—¿Cuál dijo que era su nombre?

—Drake Jacobs. —Drake hablaba con voz entrecortada.

—Por favor, espere. Le estoy poniendo en contacto con el coronel.

—¿Jacobs? ¿Eres tú?

Drake tropezó de nuevo. Esta vez acabó de rodillas sobre el manto verde y aterciopelado del suelo del bosque. Apoyó la palma para equilibrarse.

—Coronel Pelegrin, una de las cabinas del teleférico de Brévent se ha caído. Repito, la cabina se ha estrellado sobre el bosque.

—¿A qué distancia estás de Planpraz? —preguntó el coronel.

Drake sabía lo que le estaba preguntando en realidad; el teleférico conectaba Planpraz con Le Brévent. Dependiendo del punto del trayecto donde se hubiera producido el accidente, la cabina podía haber caído desde una altura que iba desde los diez a los sesenta metros. Había una gran diferencia entre ambas cifras, pues de ellas dependía la posibilidad de que hubiera supervivientes.

Drake no tuvo oportunidad de contestar. De pronto, vio la cabina. Yacía de lado, destrozada y apenas reconocible.

Su frente se cubrió de sudor frío.

«Otra vez, no. Esto no».

Recordó otro accidente de teleférico, años atrás. Otra época, otro lugar, otra cabina distinta. El familiar dolor «fantasma» de su pierna regresó; lo había ido sintiendo menos con el paso de los años, pero era como un viejo amigo que nunca olvidaría del todo.

«Pues claro que estás volviendo a revivir todo eso».

«Una cabina de teleférico acaba de caer justo frente a ti».

Apretó los puños. No podía dejarse dominar por el pánico, no cuando tantas cosas dependían de él.

Un grito desgarró el aire; un sonido de dolor, muy alto, que sacó a Drake de su estupor.

—Al menos hay una persona dentro. Tengo que dejarle, coronel. Voy a enviarle la localización exacta del lugar del impacto.

—Ten cuidado, Jacobs —dijo el coronel Pelegrin, y cortó la llamada.

Con manos temblorosas, compartió su localización. Confiaba en el coronel y sabía que llamaría a las personas indicadas. También envió un mensaje rápido a su equipo para que estuvieran listos.

El grito se repitió. Drake se acercó a los restos de la cabina desde arriba. Se estaba balanceando precariamente en un saliente. Un montón de árboles de gran tamaño habían detenido su caída, pero podía desplomarse por el borde en cualquier momento.

Desde luego, él no quería estar cerca cuando ocurriera.

Isolde

Aunque lo único que había hecho era presentarse en el lugar del accidente con vaqueros y deportivas, los compañeros de trabajo de Isolde Durant la miraron como si le acabaran de crecer un par de antenas en la frente.

«Sí, tengo días libres, y a veces me gusta llevar vaqueros».

No tendría que haberse sorprendido de su reacción; la mayoría de los gendarmes solo la veían en la oficina, donde siempre llevaba uno de sus trajes oscuros y profesionales y un par de caros zapatos de tacón bajo.

Isolde no salía con sus compañeros. No era una persona antisocial, pero su tarea como psicóloga de la policía requería imparcialidad, del tipo que era imposible mantener una vez compartías cervezas y risas con alguien.

«O después de acostarte con alguien».

Sacudió la cabeza para deshacerse de aquel recuerdo tan problemático. Eso nunca iba a volver a pasar.

Isolde empezó a trabajar para la policía de Chamonix justo después de terminar su doctorado en Psicología Policial y Seguridad Pública siete años atrás. El trabajo policial era arriesgado y de alto estrés en cualquier parte. Se trataba de una profesión donde los problemas de salud mental eran tan comunes, si no más, que los físicos. Pero allí fuera, en uno de los departamentos de rescate más atareados del mundo, Isolde sabía que ofrecer terapia, orientación y técnicas de gestión del estrés a los valientes hombres y mujeres que mantenían la seguridad en las montañas era crucial.

Al contrario que otros psicólogos policiales, que todavía defendían métodos desfasados, a Isolde no le gustaba reunir a la gente en grupos para que compartieran sus sentimientos; lo que hacía era no patologizar las reacciones normales que surgían en respuesta a situaciones traumáticas.

Su sueño era que alguna de las técnicas que había probado allí se implantara en los próximos años en otros departamentos de policía de tendencia progresista del mundo. Eso mejoraría la salud mental y emocional de los agentes.

Isolde rara vez se dedicaba al trabajo de campo. Solía realizar sus tareas en la oficina, en el piso superior de la estación de policía de Chamonix. Pero de vez en cuando se producía un accidente crítico o un rescate de tan alto riesgo que la llamaban desde allí para que ofreciera apoyo inmediato a los servicios de emergencia.

«Una especie de primeros auxilios psicológicos».

Así que allí estaba, un domingo por la mañana, observando los

restos destrozados de una cabina de teleférico. La contemplaba horripilada, pero era incapaz de apartar la mirada.

«Nadie ha podido sobrevivir a algo así».

Había dos bomberos cerca, echando agua sobre los restos, pero ni rastro de médicos o enfermeros.

—¿Hay supervivientes? —preguntó a los agentes uniformados que tenía al lado, temiendo la respuesta. El hombre y la mujer, que eran jóvenes, la miraron.

—Había dos hombres a bordo, y ambos están vivos, aunque parezca increíble. Esos árboles de arriba detuvieron la cabina durante un minuto. Luego, siguió cayendo y acabó estrellándose aquí. Fueron rescatados justo antes de que ocurriera.

Isolde miró el punto al que señalaban. Podía ver los árboles que habían detenido el avance de la cabina antes de que se precipitara desde la cornisa.

«Dios mío».

—¿Los dos viven?

El agente asintió.

—Los han llevado al hospital porque tenían algunos huesos rotos, pero ambos estaban conscientes y hablaron con nosotros. Es un milagro, la verdad, tras sufrir una caída de diez metros y andar dando tumbos por la montaña. Tuvieron suerte de salir antes de la última caída. Esa fue la que dejó la cabina hecha papilla.

—Me gustaría hablar con los servicios de emergencia —dijo Isolde, maravillada de que hubieran logrado sacar a esos hombres de la cabina con tanta rapidez.

—Estaba aquí hace unos minutos.

—Mira detrás de esos árboles. Ahí fue donde lo vi por última vez —dijo la mujer joven.

—¿Lo vi? —se extrañó Isolde—. ¿Los rescató una sola persona?

—Sí. Estaba haciendo ciclismo por la zona. Tuvo suerte de que la cabina no lo aplastara como a un insecto. Es un miembro del PGHM. Un tío grandote con el pelo castaño y los ojos grises —la informó el agente.

Cuando escuchó la descripción, el corazón de Isolde se encogió.

«Drake Jacobs».

Cogió aire despacio.

«No puede ser él».

«No tiene por qué ser él».

«Esa descripción encaja con un montón de gente».

Pero Isolde sabía que solo se estaba engañando a sí misma.

—Gracias —respondió mientras se frotaba las manos en las perneras de los pantalones.

No se consideraba una persona cobarde, pero deseaba que Drake

ya hubiera abandonado la escena. De ser así, se reuniría con él a la mañana siguiente, en la oficina. Sería más fácil hablar con él en su terreno, en vez de allí.

El curso de sus pensamientos se cortó súbitamente cuando Drake emergió de la espesura. Parecía aún más alto y fornido de lo que recordaba. Como un dios. Llevaba pantalones cortos, y eso la sorprendió, hasta que recordó que había estado haciendo ciclismo. De su bicicleta no quedaba ni rastro.

La mano de Drake se quedó congelada frente a su boca cuando la vio. Se enderezó y la dejó caer despacio. Sus ojos grises y gélidos tenían un aire desafiante. Isolde no necesitaba recurrir a sus títulos académicos para saber que se había ocultado tras aquellos árboles para vomitar.

—¿Estás bien? —preguntó. No había necesidad de presentarse. Drake sabía quién era Isolde y por qué estaba allí. Ambos habían pasado juntos por esto antes, solo que muchos años atrás.

Sin poder evitarlo, dirigió su mirada a su gemelo derecho. Aunque habían transcurrido seis años desde la última vez que había visto la herida, y en ese tiempo se había curado, aún tenía un aspecto espantoso. La cicatriz empezaba justo bajo la rodilla y recorría su pierna a lo largo de veinticinco centímetros antes de difuminarse de nuevo en su piel. Era una cicatriz fea, con picos en algunas partes y protuberancias en otras. Una cicatriz de la que ningún cirujano se sentiría orgulloso.

Drake la pilló mirando y frunció el ceño.

—¿Qué opinas? ¿No tiene tan buen aspecto como esperabas?

«Me maravilla que estés de pie, y más aún que puedas hacer lo que haces».

Drake dio un paso hacia ella y de pronto Isolde se sintió muy pequeña. Resultaba interesante, porque «pequeña» no era un adjetivo con el que se sintiera identificada. Con un metro sesenta y ocho, quizá tenía una altura promedio para una mujer, pero siempre había sido rellenita.

—Siento lo que ocurrió, Drake —le dijo. De pronto, necesitaba aclarar las cosas entre ellos. Sin embargo, lo único que consiguió fue que su mirada se tornara aún más fría. Drake sabía que no estaba hablando de lo que había ocurrido.

—¿Lo sientes? —preguntó con tirantez—. Compartí cosas contigo. Y tú usaste esa información y estuviste a punto de arruinar mi carrera.

—Lamento que te lo tomaras así. No veo cómo podría haber hecho un informe favorable después de…

—No hay nada que quiera decirte sobre lo que sucedió seis años atrás, doctora Durant —la interrumpió—. Estás aquí para hablar de lo que ha pasado hoy, ¿verdad? Pues hagámoslo.

La visión de su cicatriz y el olor de lo que fuera que los bomberos estaban usando para regar la cabina amenazaba con retrotraerla a aquel otro accidente del pasado.

Isolde apretó las manos y hundió las uñas en las palmas, confiando en que el dolor la devolviera al presente, pero sus músculos apenas respondían. Sintió una fuerte opresión en el pecho y el bosque comenzó a cerrarse a su alrededor, frío y opresivo.

Conocía docenas de técnicas para detener los ataques de pánico, pero ninguna acudía a su mente.

«No puedo respirar».

«Tengo que salir de aquí».

—Podemos hablar mañana —le dijo. Le pareció que su voz sonaba metálica.

—Nada como el presente, doctora —replicó Drake con una sonrisa amarga en sus carnosos labios. Dio un paso al frente. Sus ojos grises y fríos seguían clavados en ella.

Isolde dio un paso hacia atrás de forma inconsciente.



Drake

Drake se quedó mirando a Isolde, esperando alguna réplica ingeniosa; la psicóloga tenía un ingenio afilado. Era algo que lo había atraído de ella tantos años atrás; para ser sincero, una entre muchas otras cosas.

Admiró la forma de sus piernas bajo aquellos vaqueros apretados; tenía que admitir que le sentaban genial a sus curvas. Era difícil de creer, pero ahora Isolde era más atractiva que cuando se conocieron seis años atrás. Seguía siendo voluptuosa y suave en los lugares adecuados, pero, de algún modo, parecía más adulta. Sus ojos eran de color miel y contrastaban mucho con su pelo oscuro. Se había recogido algunos mechones para apartarlos de su rostro, y uno de ellos se había liberado y caía sobre sus ojos. El resto se derramaba sobre sus hombros.

Drake estaba lo bastante cerca para oler su perfume, femenino y tenue. Lo bastante cerca como para alargar la mano y apartar aquel mechón rebelde de sus ojos. Se estremeció. No tenía ningún sentido mirarla de aquella manera.

«Recuerda lo que te hizo».

—¿Empezamos? ¿Quieres saber dónde estaban los cuerpos cuando los encontré?

Cuando Isolde no respondió a su provocación, Drake la observó con más detenimiento. Estaba pálida, mucho más que hacía un minuto. Sus labios habían adoptado una tonalidad casi azul. Sus pequeñas manos se habían cerrado formando puños; jadeaba y todo su cuerpo se sacudía como si estuviera haciendo esfuerzos para respirar.

Toda la rabia bien merecida de Drake desapareció al percatarse de lo que estaba presenciando.

«Dios, está sufriendo un ataque de pánico».

«Y tú eres el capullo que está empeorando las cosas».

—¿Isolde? —preguntó. Su voz sonó áspera al dirigirse a ella y no le gustó—. Isolde —repitió con firmeza.

La mujer alzó la mirada hacia él. Sus pupilas estaban tan dilatadas que el centro de sus ojos parecía negro, con un pequeño anillo de color miel en el borde, pero al menos reaccionaba a sus palabras.

—Creo que voy a…

«¿Desmayarte? ¿Vomitar?».

Drake apoyó una mano en la espalda de Isolde con delicadeza y la condujo a la zona de árboles por la que había venido, dispuesto a sujetarla si se caía. Evitó el árbol concreto en el que se había parado a vomitar unos minutos antes y la condujo a otro que estaba cerca. En cuanto estuvieron lejos, pasó las manos por debajo de sus axilas y la animó con cuidado a que se sentara.

Sintió la solidez de su cuerpo en sus brazos y trató de no pensar en lo cerca que sus tetas estaban de sus manos.

—Siéntate, Isolde, antes de que te caigas.

—No puedo, alguien…

Lo miró aterrorizada.

Drake comprendía sus reservas.

—No hay nadie aquí, solo nosotros —la calmó con tanta amabilidad como pudo—. Venga, pon la cabeza entre las rodillas. Así, genial. Ahora intenta respirar despacio.

Se echó hacia atrás para concederle espacio y esperó, con los puños apretados, mientras ella se esforzaba por respirar. Estaba pensando en ir a buscar a Jens, el médico de su equipo. Sabía que andaba por allí, en alguna parte.

«¿Qué demonios sabes tú sobre la ansiedad?».

«Puede que necesite más ayuda de la que eres capaz de proporcionarle».

Isolde alzó la vista y sacudió la cabeza con suavidad; siempre había tenido una capacidad asombrosa para leerle la mente.

Por fin, el ritmo de su respiración se redujo lo suficiente como para que Drake pensara que podría escuchar sus palabras.

—No es lo mismo que la última vez —explicó, despacio.

Isolde alzó la cabeza de entre sus rodillas.

—*Quoi?*

—He dicho que no es lo mismo que la última vez. Los dos hombres estaban vivos y conscientes cuando los saqué. Uno se había hecho daño en el tobillo y el otro, en el hombro. Están bien o, al menos, Jens piensa que se van a recuperar por completo.

—¿Cómo has…?

—Tuve suerte. —No quiso entrar en detalles sobre cómo había logrado arrastrar al segundo hombre fuera de la cabina justo cuando esta se deslizaba por la cornisa y acababa rodando quince metros más montaña abajo. Sabía que eso no haría que Isolde se sintiera mejor; y era lo que necesitaba, sentirse mejor, más segura. Recuperar el control.

—No es como la última vez —repitió Isolde como un mantra—. No es como la última vez.

A Drake se le encogió el estómago.

«Qué arrogante».

«¿Por qué he dado por sentado que fui el único cuya vida cambió aquel día?».

NOTA DE LA AUTORA

Alzándose a 4 809 metros sobre el nivel del mar, el Mont Blanc es la montaña más alta de los Alpes y el segundo pico más alto de Europa. Es una de las cadenas montañosas más majestuosas del mundo; un lugar hermoso y sorprendente y una de las últimas regiones salvajes de Europa.

El Mont Blanc es considerado por muchos el lugar donde nació el alpinismo moderno. Es fácilmente accesible para los visitantes y más de 30 000 personas coronan su cima cada año, pero no es un ascenso fácil en absoluto. Es una montaña muy alta y presenta un peligro muy real.

En la vida real, como en mi historia, el PGHM de Chamonix es el servicio de búsqueda y rescate que responde a las emergencias del Mont Blanc y de las montañas cercanas. Es el equipo de rescate alpino con más trabajo del mundo y lleva a cabo cientos de misiones cada año. Esos hombres y mujeres son los auténticos héroes que inspiraron mi historia.

Más allá de eso, cualquiera que haya estado por allí sabrá que me he tomado libertades con ciertos lugares específicos y algunos detalles. Espero que esas libertades no actúen en detrimento de la historia y sirvan para complementarla y mejorarla.

AGRADECIMIENTOS

Mucha gente me ha apoyado mientras escribía este libro.

Gracias a ti, lector, por dar una oportunidad a esta historia y acompañarme en esta nueva serie. Espero que hayas disfrutado conociendo a los personajes del equipo de rescate del Mont Blanc y que te unas a mí mientras prosiguen sus aventuras.

Gracias a mis lectores beta. Gracias por estar ahí, por leer mi trabajo y por ayudarme siempre a mejorar mis historias

A mi correctora, gracias por emplear tu magia con mi historia. Cualquier error que persista en el texto es culpa mía, como siempre.

A mi traductor, gracias por la atención y el cariño que dedicas a cada libro.

Gracias a Maria Spada, de *Maria Spada Book Cover Design*, por la estupenda portada.

Seguro que se me olvida alguien… Gracias a todos los que me habéis ayudado a que esta historia vea la luz.

¡Feliz lectura!